

SENDERO DE LUNA

NO CONFÍES EN NADIE



PATRICIA DIEZ DIEZ



SENDERO DE LUNA

Patricia Díez Díez

Copyright © 2020 Patricia Díez Díez

También disponible en papel.

Primera edición mayo 2020.

Queda prohibida la reproducción total o parcial del texto contenido en este libro sin la autorización por escrito de la autora.

Código de registro: 2004123639077

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS.

A mi hija, Luna.

CONTENIDO

PRÓLOGO

Capítulo 1. DESDE MI HABITACIÓN

Capítulo 2. EL AVISO

Capítulo 3. SAL DE AHÍ

Capítulo 4. EL CAMINO

Capítulo 5. A SENDERO DE LUNA, POR FAVOR

Capítulo 6. RECORDANDO

Capítulo 7. AQUÍ TODO ES MUY EXTRAÑO

Capítulo 8. SONRIEME

Capítulo 9. NOS VAMOS DE EXCURSIÓN

Capítulo 10. OBSERVÁNDOME

Capítulo 11. HACIA EL BOSQUE

Capítulo 12. AHORA O NUNCA

Capítulo 13. BOCA ARRIBA

Capítulo 14. EN CASA DE GUILLERMO MANERO

Capítulo 15. RUIDO EN EL SÓTANO

Capítulo 16. VEN CON NOSOTROS

Capítulo 17. EN LA ORILLA DEL PANTANO

Capítulo 18. NO ESTÁS A SALVO

Capítulo 19. INVESTIGANDO

Capítulo 20. DUDAS

Capítulo 21. OSOS ARAÑANDO LAS PAREDES

EPILOGO

AGRADECIMIENTOS

ACERCA DE LA AUTORA

PRÓLOGO

Raquel se tropieza con la tabla de madera que sobresale del suelo de su habitación, en la casa que le han dejado como maestra del pueblo: por suerte, no se ha hecho ningún rasguño con la punta de hierro que con el impacto se ha quedado al descubierto.

Los poros de su piel brillan con el sudor y su agitada respiración apenas le da tregua.

Arrastra su gran maleta mal cerrada con un trozo de media negra colgando por fuera: las cuatro ruedas se tambalean al intentar salir a toda prisa atravesando el pasillo hasta el coche, que está aparcado al lado de la verja de hierro de su jardín, en la plaza del pueblo.

—¡Raquel! —Una vecina de unos sesenta años con piernas gruesas y el bolso a cuestas intenta llegar hasta ella—. ¿Ya te vas?

Raquel no se gira y sigue cruzando la plaza con la maleta a rastras.

—¡Si solo llevas aquí tres semanas de curso! —insiste la vecina que se ha parado a mitad de camino.

—¡No! ¡Que me voy, que me voy ya! —Raquel sigue sin girarse.

Busca las llaves en sus bolsillos con la mano que tiene libre, pero cuando las encuentra se le caen.

La vecina no deja de observarla negando con la cabeza:

—Ni siquiera ha terminado septiembre, ¿adónde vas a ir tú?

Al agacharse, Raquel aprovecha para mirar hacia la derecha y después hacia la izquierda, y así cuatro veces seguidas antes de recogerlas del suelo.

—Vamos, vamos —se dice apretándolas e intentando abrir el coche con ellas a pesar de los temblores de su mano.

Cuando entra, tira como puede la maleta en el asiento del copiloto, cierra con el seguro las puertas y arranca el motor: entonces respira mejor, aunque le tiritan los dientes.

Los giros bruscos que da hacen que el coche se desvíe de la calzada y pierda uno de los retrovisores.

Diez segundos después, sale a la carretera principal y lee el cartel de la entrada con el nombre de ese pueblo al que no desea volver: Sendero de Luna.

Capítulo 1.

DESDE MI HABITACIÓN

Estoy agotada, no he pegado ojo en toda la noche. Marrusco, el perro de Esther, mi mejor amiga y compañera de piso, ha hecho de las suyas y me ha pegado el culo a la barriga. Apenas me ha dejado hueco en la cama. Estornudo tres veces seguidas. El calor que desprende con ese pelo rizado hace que me destape incluso ahora en octubre, así que cuando se cuele sigiloso por la noche en mi habitación, suelo acatarrarme después. Pero no me importa: a Esther le ha salido un trabajo de secretaria para cubrir una baja por maternidad en su ciudad y tendré que separarme de ellos en dos semanas. Ella no puede vivir sin él y aunque sabe que yo tampoco, el perro es suyo.

Marrusco se despereza en cuanto le acaricio el morro y viene a por mi cara. Tiene la lengua húmeda y caliente, pero no le huele el aliento, así que le peino los rizos con un ligero masaje para que no se vaya de la cama. Hace cuatro años, cuando empecé la carrera, ni siquiera sabía que los perros de agua existían y, desde que conozco a Esther, soy la que más le peina de toda la casa, aunque, aun así, el sofá del salón en vez de beige parece negro de tantos pelos.

Aparto la cara a un lado y me apoyo sobre una de las almohadas que suelo dejar a la izquierda de la cama. Me encanta mi habitación, tiene las mejores vistas de todo el piso y puedo incluso ver la estatua de Guzmán desde aquí. “Si no te gusta León, ahí tienes la estación”, mamá solía decírmelo cada vez que pasábamos cerca y lo veíamos señalar en dirección a la estación de autobuses. Y cuando yo miraba hacia el cielo, aprovechaba para hacerme cosquillas. A ella siempre le dolía, así que solo se lo hacía un poco hasta que se quejaba.

¿Y qué le voy a hacer? Canta Lucas, mi otro compañero de piso, desde la cocina con la música puesta más alta de lo que me gustaría. Vuelvo a acordarme de la pesadilla de ayer: llevo cuatro en lo que llevamos de semana y aún estamos a viernes, estoy batiendo el récord.

—¡Yo sí que no sé qué voy a hacer! —le grito tumbada intentando que me oiga.

Unos segundos después, veo que la puerta se abre de par en par y Lucas asoma los segundos rizos más suaves que he tocado después de los de Marrusco, no me extraña que su padre siempre le llame para que le ayude en la peluquería. Despacio va cruzando el espacio de la puerta mientras me mira.

—Pero ¿qué haces? —le digo mientras le veo sacudir los brazos al ritmo de la música para hacerme reír.

—Bailar, Mencía, ¿no lo ves? —Mueve también la cabeza como si fuera un egipcio y pone los morros hacia afuera—. Venga, ¡qué vea esos mofletines! ¡Sonríe!

No sé cómo lo hace, pero siempre consigue hacerme reír y, cuando se da cuenta, se queda quieto y sonrío satisfecho apoyándose en el marco de mi puerta.

Marrusco se despereza bajando de la cama y estirando el cuerpo todo lo que puede. Después se acerca a Lucas agitando el rabo porque ya sabe lo que le espera. Lucas lo coge entonces en brazos:

—¡Qué morro tienes! ¡Eh, Marruski! —le dice al tener su cara a menos de diez centímetros de la suya—. ¡Qué ojazos!

—Pues son color miel, como los míos —le contesto.

—Por eso —responde.

Intenta entonces evitar mi mirada nerviosa. Y yo decido cambiar de tema.

—¿Seguro que no te pesa? Mira que son como quince kilos...

—Sabes que no. —Hace un gesto de contener el aire en la boca—. Bueno, qué, ¿unas tostadas? —Arquea las cejas.

Cuando veo a Lucas en el pasillo, no puedo evitar recordar el miedo que me daba de pequeña salir por la noche de mi habitación. Mamá siempre me dejaba la puerta medio abierta porque yo tenía miedo a la oscuridad. Oía voces, que creía que eran pesadillas y no me dejaban dormir.

Por la mañana, me levantaba y ponía el dedo gordo del pie derecho tanteando las baldosas del pasillo y lo quitaba enseguida, para salir. Y así una segunda vez. Como no pasaba nada, a la tercera salía corriendo al baño a hacer pis después de aguantarme durante horas.

—¿Tú no habías quedado hoy con Noe...con la innombrable? —le pregunto sacándole la lengua.

—Uff, calla, por favor, te juro que no vuelvo a emparejarme con una persona tan mala... —niega con la cabeza apretando la mandíbula.

—Pero ¿qué ha pasado? —Ahora me siento mal por haber sacado el tema.

—¿Te parece poco haberme puesto los cuernos incluso después de haberla perdonado?

—No, no, pero eso ya fue hace mucho, ¿ahora qué quiere?

—Por lo visto, tiene todavía cosas más que me quiere devolver...no sé... —responde cabizbajo y enseguida vuelve a hacer una mueca graciosa para cambiar de tema.

Suena mi móvil y mientras me río, Lucas cierra la puerta de mi habitación inclinándose a modo de reverencia y volviendo a bailar.

Veo en la pantalla un número que desconozco.

—¿Sí?

—Buenos días, me gustaría hablar con la señora Torres, por favor.

Pestañeo dos veces y saboreo cómo suena esa frase. Desde que renuncié al apellido de mi padre, apenas nadie me ha llamado así.

—Sí, soy yo.

Un silencio muy incómodo se aposenta sobre la llamada, hasta que la voz femenina que hay detrás arranca de nuevo:

—Sí, verá, le llamo de la Consejería de Educación en relación con un puesto vacante como docente en Sendero de Luna, está cerca del Pantano. Por supuesto, sería temporal, mientras sale la plaza de propietaria.

—Sí —respondo casi de forma mecánica, sin creermelo del todo lo que estoy oyendo.

—La maestra del pueblo ha tenido que ausentarse por motivos personales durante unos meses y usted es la primera de la lista para el puesto de interina. ¿Estaría interesada?

—Yo...bueno...eh...sss....

—Tranquila, le envió la documentación por correo electrónico y tiene hasta mañana por la mañana para pensárselo. En caso de que no tengamos ninguna respuesta por escrito, la vacante pasará automáticamente a disposición de la siguiente persona de la lista.

Confirmando mi email y quedo a la espera de recibirlo cuanto antes. Aún no me lo creo: no sé si alegrarme o echarme a llorar. El corazón me palpita sin cesar, fuerte y con un ritmo más alto de lo normal. Llevo años esperando esta llamada y, aún así, no consigo aclarar si es algo bueno o malo.

Me levanto y decido que las grandes elecciones siempre se deben tomar con dos tostadas de aceite y miel y un zumo de naranja natural.

En la cocina, Lucas me observa de reojo desde uno de los taburetes de la mesa de la cocina con Marrusco, que aprovecha para apañar las migas de pan que se le van cayendo al suelo.

—¿Qué te pasa? —Se toca su barba de tres días y me acerca su zumo de naranja.

—Me acaban de llamar para una plaza.

Sé que debería alegrarme, pero tengo tantos pensamientos en mi cabeza que no consigo descifrar ninguno.

—Lo sé, creo que a mí también me va a pasar lo mismo cuando me llamen. Llevamos años aquí, y se me hace difícil imaginar un lugar donde no estéis vosotras.

—Vosotros sois mi familia y no quiero teneros lejos. Me han dicho que sería en la zona del pantano de Luna, y creo que el pueblo al que iría es de los más alejados, porque no me suena de nada —niego con la mano y doy un trago al zumo.

—Podría acompañarte los primeros días —me dice Lucas—, como tu madre en parvulitos, ¿te acuerdas? Las broncas que tenía tu madre contigo porque no querías que te abandonara—. Alarga un brazo tocándome la mejilla.

—Las pesadillas me están consumiendo, Lucas. Si vuelvo a ver la cara de mi padre de nuevo, creo que no podré soportarlo. Ya no sé cuándo fue la última vez que dormí ocho horas seguidas: me palpita el cráneo y tengo nauseas todas las mañanas.

—Sé que es duro, pero me tienes para lo que necesites. Y, aunque estés lejos, podemos seguir hablando todos los días, eso no tiene por qué cambiar.

—No es lo mismo —le digo cabizbaja—. Y no sé si esto de ser maestra ha sido buena idea. Si no puedo estar yo calmada, ¿cómo voy a manejar a una clase entera de niños pequeñines?

—Pero si es una gran noticia, de los tres, te han llamado a ti la primera. ¡Deberías estar dando saltos de alegría!

—Sí, pero yo qué sé...déjalo —le inquiero moviendo los brazos hacia el cielo. A veces me desespera su optimismo—. Igual no debería ir... ¡yo qué sé!

—¿Qué dices? Llevamos esperando esto años, ¿y ahora vas a rechazarlo? Si lo haces, pasarás al final de la lista y...

—Vale, Lucas, ya lo sé, por favor, no me agobies más de lo que estoy.

—Es que no entiendo por qué estás tan agobiada. ¿Por qué no me dices cuáles son tus dudas y hacemos una lista de pros y contras de esas que tanto odias? —Eleva las cejas en repetidos movimientos. Lo dicho, siempre consigue hacerme reír.

—Vale, pero no prometo nada. La hacemos esta noche.

—No, si ya sé que luego harás lo que te dé la gana —me mira desafiante—, pero yo tendré que intentarlo, ¿no?

Resoplo y vuelvo a mi habitación sin haber probado bocado, me dejo caer sobre la cama, que está en la esquina, mientras en la mesita de noche descansa todavía el vaso de leche de la noche pasada.

Decido que lo mejor es salir sola a dar una vuelta para despejarme, pero cuando estoy cambiándome Esther entra con su alocada melena azul, su voz ronca y sus tacones de serie gritando:

—¿Qué pasa, men? —me dice con un acento inglés forzado.

—¿No te cansas de la misma broma?

—Pronto hasta la echarás de menos... —responde.

—¿Ya te lo ha dicho Lucas? Le ha faltado tiempo...

—Lo decía por mí, pero...va, venga, cuéntame, egocéntrica —dice mientras se sienta en mi cama de un salto—, algo os he oído hablar en la cocina.

— Serás cotilla —le digo riéndome mientras le tiro una de las almohadas de la cama.

—Pero pasa de él, quiero que me cuentes los detalles importantes, ¿dónde es? ¿hay tíos buenos entre los profes? ¿puedo irme contigo? —sonríe y se deja caer sobre las sábanas que antes dejé arrebujadas cuando bajé a Marrusco de la cama.

Me tumbo con ella y una sensación agridulce recorre toda mi piel. Me quedo en silencio y la abrazo evitando su mirada. Me acaricia el pelo. Nos pasamos así un rato en el que hago esfuerzos por intentar decirle lo que creo que siento, pero algo dentro de mí me atrapa la voz. Y me encanta que ella respete ese espacio.

—Todo irá bien, a ella le hubiera gustado que aceptases esta oportunidad —dice Esther.

Yo sigo sin moverme, aunque noto un cosquilleo en el cerebro por sentir su mano entremezclándose con mis mechones y por lo que acaba de afirmar. Sé que es lo que mamá querría y, en el fondo, tengo claro que también es lo que yo quiero y necesito.

—Tengo miedo —logro decir. Trago saliva con dificultad, pensando en cómo sería ahora mi vida si ella estuviera aquí. La echo tanto de menos, que me siento culpable cuando estoy contenta y creo que, por eso, una parte de mí se niega a aceptar que tengo que seguir adelante. Sin ella, y también sin Lucas y Esther, mi nueva familia desde que empezamos juntos magisterio.

Me agacho aún más y me quedo en posición fetal para intentar sentirme como en casa.

Mamá solía empujarme contra ella cuando iba a darme las buenas noches. Recuerdo su olor a mandarina y me cuesta tragar saliva. Siempre me sonreía por las mañanas, incluso cuando yo la echaba a gritos porque quería seguir durmiendo. Cantaba canciones sin parar cuando mi padre no estaba en casa. Ella las llamaba populares e intentaba sin éxito que yo las aprendiera.

*...madre yo quiero morir laralala
ya estoy harta de esta guerra uau...*

Ahora que no está, no dejo de recordar esa parte una y otra vez. Se me clava en el pecho como un chillido afilado. El desdén con el que yo la trataba me hizo ignorar todo lo que estaba pasando a mi alrededor, incluso cuando ella misma me lo cantaba.

—Eres la chica más valiente que conozco, no te preocupes... —asegura Esther.

No sé cómo lo hace, pero siempre sabe qué decir.

—No, no, no —contesto moviendo la cabeza hacia los lados como una niña pequeña—. ¿Y si no le gusto a los alumnos? ¿Y si me dicen algo y no sé qué contestar?

—Nadie lo sabe todo, eso es imposible y si gente mucho menos lista que tú es capaz de dar clase, créeme que tú también.

—Mi madre decía que no hay clases difíciles sino profesores malos.

—Mencía, de verdad —dice Esther mientras me separa con delicadeza de ella y me coge por los hombros—, si ella estuviera aquí sabes que te diría, ¿no? Puedes con todo.

—Sí, lo sé, pero tal vez la Mencía que ella conocía ya no esté. Ha pasado demasiado tiempo.

Esther me mira a los ojos intentando que razone, pero mi cabeza está en una gran nube de ceniza en la que los pensamientos que consigo discernir de la espesa niebla son tan dolorosos que me quemán la piel.

—¿Y si de repente me pongo nerviosa y le grito a un niño? Bueno, o algo peor.

—De verdad, estás sobredimensionando esto. Ya has hecho alguna sustitución esporádica. Da igual que sean días, semanas o meses. El mecanismo es el mismo...

Prefiero no contestar. Me sobrevalora, nunca sabes los niños que te van a tocar, ni siquiera yo

sé si voy a estallar en cualquier momento. A veces me siento como si fuera una bomba de relojería.

Hablamos un rato más sobre los colegios que hay en León y las pocas probabilidades que quedan ya para que ofrezcan plazas vacantes para el año que viene. Todo va bien hasta que digo el nombre del pueblo donde tendría que ir y empieza a reírse a carcajadas.

—¿Qué pasa? —le pregunto riéndome también.

—¿No te suena de nada ese nombre?

Me recuesto en la cama intentando hacer memoria, pero no lo recuerdo. Esther me está poniendo aún más nerviosa. Sabe que estoy mal y se está riendo de mí en mi cara.

—¿Tú sabes la rasca que hace allí? Espero que tengas la chaqueta azul de nieve de tu madre guardada por ahí, porque te va a hacer falta.

Genial. Con lo que me gusta el frío. Es lo que me faltaba ya.

Vuelto a recostarme y Marrusco se sube encima de nuevo y se espatarra a nuestro lado resoplando. Le acaricio y miro las estrellas. Son las mismas que me había regalado mamá por mi décimo cumpleaños y que miraba por la noche cuando era pequeña. Cuando me mudé, las arranqué del techo y me las llevé conmigo.

Creo que tengo demasiado encima y debería quitármelo de la cabeza antes de tener niños a mi cargo.

—A ver, una cosa no quita la otra. Que haga frío es un rollo, pero te abrigas y ya está. —Se pone la capucha de la chaqueta apretándola contra su cara—. No lo usarás de excusa, ¿no? ¿o es otra de tus supersticiones?

Esther agita las manos y susurra como si fuera un fantasma.

Resoplo y me quedo callada. Sí, soy supersticiosa y creo que es un mal presagio que la llamada llegue en el momento en el que tengo más pesadillas y que encima para lo único para lo que me llamen sea para ir a un pueblo aislado en el que estaría sola.

No sé si será por miedo a estar sola o al fracaso, pero me siento paralizada y no me veo capaz de afrontar esta situación. Que ni siquiera mi mejor amiga me comprenda, es algo que también me frustra. Lucas siempre me ha entendido mejor, pero esperaba algo más de ella en estas circunstancias.

—¡Mencía, tus tostadas ya están heladas! —grita Lucas desde la cocina—. Y no veas la noticia que he visto sobre Sendero de Luna en internet.

Resoplo de nuevo y me giro hacia Marrusco, que aprovecha para lamerme la barbilla, que le ha quedado muy a mano.

Vuelve a sonar el teléfono.

—Nunca me llama nadie y hoy se ponen todos de acuerdo para molestar —le digo a Esther mientras lo cojo.

—¿Sí?

—¿Mencía? ¿Eres tú?

Tengo la sensación de que mi habitación se ha convertido en el mundo entero donde yo soy una diminuta hormiga que podrían aplastar en cualquier momento.

—¿Papá?

Capítulo 2.

EL AVISO

No puedo respirar, noto un olor a mandarina podrida, aunque creo que es fruto de una alucinación. Su voz penetra en mis oídos hasta clavarse en mi sien.

—Me estás asustando, ¡Mencia!

Esther no deja de gritarme al oído y me doy cuenta de que estoy en el suelo, pero no intento levantarme. Las estrellas del techo brillan aunque ya es mediodía. Una, dos, tres... las cuento para no pensar en nada más. Me imagino un oso polar tumbado en una cama unido por los pequeños puntos destellantes. Tiene una gran sonrisa y está cubierto de pequeñas ovejas por todas partes que saltan y juegan sin cesar. Es feliz. No hay nada más a su alrededor y esa nada es agradable. Tanto, que me dejo llevar junto a ella cerrando los ojos tal y como me dijo la terapeuta, pero Esther comienza a zarandearme.

—Por favor, di algo, ¿qué te pasa?

Noto cómo su cabello me hace cosquillas en el cuello, la miro y aunque no sé qué decir, sé que debo calmarla:

—Gracias.

—Pero ¿qué te pasa? ¿quién era? Cuando te desmayaste, el teléfono se cayó al suelo y no se ve nada en la pantalla, se ha roto por varios sitios.

—Nadie, lo siento, necesito estar sola.

Me levanto para ir al baño, pero Lucas me corta el paso para meterse conmigo dentro y cierra la puerta con llave detrás de él.

—Toma. —Me da un vaso con agua—. Tranquila.

Vé que tengo cara de pocos amigos, y se mantiene serio, algo que para él es todo un logro.

—Ya sé lo que ha pasado, no hace falta que me cuentes nada.

—¿Cómo lo sabes?

Lucas extiende su mano con mi móvil roto en ella y yo desearía que me tragase la tierra en ese momento.

—Es demasiado, lo siento —le digo.

Bebo dos tragos y dejo el vaso en el lavabo. Me corta el paso para salir, así que decido sentarme en la taza del váter mientras le evito con la mirada.

—¿Otra vez estás con que lo sientes?

—Lo siento —repito como una autómatas.

Lucas aprieta los dientes y me agarra de la mandíbula.

—Tú no tienes la culpa de nada, ¿me oyes?

—Lo sé, pero...

—Pero nada, y no siempre me hacen falta listas de pros y contras para saber qué hacer...yo también sé disfrutar y salirme de las normas, ¿sabes?

No puedo evitar sonreír.

—Decidido, vamos a salir de aquí, te vas a vestir... —Abre la puerta de nuevo.

—Pero no sé si Esther puede, espera...

—Hemos dicho que nada de peros, además ella ha quedado con su nuevo churri después, así

que no te preocupes, que estará bien. Tú te vistes que nos vamos a la biblioteca a prepararnos para esos niños, ya verás, van a flipar. —Se frota las manos y arquea las cejas.

Vuelvo a sonreír y siento un cosquilleo bajo la piel. Me encanta cómo Lucas me hace sentir cuando estoy a su lado: libre y capaz de cualquier cosa. Desde que nos besamos en aquella casa abandonada cuando teníamos diez años, no ha vuelto a pasar nada entre nosotros, ni hemos vuelto a sacar el tema.

—¿Qué hacéis piratas? —dice Esther asomada al pasillo intentando saber qué ha sucedido dentro del baño.

—Nos vamos a la biblioteca, planazo, ¿te vienes? —Lucas intenta deshacerse de ella.

—¡Qué gracioso! —contesta.

No es la manera más elegante, pero sí efectiva. Esther se queda en casa para arreglarse para su cita y nosotros nos vamos a la biblioteca en la línea nueve de autobús, porque aunque está cerca, hace mucho frío y nos da algo de pereza.

—Por esto te llaman el topo, ¿no? —le digo acariciándole el hombro después de ver cómo saluda a las personas que trabajan en la biblioteca como si fueran amigos de toda la vida.

—Creo que las gafas que llevaba antes de dos centímetros de grosor tuvieron algo que ver también... —Cierra fuerte los ojos con un gesto burlón—. Venga, vamos a ver cómo son los renacuajos.

—Aún no me has dicho qué hacemos aquí exactamente.

—¡Shhhhh! —me manda callar enseguida porque ya hay bastante gente a nuestro alrededor estudiando mientras buscamos un hueco.

—Pues verás, esto es una biblioteca, tiene libros y sirve para que la gente pueda leer y venir a estudiar... —me susurra al oído.

El lugar tiene poco encanto: hileras iguales de madera llenas de libros, columnas gigantes grises y un acceso con seguridad como si fuera el aeropuerto.

Le doy un toque suave en el brazo y sacudo la cabeza a ambos lados. Él se ríe de forma silenciosa como si lo estuviera haciendo a carcajadas intentando contenerse para no hacer ruido.

—¡Qué bobo eres! —le digo, ya murmurando yo también.

—Ven, siéntate —me dice—. En estos ordenadores podemos ver documentación antigua en archivos digitalizados, quizá podamos ver algo sobre cómo es el colegio, cuántos alumnos hay por clase, cómo es el lugar, etc.

—¿Y no se te ha ocurrido mirar en internet? ¿hola? —Pongo las manos en vertical a ambos lados de la cabeza y mirando hacia los lados como si fuera una loca.

—¡Claro! Parece mentira que me hagas esa pregunta, fue lo primero que hice mientras me dejaste solo desayunando —Entrecierra los ojos.

—¿Y no hay nada interesante?

—Te lo estaba diciendo, pero fue cuando te llamaron y ya no pude terminar de contarte. Está la página oficial del municipio donde dice que existe y poco más, pero me resultó curioso que la única noticia por la que se conoce al pueblo sea por un loco de allí que colgaba a sus víctimas en árboles cerca del pantano y, luego, recogía los cadáveres, los congelaba e iba preparando su carne como cebo de pesca.

—Es broma, ¿verdad? —le pregunto extrañada.

—No —se ríe Lucas—, es así de extravagante el lugar. Al menos, sabes que podrás pescar.

Le doy un golpe un tanto fuerte en el brazo y niego con la cabeza. No me puedo creer que lo único que salga sobre Sendero de Luna sea la noticia más inquietante que haya oído hasta ahora.

Agacho la cabeza porque empiezan a darme pinchazos de dolor.

—Venga Mencía, si esto pasó hace tiempo, además, para eso estamos aquí, para conocer más sobre el pueblo, ¿no te apetece? —Se frota las manos.

No estoy de humor, y menos después de lo del loco ese, además sigo preocupada por si...mi padre..., pero Lucas está intentando animarme y, además, no me vendría nada mal tener algo de información para poder decidir de forma más racional. Así, Lucas seguro que me deja en paz con sus listas.

—¿Cómo puedo buscarlo? —le digo al verle concentrado mirando su pantalla.

—Ven, podemos buscarlo juntos en este ordenador.

Me siento a su lado e intento ver qué está mirando.

—Estoy buscando a ver si tienen su propio periódico, pero no me sale nada. Vamos a ver por los alrededores.

Lucas no me mira, disfruta investigando. Mueve los dedos sin cesar pinchando en cientos de noticias intentando ver alguna entrevista a la maestra del pueblo o la inauguración del propio colegio para ver su interior, pero no hay nada.

—Lo siento. —Suelta el ratón y se recuesta sobre la dura silla de madera—. Ya llevamos un buen rato y nada.

Está decepcionado. No suele ponerse así a menudo y me preocupa que piense que esto no pueda resolverse con alguna de sus bromas.

—Siento si has parado por mi resoplido, no es por ti.

—No quiero que te vayas, Mencía, pero te vendrá bien. No puedes vivir así, lo que ha pasado esta mañana no puede repetirse y si él está fuera, podría presentarse en casa en cualquier momento.

Me mareo. Vuelvo a notar ese olor a podrido y me sujeto al reposabrazos de la silla como si sintiera que voy a caerme de un momento a otro. Una enorme losa parece apoyarse sobre mi estómago y apenas puedo respirar. Cierro los ojos e intento recuperar la calma.

—Perdóname Mencía, no debería de haberte dicho eso, lo siento. —Me sujeta del brazo y me toca con el otro para que esté tranquila.

—Tienes razón —abro los ojos—, debo irme.

—¿Y si nos vamos a tomar un chato^[1]? —dice Lucas mientras vamos caminando por Santa Nonia hacia el centro.

Me río, porque siempre me dice lo mismo, y ninguno de los dos solemos tomar vino.

—Sí, mejor —le contesto con un guiño y aprovecho para confirmar por email la sustitución.

Respiro el aire fresco de principios de otoño que entra directo en mis pulmones. Cierro los ojos durante un par de segundos para notar la embriaguez del momento, pero el claxon de un coche me saca de mi burbuja para situarme de nuevo en la realidad.

—¿Te ha vuelto a decir algo tu padre de lo de trabajar en la pelu? —le pregunto preocupada.

Me mira poniendo los ojos en blanco y apretando la mandíbula, y me doy cuenta de que estaba mejor callada.

—No puedo más, a veces te... a veces envidio a la gente que no tiene responsabilidades —contesta Lucas.

—Siempre se quiere lo que no se tiene...

—Ayer volvimos a discutir, porque aún no me han llamado para ninguna sustitución como maestro, y me sigue presionando para que trabaje con él mientras tanto.

—¿Y si le obligas a prometerte que lo de llevar su pelu será solo temporal? Igual así se queda

más tranquilo, al menos de momento, ¿no? —Me toco las mejillas. Están heladas. Automáticamente llevo la palma de mi mano contra la punta de mi nariz para comprobar que también está congelada.

—Nada es temporal, Mencía. Una vez que tienes dinero fácil, no renuncias a él así como así. Mira Esther, ¿cuánto tiempo lleva ya de camarera? ¿Y ahora una sustitución como administrativa sin esperar a ver si la llaman este mes para alguna sustitución en algún colegio? Eso no puede acabar bien. —Estira el lóbulo de la oreja y deja caer después el brazo hacia el suelo.

—A veces no queda más remedio que intentar seguir hacia delante como puedes, pero entiendo lo que dices —le contesto sin mirarle directamente mientras alargó una mano por detrás para acariciarle los rizos.

Lucas me ofrece solo una media sonrisa y justo después, ambos nos tenemos que agachar para evitar varias ramas de un haya que atraviesan la acera de lado a lado. Me agarro a él, por si resbalo con la nieve todavía posada en las calles y veo que la Iglesia de San Marcelo cubierta de blanco parece otra.

—Deberías venirte conmigo —le digo.

Estar sin él me produce una amarga sensación, como si la pequeña luz de mi interior se fuera a apagar si no estuviera él para darle cuerda cada día.

—Si fuera un sitio más...grande...ni me lo plantearía, pero ¿qué hago yo allí? —contesta con cierta desesperación en su tono de voz—. Si, al menos, tuviera un karaoke... —apostilla volviendo a poner sus morritos.

—Lo sé, lo siento. Desearía tanto llevaros conmigo... ¡prométeme que irás a verme! —Le aprieto el brazo mientras nos miramos.

Me paro en mitad de la acera, alargó el brazo y tiendo el meñique para que lo agarre y cierre su promesa. Lo hace y deja que su meñique se deslice sobre mi mano hasta que cae.

—¿Qué tal aquí? —Arquea las cejas y señala la terraza de El Patio, nuestro bar favorito, aún montada y con una leve capa de nieve sobre las mesas y las sillas de metal.

Me río mientras abro la puerta para entrar y le ofrezco el paso.

Nos sentamos enfrente del ventanal, como es costumbre en invierno, y ya vemos a alguien curioso sobre el que cotillear a través de los cristales, pero ninguno de los dos toma la iniciativa esta vez para comentarlo.

—Dejo aquí las cosinas y voy a pedir. —Se quita el abrigo y lo deja en su silla.

Noto que está muy afectado por la presión a la que le está sometiendo su padre y porque todavía no le han llamado de secretaría como a mí.

Apenas ha comenzado octubre, pero las nevadas ya están llegando. La calle está repleta de gente, como cualquier sábado del año. Las pieles sintéticas y los tacones cerrados hacen su aparición en medio de los adoquines, y las mujeres deben agarrarse entre ellas para no caerse: con la capa de nieve, es difícil ver dónde se pisa. Una mujer agarra enfadada a su hijo pequeño del suelo mientras le limpia los pantalones que se le han empapado, y constato, un año más, que no soy la única que odia este tiempo.

—Toma. —Lucas acaba de llegar con dos vasos de zumo de naranja natural y una tapa de croquetas de morcilla en las manos.

Se acomoda a mi lado y suelta las tres cosas haciendo malabares para que no se caigan, aunque no le ayudo porque disfruto viendo cómo se las arregla.

—Me pregunto si en Sendero de Luna tendrán esto. —Se roza la barba con la palma de la mano y saca los morros hacia fuera.

—¿Bares? —le contesto—. Seguro que no.

Nos reímos y una punzada me recorre la barriga de lado a lado, no sé si porque llevo horas sin comer o porque sé que será de los pocos momentos que vuelva a tener con Lucas en mucho tiempo.

—¿No te parece raro que no haya nada de información sobre ese pueblo? —Le da un mordisco a una de las croquetas de morcilla que han puesto de tapa.

—Es muy pequeño, ¿de qué hablarían? —le digo.

—Eso es verdad, pero no sé, sacaron lo del perturbado aquel, podrían haber vuelto a reseñar algo más.

Nos bebemos el zumo de dos tragos y terminamos las croquetas enseguida, aunque yo todavía tengo hambre.

—En León los pueblos son tan pequeñines...es una de las provincias más grandes y deshabitadas de España, ¿de qué hablarían? ¿del frío que hace? ¿del secreto de una señora para haber llegado a los ciento veinte años?

—No sé, aun así...yo creo que cuando no se dice nada es por algo, pero bueno, no me hagas caso, son paranoias mías. —Se limpia con varias servilletas que absorben a duras penas la grasa de las croquetas.

—Bueno, cuanta más privacidad tenga, mejor, prefiero pasar desapercibida y que Bruno no me encuentre.

—No creo que tu padre vaya a ir allí, no te preocupes. Solo me resulta raro que en mi pueblo, Vidanes, que es pequeñín también, se queme una casa y salga en el Diario de León y que de Sendero de Luna no haya nada.

No contesto, agarro una servilleta para limpiarme, antes de coger de nuevo los abrigos. Decidimos irnos a casa a descansar: está siendo un día de muchas emociones, y, además, no estamos de humor para seguir en el bar.

Me da miedo volver a casa por todo el centro, pero también estar en la calle tanto tiempo. Mi padre podría estar en cualquier esquina, algo en lo que no había reparado hasta ahora. Estaba tan centrada en Sendero de Luna, que había olvidado que él está aquí, hace ya diez años que no le veo.

Capítulo 3.

SAL DE AHÍ

Lucas y yo recorremos las tres calles que separan el barrio romántico de nuestra casa después de habernos tomado algo en nuestro bar favorito y empiezo a notar cómo decenas de miradas masculinas se posan sobre mis ojos. De nuevo, me cuesta respirar, el diafragma se me retuerce, pero me niego a dejar que me domine el pánico, así que intento aligerar el paso para llegar cuanto antes: cojo a Lucas del brazo apretando para que mi mano quepa entre él y su abultado abrigo, y le hago ir a mi ritmo. Veo su mirada perdida y me giro hacia el otro lado.

Llegamos sin haber hablado en todo el camino. Con la nieve, tienes que estar más pendiente de no resbalar y, entre eso y tener todos mis flancos vigilados, ha sido un trayecto muy entretenido.

—¿Crees que debería aceptar lo de la pelu? —me dice mientras abre la puerta del portal de casa, y entiendo por qué él tampoco ha hablado hasta ahora.

Subimos en el ascensor y aún espera una respuesta a su pregunta.

—Deberías hacer lo que te dé la gana —le afirmo con cierto anhelo—, ¿qué te hace feliz?

Lucas se sujeta al pasamanos del ascensor mirando hacia los lados.

—Sabes que desde que tuve aquella operación a vida o muerte por una simple infección de muelas —me muestra la cicatriz que tiene en la tráquea— quiero ser feliz. El problema es que no sé qué me hace feliz, más allá de dar clase a niños y mi vida aquí.

—Pues ya tienes la respuesta. —Aparto la puerta del ascensor para poder salir.

—No lo sé. En fin.. —sonríe de nuevo—. ¿Te has quedado con hambre? Porque yo estoy famélico. —Me enseña su perfecta dentadura y gira la cabeza hacia la derecha, donde está la cocina.

Rechazo su oferta de cocinar, necesito estar sola un rato. Lucas abre la puerta y yo cruzo directa el salón. Noto el piso en silencio, Esther ya se ha debido de ir a su cita de hoy, algo que agradezco para no tener que seguir hablando. Además, se ha debido de llevar a Marrusco con ella. Me parece extraño, porque no suele hacerlo, y menos con este frío, pero me limito a disfrutar de la tranquilidad que reina.

Entro en mi habitación y cierro la puerta. Bajo la persiana lo justo para que la poca luz de por la tarde me permita ver lo que hay a mi alrededor. Aparto uno de los cojines de la cama, y me tumbo quitándome los playeros y estirando los dedos de los pies. Cojo varios tapones para los oídos que tengo en la mesita de noche, al lado del antifaz y me los pongo para no oír tampoco a la vecina que, de vez en cuando, se pone a cantar, y otras veces discute con su marido. Entonces, me siento aislada, fuera del mundo, como si nada pudiera alcanzarme: a salvo. Le doy la espalda a la puerta y miro por la ventana, intentando centrarme solo en el cielo. Las nubes podrían pertenecer a cualquier lugar, incluso a aquel donde está mamá. Respiro de nuevo, a pesar de no tener el aire fresco de fuera, noto un alivio instantáneo, como si el aire que he respirado de camino a casa hubiese estado contaminado. Entiendo más que nunca lo que ha querido decir Lucas antes con lo de no tener responsabilidades. Yo puedo irme a cualquier lugar y no pasaría nada, solo ellos dos me echarían de menos.

Me doy cinco minutos más para saborear la deliciosa tranquilidad que siento y empiezo a hacer la maleta metiendo primero los pantalones y los jerséis de invierno: con todas las cosas que

he acumulado estos años de carrera y las que me traje de mi antigua casa, tardaré una semana en tenerlo todo listo.

Me llega un leve sonido que no identifico. Me separo el tapón del oído izquierdo y oigo a Lucas llamarme desde el otro lado de la puerta. Cuando abro, me ofrece una manzana que se está comiendo, pero la rechazo, no me cabe nada en el estómago, que se me ha debido cerrar.

—He hablado con mi padre —me dice—, y mañana estaré todo el día con él de prueba en la peluquería, aunque se alargará, estaré mínimo dos semanas, si no me llaman para ninguna sustitución.

—¿En serio? —le digo sorprendida por lo rápido que ha aceptado Lucas.

—Sí, bueno, ha prometido no insistirme más si lo intento de verdad y confirmo que no me gusta.

—Creo que es una gran idea, al menos así dejaréis de estar enfadados —le contesto.

Lucas asiente con la cabeza. Entonces oímos la puerta y a Esther que saluda desde allí.

Viene corriendo y ambos esperamos que nos cuente si el chico de Tinder de esta semana era algo mejor que el anterior, que no dejaba de hablar de lo mucho que le gustaban las hamburguesas mientras se comía una y se le derramaba toda la salsa barbacoa por la comisura de los labios.

—Tenemos que hablar —me dice.

Está muy seria, más de lo habitual. Entonces mi móvil suena y veo que la Conserjería acaba de enviarme las coordenadas de Sendero de Luna, apenas una hora después de haber confirmado la sustitución.

—¿Ha pasado algo? —le pregunta Lucas—. ¿Y Marrusco?

—No, cosas de chicas. A Marrusco acabo de dejarle en mi habitación. Danos un momento, por favor —le pide a Lucas mientras entra en mi habitación y le da con la puerta en las narices.

—He visto a Bruno —me suelta.

Me quedo con el ceño fruncido, esperando que sea una broma, pero Esther sigue seria. Olor a podrido, de nuevo, un aire denso me llega hasta el cerebro y me mareo como esta mañana: Bruno, mi padre, está aquí. Estoy al lado del escritorio, así que me sujeto con las manos a la silla y me siento. Apoyo la cabeza en ambas manos porque me pesa el triple de lo habitual e intento mirar de nuevo a Esther para que me dé más datos.

Veó que se ha sentado a medio metro de mí, encima de la cama y no me quita ojo. Agradezco que me dé espacio. Tengo un nudo en el estómago que me llega hasta el corazón.

—¿Dónde? —le pregunto.

—Creo que era él, se parecía mucho y como te ha llamado esta mañana... —me contesta con un brillo en los ojos que podría convertirse en lágrimas en poco tiempo. Está muy exaltada.

—Pero ¿dónde le has visto?

Mi estómago se encoge, porque me doy cuenta de que no es ninguna broma. ¿Y si me ha estado siguiendo y sabe dónde vivo? ¿Y si sabe que vivo con Esther? Levanto del todo la cabeza y me aprieto los anillos de la mano derecha con el pulgar haciéndome daño.

—Cerca de San Marcos. Estaba paseando con el tío con el que había quedado y le he visto sentado donde la estatua del peregrino.

—¿Te ha mirado? ¿Te ha dicho algo?

—No, bueno... no sé, me ha mirado, pero no fijamente. Pero no me conoce, si tú y yo nos conocimos en la Universidad y él ya no estaba contigo, no creo que sepa quién soy.

Me mira con cara de preocupación, sin creerse del todo sus palabras. Y, a decir verdad, yo tampoco. Demasiada casualidad haberse cruzado. Bruno es más listo de lo que parece, y podría haber fingido que no la reconoce, porque puede que la estuviera siguiendo y disimuló sentándose

allí como un peregrino más.

Me quedo en silencio, observando los pelos de Marrusco en el suelo enredados con los míos, que también se suelen quedar ahí después de peinarme. Forman una pelusa, que cuando hay corriente, se mueven de un lado para otro como en el salvaje oeste. Me transmiten paz, recordándome que estoy en casa.

—No pienso tener hijos —digo con la mandíbula casi cerrada.

—¿Cómo? ¡No digas eso, Men! Todavía somos muy jóvenes, nunca se sabe, quizá en un futuro...

—No puedo —digo con una náusea en la garganta a punto de salir—, no quiero, no sería justo para ellos.

—No pienses en eso ahora, estate tranquila.

Esther intenta posar su mano sobre la mía, pero me aparto.

—Vuelve a preguntármelo en diez años y te diré lo mismo.

Agacho de nuevo la cabeza. No quiero que ni Esther ni Lucas tengan que estar preocupados por esta situación, que solo me incumbe a mí.

—Marcho —le digo.

Me levanto y, sin dirigirle la mirada, saco la ropa de los armarios y la voy metiendo de forma desordenada en la maleta que había dejado abierta sobre la cama.

—¿Qué estás haciendo? —Esther me coge del brazo intentando calmarme.

—No puedo, Esther. No puedo más. A lo mejor lo de esta plaza en un pueblo perdido ha sido providencial. Está decidido: me voy, y cuanto antes mejor —le grito.

—Vale, tranquila. No pasa nada. He cerrado bien la puerta de la entrada y ahora no va a venir nadie a buscarte, así que tienes tiempo. Además, estamos aquí contigo.

Esther me abraza y me empuja la cabeza contra su cuello. Huele genial, como siempre, y su piel parece acariciarme como el suave pelaje de un gato cuando se restriega contra ti pidiendo mimos. Me dejo llevar y la abrazo también, deseando quedarme ahí para siempre, pero, enseguida me aparta y me ofrece tiempo para estar sola. No respondo, dejo que me suelte y espero de pie a que cierre la puerta cuando se va. Oigo cómo habla con Lucas, que ya la está acribillando a preguntas.

Me dejo caer sobre la cama en el único hueco que ha dejado la enorme maleta roja de mamá, me hago un ovillo y me tapo con la manta que me cubre hasta los ojos. Los pensamientos que revolotean mi mente son incapaces de posarse, así que no entiendo nada de lo que tengo en la cabeza.

Dios, Dios, Dios...Bruno no, otra vez no. Me pica el cuerpo. Me desnudo quedándome en ropa interior. Me rasco intentando calmarme por dentro y por fuera. No puede ser que esté aquí. No puede ser. Dios mío. Miro mi conjunto azul eléctrico de encaje y veo que ya ha tenido demasiados lavados. Pero ¿qué hace mi padre aquí? No, no, no. Prefiero centrarme en mi ropa. Entrecierro los ojos y la miro sin parpadear intentando controlar mi mente que parece moverse como loca en todas las direcciones posibles. Pienso en qué ropa me llevaré, y en que además de la ropa, también tengo que dejar aquí a mis mejores amigos. No puede ser.

A los cinco minutos creo que estoy perdiendo el tiempo, respiro hondo y me levanto de nuevo para coger el móvil, que dejé en el escritorio, y veo que está inutilizable. Abro el primer cajón del escritorio y cojo el alambre para sacar la tarjeta sim y un móvil antiguo. Saco la tarjeta del móvil roto y la pongo en el antiguo. Intento encenderlo sin éxito. Vuelvo a mirar en el cajón y encuentro el cargador.

Menos mal que a los diez minutos de enchufarlo, ya funciona y puedo ponerme a buscar cómo

llegar hasta Sendero de Luna lo antes posible. Lucas tiene coche, pero trabajará con su padre a partir de mañana y, además, creo que es algo que tengo que hacer por mí misma, sin implicar a nadie más.

Entro en internet, y no veo que haya ningún autobús directo. De coche compartido ni hablamos. La única posibilidad es ir en dirección al pantano y bajar en Mora de Luna y de ahí ir andando durante casi dos horas hasta allí. Tiro con frustración el móvil encima de la cama, y sigo haciendo la maleta para irme cuanto antes.

Tres horas, una maleta y una mochila después, tengo lo más fácil recogido, casi un tercio de todas mis cosas. El resto se las puede quedar Esther o las donaré más adelante. Aún no he salido de la habitación, pero no quiero despedidas. El autobús sale mañana a las siete de la tarde, y cuando me despierte, me haré la dormida hasta que Lucas se vaya a la peluquería temprano. Esther estará trabajando también de camarera porque esta semana tiene turno de día, así que tampoco coincidiremos.

Noto que empiezo a tener hambre y saco una chocolatina deshecha y solidificada de nuevo del bolso, que llevaba ahí metida varios meses. Es lo único que tengo a mano. La como y me tumbo en la cama, ya sin maletas, hasta el día siguiente. No pongo el despertador, solo los Simpsons en el móvil, que se repiten en bucle durante dos o tres horas hasta que consigo dormirme. A pesar de las recomendaciones de la terapeuta, es lo único que me calma por la noche sin tener que tomar pastillas.

Capítulo 4.

EL CAMINO

Al día siguiente, me levanto mareada y con muchas ganas de hacer pis, así que después de ver en el móvil que son más de las doce de la mañana y que ya debería estar sola en casa, voy corriendo al baño. Bruno vuelve a mi cabeza de inmediato en cuanto se me pasa un poco el sueño y vuelvo a notar la sensación de picor debajo de la ropa y una leve migraña que parece haberse afincado como una garrapata a mi cabeza. Bruno está aquí. Bruno está aquí.

Cuando termino en el baño, paso por la cocina para coger, por fin, algo decente de comer y encuentro lonchas de pavo y queso, así que improviso un bocadillo que me como de pie antes de volver a la habitación. Me siento en la silla del escritorio y, con el ordenador, organizo la entrega de mi maleta en Sendero de Luna para el día siguiente. Me ducho rápido y me pongo algo cómodo para el viaje, pero que dé buena impresión para cuando llegue allí. Unas zapatillas de deporte blancas recién estrenadas, unos vaqueros elásticos, un jersey y mi cazadora azul de nieve. Antes de calzarme, inspiro entrecerrando los ojos y me siento en la cama.

Me reclino y miro al techo. Recuerdo aquel mismo oso durmiente con sus ovejas saltando sobre él que vi cuando recibí su llamada ayer, eso me calma un poco. Cierro los ojos por completo e intento conseguir una paz que me permita recorrer las dos calles y el puente que me separan de la estación de autobuses. Fuertes palpitaciones se instalan en mi pecho y empiezo a notar el sudor por todas partes. No voy a poder hacer esto. No voy a poder hacer esto. Si, al menos, Esther o Lucas estuvieran aquí...

Exhalo intentando echar todos los nervios fuera, me levanto, cojo la mochila más pequeña en la que he metido lo más básico como la cartera y el portátil, y me dirijo a la entrada.

Antes de abrir, me cuelgo la mochila a hombros, cojo la gorra que tengo en el armario de al lado de la puerta y miro por la mirilla despacio y sin hacer ruido. No veo ni oigo nada. Tengo miedo, me duelen los oídos, me pica hasta el cerebro y los dientes empiezan a castañear sin control. No puedo, pero tengo que poder. Como sea, tengo que hacerlo. Vamos, Mencía, tú puedes, cálmate. Hundo mis uñas en las palmas de las manos hasta que el dolor que siento es más fuerte que lo demás y, entonces, decido salir.

Al cerrar la puerta, bajo corriendo las escaleras de varios pisos hasta que oigo un crujido. Me quedo congelada. Veo una silueta corpulenta. Podría ser Bruno. Parece moreno como él. No habla, está parado en medio del pasillo del primer piso y no entiendo por qué, pero yo no me muevo de donde estoy. Podría vomitar mi corazón: intento no respirar apenas por si pudiera hacer ruido, me tapo la boca con la mano pensando en qué puedo hacer si, de repente, viene hacia aquí. No puede obligarme a hablar con él, ¿o sí? Veo un reflejo, es su móvil, si ahora me llama de nuevo, sabrá que estoy ahí. Sopeso mis opciones, pero descarto enseguida sacar el móvil y silenciarlo, porque haría muchísimo ruido con la mochila, así que decido intentar subir de forma silenciosa por unas escaleras de hace siglos que aún conservan partes de madera, el material más ruidoso del mundo. Aparto las manos de mi boca y me sujeto a la barandilla. Doy un paso hacia atrás subiendo un escalón mientras no le quito ojo. El escalón hace un ligero ruido al apoyar mi playero y yo me vuelvo a llevar las manos a la boca, pero parece que él no se inmuta. Sigue parado varios segundos más, hasta que veo que se dirige a las escaleras, pero hacia el lado contrario. Me quedo

quieta y espero a ver qué hace. Mientras está bajando, empieza a hablar por teléfono con alguien y me doy cuenta de que no es Bruno, porque él tiene la voz mucho más grave. Me tiemblan las piernas al liberar tanta tensión, así que me agarro fuerte a la barandilla y me siento hasta que se me pasa un poco.

Cinco minutos después, me paro en el portal y repito el mismo ritual que en casa, antes de abrir la puerta que da a la calle.

Me escondo como puedo en una de las esquinas y observo a todas las personas que hay en la calle intentando distinguir, sin éxito, a Bruno entre ellas. Me pongo la gorra negra con publicidad de una marca de whisky, salgo de mi escondite, agarro con fuerza el pomo de la puerta y salgo. Miro hacia todas partes, intentando a la vez disimular mi histeria para que, si está ahí, mi padre no se dé cuenta de que soy yo. Los pasos que doy son cada vez más grandes, a pesar de ir mirando el suelo por si resbalo con la poca nieve que queda. Cuando entro en el puente de la estación de autobuses oigo que alguien grita mi nombre detrás de mí.

Mi mente se bloquea, pero me da margen suficiente para poder correr, aunque la voz grave sigue gritando:

—¡Mencía! ¡Soy yo! ¡Quieta!

No sé a cuánta distancia está, pero no me atrevo a mirar. Estoy llegando al final del puente, y giro para cruzar el paso de cebra que me separa de la entrada de la estación. Hay una señora con bolsas de la compra cruzando en ese momento y los coches de ambos lados están quietos, así que no me lo pienso dos veces y sigo corriendo hasta la zona de taxis de la entrada. Me paro en seco cuando veo ahí a mi padre: entonces olvido aquella voz que ha gritado mi nombre hace un momento en el puente porque no era él. Mi padre está aquí, en la estación, a pocos metros de mí. ¡Cuántas arrugas en los ojos! Moreno, el pelo más corto de lo que recordaba también, pero sus ojos negros, penetrantes como una pantera en medio de la selva, no han cambiado nada. Me había olvidado de que por él también han pasado diez largos años. Mira hacia todas partes y yo me giro torpemente, disimulando con la mano superpuesta sobre la oreja como si sostuviera el móvil. No hablo, solo hago muecas, porque no quiero que reconozca mi voz.

Me desplazo despacio hacia la parte de la derecha donde está la entrada de la cafetería, y, al entrar, me pongo en un ángulo de visión ciego para él. Estoy sudando, debo de haber perdido varios kilos en lo que llevo de tarde. Otra vez esos dichosos pinchazos en la cabeza. Me la sujeto en los puntos donde más me duele ejerciendo una fuerte presión, intentando, sin éxito, que se me quite. Me asomo, y veo que está cogiendo un taxi. Si era él, acaba de llegar a la ciudad y Esther tampoco le vio ayer por la calle. En cualquier caso, está aquí, así que es el momento perfecto para irme yo.

Cruzo la cafetería todavía con el cuerpo ahogado en adrenalina y llego al hall de la estación, donde el ambiente es frío y apesta a puro. Aún hay mucha gente que acaba de llegar a León y otra que marcha como yo. Los pocos bancos que hay están ocupados por vagabundos y transeúntes. De todos modos, prefiero mantenerme de pie en una de las orillas, contra el cristal del estanco. Miro la pantalla para confirmar la hora y la dársena de mi autobús, y resoplo algo más aliviada, sabiendo que pronto estaré lejos de aquí.

—¡Como para no llegar en hora! Tú no has visto cómo venía este hombre, parecía que estaba pilotando un avión, colega.

Una chica con rastas que acaba de bajar de un autobús le está hablando a gritos al que parece ser su padre: un hombre canoso de traje que está a su lado y que arrastra una maleta enorme bastante destartada, mientras se limita a asentir al discurso de su hija.

—Sí, es que iba lleno, entonces no he podido cambiarme de sitio, ¡qué asco masticando con la boca abierta todo el trayecto desde Zamora hasta aquí! —dice otro chico algo más mayor que va abrazado a su mujer.

Noto un zumbido en mi cuerpo y tardo unos segundos en darme cuenta de que se trata del móvil. Me toqueteo por encima de los bolsillos y al sacarlo veo “Lucas” en la pantalla. Me da miedo cogerlo y que, de repente, hagan algún anuncio por megafonía y se entere de que estoy aquí, para irme sin haberme despedido.

“Se recuerda que está prohibido fumar en toda la estación, muchas gracias por su colaboración”.

Ha sido decirlo y justo han hablado. Quito el sonido y espero a que cuelgue él. Espero mirando la pantalla y justo después me aparece un mensaje de texto suyo:

Aquí no entra nadie, estoy aburridísimo...

No desbloqueo el móvil, sigo mirándolo atenta a ver qué dice sin que me vea conectada.

He vuelto a buscar Sendero de Luna en internet y no veas qué mal rollo daba el que estaba como un cencerro, que colgaba a las víctimas en los árboles y luego las usaba como cebo para peces...jajaja mal rollooo

Espero un minuto y veo que ya no sigue escribiendo, así que vuelvo a meter el móvil en el bolsillo del abrigo, estiro la espalda contra el escaparate y exhalo para intentar calmar los nervios que están dándome puñetazos contra el estómago. Y, de nuevo, vibra el móvil. Lo saco, esperando que sea Lucas, pero esta vez es Esther:

Churri, acabo de enterarme de que el de Tinder de ayer tiene a otra por ahí, por la zona de la Sobarriba, que también es camarera...en fin...

Por cierto, ¿estás mejor? Hoy vuelvo antes a casa y, si quieres, hago tortilla.

Los puñetazos se convierten en una sola mano que me estruja el estómago y el corazón al mismo tiempo cuando pienso en que marché sin haberme despedido de ella. Empiezo a marearme, así que me quito el abrigo, lo sujeto entre mis piernas e intento respirar como puedo. Apenas me llega oxígeno, y tampoco ayuda mucho la corriente que hay aquí ni toda la gente que no deja de pasar a mi lado para salir de la estación. Espero varios minutos, agacho un poco la cabeza y me quito la gorra unos segundos para secarme el sudor que se me está acumulando en la frente. Cuando vuelvo a ponerla y miro, la pantalla de mi izquierda muestra la dársena uno, a la que tengo que dirigirme. Me enderezo, cojo el abrigo en la mano y salgo hacia allí. Hay varias personas esperando, aunque el autobús está cerrado. Dos minutos después, aparece el conductor, enciende el motor y abre la puerta delantera. Llega tarde, pero nadie salvo yo se extraña. Una anciana, de aspecto rugoso con un gran lunar en la barbilla y una sonrisa cálida, tira su maleta en la parte de abajo sin necesidad de ayuda. Yo, que solo llevo la mochila, decido subir para ir colocándome.

—Un momento, no encuentro el billete —dice el segundo pasajero.

Es un señor de mediana edad que rebusca en sus bolsillos mientras el conductor se recoloca en su asiento, incómodo por la espera.

Es un autobús bastante pequeño, debe de tener unos quince asientos, así que, en cuanto el conductor me rasga el billete, me acomodo en la primera fila, para poder preguntarle cuando lleguemos y no pasarme de parada. Miro fuera, no hay nadie más, el señor se ha colocado al final del todo y la anciana, que está subiendo, se coloca a mi lado. Sonríó por compromiso, aunque me provoca mucha ternura. Me pregunto adónde irá tan tarde ella sola.

—Bueno, ¡nos vamos! —grita el conductor mirándome y buscando con la mirada al señor del fondo.

Le hago un gesto afirmativo con la cabeza y me quito, por fin, la gorra. Está empapada de sudor todavía, así que intento secarme con la manga del abrigo. He dejado la mochila entre mis piernas, pero aún abulta mucho, así que me quito el abrigo para que la anciana pueda estar más cómoda a mi lado, aunque hace bastante frío aquí dentro. Me froto las manos y exhalo para comprobar el vaho que sale de mi boca. Empezamos a movernos: ya es oficial, me voy de aquí. Sonríó nerviosa por la ventana al dejar atrás la estación y bordear el río Bernesga. Todo está oscuro, pero ya estoy tranquila.

Respiro mientras me dejo recaer en mi asiento bajando los hombros y apoyando una mano sobre otra para descansar. La anciana siempre mira para el frente y la veo cotillear lo que hace el conductor con los mandos: parece entretenida. Lleva un vestido negro, con medias negras tupidas y un pañuelo también negro que le cubre por completo el cabello. Tiene la cara llena de manchas por la edad, le sobresalen de la barbilla unos pelos alargados como alambres y mantiene los labios pegados.

Llevamos ya un cuarto de hora de camino, el conductor ha apagado las luces de dentro y como ella no duerme, enciendo la de mi sitio y rebusco entre las cosas de mi mochila para sacar un cuaderno donde he apuntado unas ideas para mi nueva clase y un boli para ver si se me ocurre algo más. Lo dejo abierto sobre mis piernas y miro hacia la ventana, buscando inspiración.

—He visto en tus notas que vas a Sendero de Luna —dice sorprendida la mujer cuyo rostro está cubierto de arrugas tan pronunciadas que cuesta ver su expresión con aquella luz.

—Sí, soy la nueva maestra —digo contenta—. Bueno, la sustituta, de momento.

—Te estás equivocando niña, estás a tiempo, no vayas, hazme caso —me susurra entonces mientras se levanta del asiento y se mueve seis filas más atrás.

Capítulo 5.

A SENDERO DE LUNA, POR FAVOR

La anciana del autobús no me devuelve la mirada, y ya no la veo con tantos asientos de por medio. Parece que intenta evitarme. Seguramente haya tenido algún roce con vecinos del pueblo, pero no es motivo para reaccionar así. No hay quien entienda a la gente mayor.

Después de una parada en el pueblo de La Magdalena, donde no se baja ni se sube nadie, comienzo a estar cansada y se me entrecierran los ojos. Veo letreros: *Garaño*, y muchos que advierten de los corzos que pueden salir de noche a la carretera.

Apenas hay luz fuera del camino, y solo aprecio las casas cuando están pegadas a la carretera, empapada y sucia. La quitanieves ha debido de pasar porque el largo de los arcones forma una columna blanca y sólida infranqueable. Aún así, y a pesar de las curvas que plagan todo el camino, el conductor va bastante deprisa.

Veó que, al lado de la entrada de Vega, un pueblo anterior a mi destino, hay un taxi parado en la acera, y me doy cuenta de que no pensé en la alternativa del taxi para llegar hasta Sendero de Luna. Sacudo la cabeza y aprieto las uñas contra las palmas de mis manos. ¡Seré idiota!

—El próximo pueblo ya es Mora —dice el conductor con un tono bastante alto. Me giro, pero nadie contesta. Le agradezco la información y me preparo para bajar.

Cinco minutos después, el autobús se para y abre la puerta. Me levanto y solo veo al señor de atrás durmiendo, la anciana ya no está. ¿Cuándo se ha bajado? ¡Qué señora más rara!

Agradezco el viaje al conductor y, al bajar, apoyo la mochila en el banco que hay en la parada. Cuando el autobús se va, me doy cuenta de que reinaría una calma absoluta, si no fuera por la Autopista de Ruta de la Plata que se ve arriba en la montaña de al lado, con coches y camiones que aún a las ocho de la noche siguen pasando continuamente. Exhalo hacia arriba notando el vaho que sale de mi boca e intento ajustarme más el abrigo para que el frío no me traspase la ropa. Saco el móvil del bolsillo y compruebo que tengo cobertura.

Busco en internet taxis en Mora y encuentro varios radiotaxis ubicados en La Magdalena. Quizá debería de haberme bajado allí, que parecía un pueblo más grande y podría haber hecho noche, porque ahora estoy muy cansada y está todo muy oscuro para seguir caminando. La luz que dan las farolas es tenue, y no hay nadie en la entrada del pueblo. Tampoco se ve luz en las casas de la calle principal, lo que da sensación de abandono.

Me siento incómoda y desprotegida en medio de tanta oscuridad, así que llamo rápido por teléfono para que venga un taxi a buscarme.

—Hola, necesitaría un taxi ahora mismo en Mora de Luna, por favor.

—Sí, ¿dónde estás? —me responde un hombre con voz tosca al otro lado del teléfono.

—Justo en la parada del autobús, en la carretera principal, es para ir a Sendero de Luna.

—Sí, no te muevas, quédate quieta. En diez minutos estoy ahí, venga, hasta luego.

El hombre me cuelga sin esperar respuesta, pero no me importa porque me tranquiliza saber que estará aquí lo antes posible. Me doy unos segundos exhalando y observando cómo el aire se convierte en vaho. Es increíble la sensación de aislamiento y soledad que me invade ya por dentro. No estoy tan lejos de la ciudad, pero el efecto es el contrario: no hay nadie por la calle, apenas llega ruido y con la poca luz que dan las farolas veo a varios gatos pardos cruzar a sus

anchas por la calzada. Definitivamente, estoy muy lejos. Siento una extraña paz, pero también miedo a la vez.

“Sí, no te muevas, quédate quieta”, pienso en la voz del taxista y siento un escalofrío.

Echo un vistazo a las llamadas perdidas y tengo dos más de Lucas, y aunque me reconfortara oír su voz, no quiero que sepa dónde estoy, así que decido guardar el móvil.

Me miro las manos y las tengo rojas por el frío. Las acerco a mi boca respirando sobre ellas para intentar calentarlas. Con tanto silencio, escucho a los grillos, que no dejan de cantar. Varios minutos después, oigo el ruido de un coche a lo lejos.

Por fin.

Pero, cuando gira la curva de la carretera y se va a acercando adonde yo estoy, me percató de que no lleva ninguna señal de taxi. Aun así, se detiene frente a mí. El corazón me va a mil revoluciones. No entiendo qué quiere. Me giro lo suficiente para que no me vea la cara y no tanto como para yo no poder ver la suya, pero las luces delanteras me deslumbran. Las palpitaciones me cortan el aliento, miro hacia la oscuridad que me rodea y empiezo a dudar de que la idea de pedir un taxi fuera buena.

El coche sigue con las luces dadas, parado en su carril, a tres metros de mí.

Debería dejar la mochila en la parada de bus y salir pitando. Ahora. Venga. No, no me atrevo.

¿Por qué nadie sale del coche?

Entonces baja la ventanilla despacio y aparece un señor mayor con enormes bolsas debajo de los ojos y venas rojas en la nariz.

¿Qué se piensa que soy? Aquí al lado de la carretera, podría esperar cualquier cosa.

Tendría que haberme quedado en León, quién me mandaría a mí. Encima ni Lucas ni Esther saben que estoy aquí, si me pasara algo...

—Hola, has pedido un taxi, ¿verdad?

Me quedo unos segundos en silencio sopesando la respuesta, tratando de comprender por qué, si es un taxi, no lleva ninguna pegatina.

—Sí, pero... ¿este es el taxi? ¿Es particular?

—Sí, bueno, es mío —contesta el señor soltando varias risotadas forzadas—. Estoy ayudando a mi cuñado, él es el que tiene el taxi, pero está en el hospital con la rapaza que se ha puesto mala.

Dios, me va a explotar la cabeza. ¿Qué hago? ¿Me subo o no me subo? Empiezo a notar dolor en la palma de la mano: agacho la mirada y me doy cuenta de que estoy apretando mis uñas contra ella.

—Tienes que ir a Sendero, ¿no, moza? —vuelve a decirme mirándome de arriba abajo.

—Sí. —Me veo desde una burbuja cogiendo la mochila y abriendo la puerta de atrás del taxi para entrar.

Cierro la puerta y el taxi hace un giro rápido para entrar en el pueblo. Saco mi móvil para buscar las coordenadas que la Conserjería me dio para poder guiar al hombre sobre dónde dejarme. Me quedo con la cazadora puesta por si tuviera que salir de repente, aunque en el coche hace bastante calor en comparación con el frío de fuera y noto que me pica la mitad del cuerpo por el sudor.

—¿Qué te ha traído aquí? No tienes acento de fuera —me dice.

No me pierde de vista.

—Soy la nueva maestra de Sendero de Luna. Bueno, la sustituta temporal.

—¡Ah! Pues muy bien, porque cada vez se cierran más escuelas, lo raro es que todavía haya una allí. Hace años que no piso ese pueblo.

—Sí, está algo alejado... De hecho, tengo aquí las coordenadas, cuando estemos llegando le digo dónde puede dejarme.

Ya hemos entrado en una zona boscosa y no hay apenas nada de luz. Aprieto fuerte el móvil dentro de mis manos haciéndome daño en los nudillos mientras simulo estar concentrada viendo algo en la pantalla. No quiero que me hable ni que se fije en mí. No debería estar aquí. ¡Quién me mandaría venir! Echo un vistazo a las llamadas perdidas de Lucas. ¡Le echo tanto de menos ahora mismo! Si estuviera aquí me sentiría mucho mejor. Si Esther estuviera aquí podría darle una patada en los huevos a quien hiciera falta, pero no está. Ni está ni sabe dónde estoy yo.

—Por aquí no viene mucha gente, es curioso que te hayan mandado aquí. ¿Seguro que no es en otro pueblo? También podría llevarte si quieres.

¿Este señor me quiere llevar a otro sitio? Me da un vuelco el corazón al oírle.

—No, no, gracias. De hecho, me están esperando ahora mismo, por eso tenía prisa por que usted me recogiera.

Dios, qué picores. Miro mi móvil y veo que estamos llegando. Por fin. Cruzo los dedos para que haya mucha gente todavía por la calle.

—Es aquí —le digo al conductor mientras me seco el sudor de la frente con la manga del abrigo.

Aunque me extraña mucho ver que todavía no hay mucha luz y solo una casa cerca, estoy asfixiada y necesito salir de ahí, así que pago al hombre mientras mantengo ya mi puerta abierta.

Cuando me bajo, el aire fresco me da una bofetada en la cara y me despeja, aunque espero a que el coche haya desaparecido para preocuparme por saber dónde demonios estoy.

Miro a mi alrededor para intentar buscar más pistas. Me encuentro aún en mitad de la carretera, que termina un poco más allá de donde estoy, antes de llegar a la parte más alta de una colina, y se perfila hacia abajo por un largo sendero embarrado, repleto de piedras cubiertas por la nieve. El ambiente se ve asfixiado por un intenso olor a boñiga de vaca y el ruido de grillos y de alguna lechuza ensucian el silencio sepulcral que esperaba.

Apenas veo una primera casa a lo lejos, más allá del sendero. Me subo la mochila a los hombros y me pongo a andar por la carretera oscura: cada paso que doy debe estar alertando a todos los animales de alrededor por el crujido de todos los pequeños palos que me voy encontrando bajo mis zapatillas. Camino despacio, pero es inútil intentar evitarlo. Cuando me aproximo a la cima, más casas aparecen ante mí, no muy lejos de la que ya había visto: todas ellas se yerguen ante la perenne niebla que las montañas de alrededor parecen cobijar. La humedad del Pantano de Luna también se hace palpable, tanto que mis huesos comienzan a calarse y yo a tiritar.

Desciendo y entro en un bosque que está justo antes de las primeras casas. Es bastante frondoso y hay una especie de laguna a un lado. Cuando me adentro en él, aumenta la luz. Busco a mi alrededor sin parar de andar, pero no veo de dónde viene la iluminación hasta que elevo la vista: las copas de los árboles brillan, ¿serán luciérnagas? Me parece muy extraño y avanzo a paso más ligero, todo lo que puedo, ya que dentro del bosque vuelve a estar embarrado y hay zonas por las que se me quedan casi pegadas las zapatillas al suelo después de atravesar la primera capa de nieve.

Un extraño zumbido viene de lejos, me giro y me encuentro un jabalí a mi lado. ¡Dios mío! ¡Qué es esto! Está quieto, solo me mira. Sus ojos también brillan demasiado, ya no sé si me estoy volviendo paranoica. ¿Qué hago? Nunca había visto un jabalí, no sé si debería echar a correr o quedarme ahí esperando a que se vaya. Petrificada, le devuelvo la mirada con unos ojos que pronto se saldrán de sus órbitas. Decido no hacer ningún movimiento para no asustarlo. No entiendo por qué me observa así. ¡Dios, me pica todo el cuerpo del sudor! Las luces de arriba

siguen alumbrando y me permiten verlo bien. No hay expresión de agresividad en su rostro y todos los bordes de la boca están manchados con restos de hierbas y lo que parece ser agua, así que no parece hambriento. El zumbido se hace cada vez más palpable y miro de reojo para intentar ver algo.

Está a treinta metros, es un niño de unos seis años y está rodeado de enormes avispas. No hace nada por quitárselas de encima.

El jabalí se gira y se marcha hacia el otro lado y yo aprovecho para rascarme la barriga por dentro del abrigo y ambos muslos.

—¡Oye! ¡Ven conmigo! —le grito al niño.

Me mira, pero se gira de nuevo sin hacerme caso mientras se acerca aún más al avispero.

—¡No! ¡Quieto!

Quiero ir corriendo hacia él para ayudarlo, pero no sé cómo, tengo el cuerpo paralizado. Segundos después, el niño se desploma en el suelo y las avispas desaparecen poco a poco. ¡No! ¡Socorro! Entonces mis piernas vuelven a reaccionar y me acerco a él despacio. Aún hay algunas avispas, tienen su cara cubierta por completo. Le miro las manos cuyos dedos intenta mover, pero están hinchadas y moradas. Apenas quedan ya avispas y cuando me fijo en su cara, está completamente desfigurada: no parece humano, su rostro está hinchado, los párpados morados y no se ven los ojos por lo que le abulta la piel de alrededor.

—Madre mía, no puede ser.

¿Qué hago? ¿A quién llamo? Siento que no me llega el oxígeno viendo cómo el niño supura pus por todas partes y tiene la boca abierta, de la que salen las últimas avispas. ¿Estará vivo? Empiezo a ver borroso e intento sujetarme a algún árbol, pero me da miedo que haya alguna avispa todavía. Entonces me acerco más a él y, sin agacharme, le toco con la pierna a ver si reacciona.

—¿Hola? ¿Puedes oírme? Ay, Dios mío. ¿Hola?

Me desplomo en el suelo, con un sentimiento de culpa y frustración que invade mi cerebro, perfora mis oídos y me desgarran las sienes.

Un rato después, llega un coche de la guardia civil que para al lado del niño. De él se bajan tres personas, uno de ellos de uniforme y otro de paisano se acercan al pequeño mientras que el otro, también de paisano, viene hacia mí. Me pitan los oídos y veo todo borroso. Las gotas de sudor me corren por la frente y empiezo a temblar. Me habla pero no le oigo. Noto que su mano me agarra el brazo y me levanta. Me observa y sigue hablando, pero no sé lo que dice, ni siquiera me fijo en su cara.

Algo en mi mente hace clac y es como si mis oídos se destaponaran.

—Roberto, ¿te encargas tú? —dice el señor de bigote—. Yo tengo que llevar a esta chica a la casa de la maestra.

—Sí, alcalde, vaya con ella, el jefe y yo lo tenemos controlado —contesta el otro chico que va de paisano. Ambos se despiden con la mano y se vuelven a girar hacia el niño.

—Vamos, señorita, yo la acompaño, no se preocupe. —Me agarra fuerte por los hombros.

El que parece el alcalde me mete en el coche del guardia civil y dos minutos después, se para y me conduce hasta una pequeña casa en medio del pueblo. Abre la puerta y yo, que no he dicho nada en todo el camino, salgo por mi propio pie.

—Gracias, perdone, no sé qué ha pasado. Yo... —intento explicarme, pero estoy a punto de llorar.

—Shhh no se preocupe, no ha pasado nada. Tenga, estas son las llaves de su nueva casa. Usted descanse que seguro que ha sido un viaje largo. El lunes vengo a buscarla a primera hora para

presentarla en clase.

No entiendo por qué, si es el alcalde, tiene que llevarme a clase, pero ahora no estoy para preguntas.

Entro en la casa. No huele a cerrado, la antigua profesora ha debido de irse hace poco tiempo. Dejo la mochila en el pequeño cuarto de estar que hay junto a la entrada y me siento en el tresillo. Sin quitarme el abrigo, saco el móvil y veo que tengo veinte llamadas perdidas de Lucas y de Esther, pero no me siento con fuerzas para responder, así que busco una habitación, me quito las zapatillas empapadas por la nieve, me desnudo y me meto dentro de las sábanas para intentar cerrar los ojos y olvidarme de todo hasta mañana.

Capítulo 6.

RECORDANDO

ZzZzZz

Oigo zumbidos y me despierto sobresaltada, con miedo. Me sacudo el cuerpo como si lo tuviera cubierto de avispas, pero... ¡solo estaba soñando! Al segundo de despertarme, recuerdo lo que pasó ayer, aunque con mayor detalle. Veo al niño, está intentando alcanzar el avispero y entonces es cuando este cae encima de él y las avispas le atacan hasta desplomarse en el suelo. Me parece raro que no gritara ni intentara escapar hacia el agua. Parecía como si estuviera drogado, fuera de sí. ¿Qué le pasaría?

La habitación está bañada en la luz que entra por las contraventanas. Miro al techo y veo que hay finas telarañas en todas las esquinas. Agradezco haberme dado cuenta ahora y no ayer por la noche, de lo contrario no hubiera podido dormir hasta haberlas quitado.

A ambos lados hay una mesita de noche, son de madera barata y solo hay una estatua de un santo en la que tengo más cerca. Suspiro y me giro hacia el otro lado, pegando un chillido enorme al creer ver a un jabalí pegado a mí, pero solo es la sombra del santo que se refleja en la pared. Vuelvo a recordar el episodio de anoche y cada vez me cuadra menos todo. Aquel jabalí en mitad del bosque... La cama vibra y levanto las sábanas para coger el móvil. Es Esther. Mierda, aún no he hablado con ellos. Respiro mirando de nuevo al techo e intentando evocar la imagen del oso con las ovejas recomendada por mi terapeuta para calmarme.

—¿Hola? —Espero su reacción.

—¿Dónde estás? Hemos ido incluso a la policía, pensábamos lo peor, ¿dónde estás, Men?

La voz de Esther se entrecorta por la saliva y suena realmente angustiada. Me siento fatal. ¿Cómo he podido hacerle esto?

—Lo siento, estoy bien, es que... yo... tenía que irme y... me daba vergüenza decirlo nada más porque... bueno... mi padre... ya sabes que...

—Pero ¿dónde estás, Men? —me pregunta aún con un tono lastimero.

—No te enfades.

—¿Por qué iba a enfadarme? Va, ¿dónde estás? Nos tienes muy preocupados.

—Ayer me vine a Sendero de Luna y ya he dormido aquí, en la casa de la maestra, así que estoy bien.

—Ah —contesta ya con voz más calmada—. Pero... ¿por qué no nos lo has contado? Si hubieras esperado, podríamos haberte acompañado. Pero, estás bien, ¿no?

—Sí.

El tono de mi voz no resulta convincente y Esther me pide más detalles, así que termino contándole todo lo que me pasó durante el viaje: la anciana del autobús, el cuñado del taxista, el niño del bosque, el jabalí, ...

—No has salido de la provincia y ya has tenido más experiencias interesantes que Lucas en tres años —se ríe.

—Y tú, ¿cómo estás? ¿qué pasó al final con ese chico? —Intento también desviar la atención del tema.

—Pues nada, le mandé a la mierda cuando me enteré de que estaba con otra a la vez,

lógicamente. Y poco más, Paz dice que va a presentarme a un tío que va al mismo gym que yo, pero con el que no he coincidido todavía.

—¡Qué bien! A ver si con este tienes más suerte.

—Bah, tampoco te creas que espero a mi príncipe azul, pero mientras tanto me entretengo, ya sabes.

—Haces bien, además yo ya te echo de menos —le digo.

—Y yo a ti tonta, si es que...

Oigo a Lucas quejarse de fondo y prefiero no preguntar por si está muy enfadado conmigo. Terminamos de hablar y corro a mandarle un mensaje de disculpa, no me atrevo a hablar con él.

Perdóname Lucas, sentí que debía irme y pensé que hacerlo sola era lo mejor para todos, no quería hacerte daño. Lo siento...

Cuando termino, vuelvo a dejar el móvil bajo las sábanas y me tapo hasta la cabeza para no pasar frío. Al segundo, vuelvo a cogerlo para ver las fotos de Lucas y mi atención se clava en la que tenemos juntos al salir de las cuevas de Valporquero: nariz con nariz, abrigados hasta los ojos y sonrientes.

—¡Ojalá estuvieras aquí! —digo en voz baja al besar la pantalla.

Tomo aire y el frío entra directamente en mis pulmones. Me da pereza salir de aquí, pero tengo un hambre que me muero. Dejo el móvil y al llegar al salón, veo que mi mochila sigue en el tresillo tirada. En el cuarto de estar hay varias cómodas de madera, pero todas tienen utensilios de cocina, sobre todo pocillos para café, platos antiguos de metal blanco y con la raya negra que los bordea y muchos cubiertos y largos tenedores de madera. En el frigo no hay nada, ni siquiera está enchufado. Vuelvo a por la mochila, me visto con todo lo que tengo de abrigo, saco la cartera y salgo a comprar algo.

La casa está en medio de lo que parece ser la plaza del pueblo: está rodeada de otras casas antiguas, aunque la mayoría reformadas, hay un pilón en el centro y a la derecha está la iglesia. Mi casa tiene un pequeño jardín en la parte delantera antes de llegar a la puerta de la entrada.

—Buenos días —me dice un chico que está en la barandilla de la parcela, a unos tres metros de la casa.

—Hola.

Me resulta familiar, aunque me cuesta abrir bien los ojos por la luz cegadora de la nieve.

—¿Qué tal has dormido? —me pregunta serio. Es un chico bastante normalín, parece más mayor que yo.

¿Quién es este? ¿Por qué está en la entrada de mi casa?

—Bien —le digo extrañada—, ¿esperas a alguien?

—No, solo pasaba por aquí, pero te he visto por la ventana y te estaba esperando.

Entonces me doy cuenta de que es uno de los hombres que estaba ayer en el bosque con el alcalde. ¿Qué querrá ahora? Y, ¿por qué me está espiando?

—Perdona, sin uniforme no te había reconocido —le digo apretando los labios.

—No, si yo no soy Guardia Civil, tranquila. —Se quita el gorro que lleva y muestra unos pequeños rizos rubios oscuros. Tampoco me acuerdo de eso, sí de la marca que tiene debajo de los labios, esa me resulta familiar, igual que su voz.

—Lo siento, no me fijé mucho ayer, ya era de noche. Ahora no me olvidaré de ti —le contesto sin mucho entusiasmo.

—Me llamo Roberto. —Alarga su mano.

Me acerco hasta la barandilla y se la estrecho despacio durante unos segundos.

Él se queda mirándome sin sonreír.

—¿Qué hacías ayer en el bosque?

—Podría preguntarte lo mismo, ¿no crees? —me responde con un tono un tanto burlón.

Espera unos segundos y después continúa:

—Ayudo en las labores del bosque, digamos que soy el responsable de la zona.

Sigo su tono jocoso, y empiezo a notar una tensión incómoda entre ambos, así que me despido de forma cordial y avanzo por el lado de la plaza del pueblo donde está situada la casa que me han asignado.

Hay varias señoras mayores paseando, que parece que se preguntan quién soy yo, porque no dejan de mirarme y cuchichear: una lleva un palillo que mueve sin parar con la boca, otra va dando tumbos con el bolso a cuestas como si su sobrepeso le impidiera andar mejor y la otra tiene el pelo blanco brillante.

Cruzo hacia la esquina opuesta y salgo a dar a una calle en la que no hay nadie. Las casas en las demás calles son también antiguas, blancas la mayoría o de piedra revestida, con varias plantas y macetas con flores ya marchitas. Huele a chimenea y sonrío disfrutando de lo calentina que estoy con las varias capas de ropa que llevo puestas, aunque estoy deseando que llegue ya mi maleta con el resto de mis cosas. ¡Mi maleta! Si la empresa de transporte hubiera ido a recogerla a casa tal y como indiqué, Lucas y Esther se habrían enterado de que estoy aquí: ni siquiera lo había pensado hasta ahora, pero no me han dicho nada, así que mucho me temo que llevan retraso en la recogida de mi maleta.

—Perdona, ¿sabes dónde hay una tienda para comprar algo de comer? —le pregunto a una chica algo más mayor que yo, con el pelo rubio teñido y unos aros enormes en las orejas que acaba de aparecer por la esquina de otra calle colindante.

Escupe el chicle que tiene en la boca en el borde de la carretera, se pasa la mano por la rasta que le sale de detrás de la cabeza y me mira extrañada.

—Tía, aquí no hay tiendas. ¿De quién eres hija? No me suena verte por el bar —contesta.

—Soy Mencía, la nueva maestra —le digo orgullosa.

—Ah, mola, pues mira iba a bajar ahora hasta La Magdalena, es un pueblo que está cerca y tiene tiendinas de comida, farmacias y más bares, cajeros, panadería, quiosco...un poco de todo. Vente si quieres.

No es la persona que me hubiera imaginado para compartir coche de nuevo después de la experiencia de ayer, pero, sin duda, es la que parece más normal de todas las que he conocido hasta ahora aquí.

—Muchas gracias.

—Soy Carla, por cierto. —Me guiña el ojo y me hace un gesto con la mano para que la siga.

A escasos cinco metros está su coche, un pequeño Seat bastante moderno. Me siento a su lado, y ella pone música reggae en la radio. No he tenido tiempo de ponerme el cinturón y ya ha dado un acelerón que me ha puesto la cabeza contra el asiento.

Se sabe el camino, debe haberlo hecho miles de veces, no hay por qué temer.

—Bueno, Mencía me has dicho, ¿no?

—Sí, como la uva.

—Espero que te guste el vino. —Suelta una risa sincera, la primera que veo desde que estoy en este pueblo. Por fin, una posible amiga.

Se incorpora a la carretera general y aumenta la marcha: me da la sensación de que, en los baches, el coche incluso llega a estar por el aire unas milésimas de segundo.

—Sí, claro, tampoco es que beba demasiado, pero sí.

Intento ser cordial, pero cómo me gustaría estar ahora mismo en mi casa. ¡Quién me mandaría a mí!

—¿Y cómo es que te has venido tan lejos? —me pregunta.

—Me ofrecieron la plaza y pensé que me vendría bien la experiencia. Parece muy tranquilo el pueblo, está muy bien.

Ella vuelve a reírse.

—Te vas a aburrir, tía, aquí no hay nada que hacer, y encima sin coche...bueno si salgo de fiesta yo te aviso y te vienes conmigo, ¿vale?

Encima, de fiesta por ahí bebiendo y luego volver con el coche. Gracias, pero no quiero morir.

—Claro, muchas gracias.

—¿Tienes novio? ¿De dónde eres? —me pregunta.

Madre mía, menudo examen estoy pasando, si lo sé se lo dejo todo por escrito y se lo entrego para que tenga todos los detalles...

—Soy de aquí de León. No, estoy bien así. ¿Y tú? —le pregunto corriendo antes de que me vuelva a preguntar ella a mí.

—Uff no, tía, la verdad es que no. Aquí hay poco género ¿eh? ya te darás cuenta.

Género no sé, pero viendo al tipo de esta mañana en la barandilla de mi casa, a saco sí van.

Sonrí y, por suerte, a Carla ya no le da tiempo a preguntarme nada más porque hemos llegado. Lo bueno es que me ha ayudado a no pensar tanto en los vaivenes del coche. Más bien me ha hecho pensar en Lucas otra vez, ¡él sí que triunfaría si estuviera aquí! Vuelvo a acordarme de la foto de esta mañana y sonrío sin dar explicaciones.

Carla me orienta sobre dónde están los sitios y quedamos en diez minutos de nuevo donde ha aparcado el coche para regresar. Durante el viaje de vuelta, tampoco hablamos porque está al teléfono con un chico todo el tiempo sujetando el aparato con el hombro pegado a la oreja. Me deja en casa, le doy las gracias con la mano y respiro aliviada.

Meto los huevos, el tomate y la leche en el frigo y me abro el queso curado que voy mordisqueando a la vez que la barra de pan. No tengo tele, así que me acerco a la ventana a ver qué veo, no sin antes comprobar que el termostato está a veinte grados, ¡qué frío hace! Estaría bien poner bonito el trozo de jardín de la entrada que tiene flores quemadas: alguna habrá que dure un invierno de aquí.

Me vuelvo a girar y observo la sala de estar con detenimiento. En esencia, son paredes blancas y muebles marrones de madera: muy sencilla, sin adornos más allá de los tapetes que están colocados encima del tresillo y que me recuerdan a mamá. Cojo uno con la mano y lo huelo, pero no tiene su olor. Sigo mordisqueando el queso con el pan hasta que me sacio y me siento. Ya es domingo, ¿será por eso por lo que aún no me han traído la maleta?

Mañana empiezo las clases y estoy agotada, después de un viaje en coche un tanto particular. Otro más. Ni siquiera he tenido tiempo de pensar en lo que me espera mañana.

Miro al techo: aquí también hay telarañas y alguna que otra araña pululando encima de mi cabeza. Los techos no son muy altos, así que podré deshacerme de ellas con facilidad dentro de un rato. Pienso en el niño de ayer, Dios mío, ni siquiera sé lo que ha pasado con él, no sé si quiero pensarlo. Este chico, Roberto, no parecía extrañado por la situación, ni tampoco el alcalde o el Guardia Civil. Me pregunto si los ataques de avispa son algo común aquí, tendré que tener cuidado si quiero poner bonito el jardín de la entrada.

Capítulo 7.

AQUÍ TODO ES MUY EXTRAÑO

El resplandor de la calle me ciega cuando abro las contraventanas por la mañana: está todo nevado. Dan ganas de volver a la cama. Entrecierro los ojos unos momentos hasta que consigo acostumbrarme. Desde lejos, el pilón de la plaza tiene pinta de estar congelado y las escaleras de la iglesia están impracticables. Miro hacia la izquierda y veo pasar a Roberto cerca de la verja de casa.

—Hola —me dice moviendo los labios pero sin emitir ningún sonido, al menos, desde aquí no he oído nada.

Lleva botas altas de nieve, una pala al hombro y algunas hojas entre la ropa de invierno. Le devuelvo el saludo alzando la cabeza y él me guiña un ojo: sin duda, es un tipo muy curioso. Sigue caminando y yo me aparto de la ventana para que se cierre el visillo y deje de verme.

Voy al salón para coger una taza de desayuno en uno de los armarios, miro el móvil para llamar a Lucas pero no tengo cobertura. Por la ventana diviso otra silueta a través de las cortinas: está muy cerca de la entrada, se gira para mirarme y al notar esos ojos azules clavados como agujas en los míos creo que es Bruno, mi padre. Un fuerte y doloroso cosquilleo me recorre el cerebro, intento respirar todo lo que puedo y sujetarme en el tresillo hasta que me desvanezco.

No pierdo el sentido, pero me dejo caer retorcida hasta que me siento mejor. La taza del desayuno que había cogido antes, ahora está en el suelo hecha pedazos. Enseguida mi cerebro vuelve a confirmarme que lo que ha pasado es real: Bruno estaba en la ventana. Noto que me cuesta respirar, así que me coloco estirada e imagino al oso sonriente con las ovejas por encima, están calmadas, juegan: todos son felices. La terapeuta hizo un gran trabajo ofreciéndome esta visión, pero a veces no funciona todo lo bien que me gustaría. Sonrío, pero sigo muy nerviosa. Me levanto rápido, me dirijo con la espalda agachada hasta una de las esquinas del salón y desde ahí me fijo de nuevo a ver si sigue ahí fuera. No veo a nadie. ¿Sería realmente él? Creo que me estoy volviendo loca.

Por si acaso, permanezco agachada posando mis manos sobre las rodillas, recojo mi móvil que también está en el suelo y llego así hasta la habitación, cierro la puerta y me meto en la cama. Vuelvo a tener cobertura, creo que mi cama es el único sitio de la casa donde la hay. ¡Qué ganas tengo de hablar con Lucas! Ojalá pudiera estar aquí conmigo. Busco en llamadas recientes y pulso en su nombre, pero justo llaman a la puerta de casa y tengo que colgar sin que haya respondido. Me tiembla todo. ¿Será Bruno? Me levanto despacio sin hacer ruido y voy de puntillas hacia allí evitando que se me vea por ninguna ventana. Noto el ruido de una cazadora de invierno rozar contra las mangas. Hay alguien, y no se va. Vuelve a golpear la puerta y yo me pego a ella intentando oír algo más.

—¿Señorita Torres?

Entonces me doy cuenta de que es el alcalde y abro la puerta.

—Buenos días, señorita, ¿cómo se encuentra usted hoy? —Su sonrisa hace que el bigote le llegue casi hasta las orejas.

Me cierro aún más la bata que llevo puesta y le examino antes de responder: no le recordaba tan calvo, aunque ya sabía que su barriga era así de prominente.

—Buenos días, señor alcalde. Bien, gracias.

—¿Qué hace así todavía? Venga, vístase que tengo que presentarle a su nueva clase.

Entra en casa sin pedir permiso y hace que tenga que retroceder para dejarle espacio. Cierra la puerta tras de sí y se va a sentar al tresillo.

—¿Qué ha pasado aquí? —me pregunta al ver los trozos de cerámica por el suelo.

—Se me resbaló una taza esta mañana, disculpe —le digo—. No sé qué le ha debido pasar a mi móvil que no me sonó el despertador, perdone, vengo enseguida.

Marcho a la habitación sin ofrecerle nada de beber, aunque tampoco debería, ya que se ha autoinvitado a entrar. Intento vestirme lo más rápido posible, no me gusta que haya extraños en casa. No se oye ningún ruido desde aquí, me pregunto qué estará haciendo mientras y si me habré dejado algo personal tirado por ahí. Cojo el móvil que dejé en la cama y escribo rápido a Esther:

Esther, te echo tanto de menos. Aquí todo es muy extraño, tengo al alcalde en casa esperando para acompañarme a clase, no te digo más... Y tú, ¿qué tal? ¿Y Marrusco?

Tiro el móvil de nuevo en la cama esperando a que el mensaje se envíe y me acerco a coger el calzado a una esquina, pero me tropiezo con un tablón desnivelado del suelo y me caigo.

—¿Está usted bien? —me grita el alcalde desde el salón: ha debido de oír la caída, no me extraña, aquí se oye todo.

—Sí, todo bien, gracias.

Antes de levantarme, veo que tengo la rodilla raspada y con sangre, así que soplo para calmar el dolor. Me quito el calcetín y veo que uno de los dedos también está sangrando. Me giro hacia el tablón y percibo que tiene una pequeña punta de hierro hacia fuera. ¡Qué mala suerte! En el suelo, veo que hay unas cuantas moscas boca arriba, varias bolas de polvo debajo de la cama que debería de haber limpiado ya y una caja de zapatos debajo de la cómoda de madera. ¿Sería de la antigua profesora? Está cubierta de polvo, aunque muy antigua no parece, pero ¡desde luego no es mía! Lástima no tener tiempo ahora para ver su contenido, lo haré al volver de clase, y si no hay nada de valor, la tiraré antes de que críe bichos. Vuelvo a ponerme el calcetín después de limpiarme un poco la sangre y termino de arreglarme.

Cuando salgo de la habitación, el alcalde tiene los brazos apoyados sobre las rodillas y está inclinado hacia los papeles que traje en mi mochila. Entre ellos está una copia de la noticia del loco del pueblo que mataba a la gente y se la daba de cebo a los peces del pantano. ¡Dios mío! ¡Justo está mirando ese papel! ¡No puede ser! ¡Qué va a pensar de mí!

—Estoy lista.

Me acerco inquieta y pongo todos los papeles arrebujados en un único montón. El alcalde me sonrío y yo me aclaro la garganta, pensando en qué decirle si me pregunta por ello.

—Vámonos señorita, nos están esperando.

Casi prefería una bronca, ¿qué pensará de mí ahora este hombre? Podría incluso llamar y pedir otra sustituta de la sustituta y mandarme para casa. Me pican las axilas, estoy empezando a sudar.

Cojo las llaves y cuando salimos, tranco la puerta con llave. Entonces veo a las tres cotorras del otro día cuchicheando de nuevo y mirándome de arriba abajo. La de en medio, no deja de hacer ruido con un palillo en la boca y eleva tanto la mandíbula al hablar que parece que no lleva dentadura.

—Vaya pintas trae esta, Carmen, y encima para ir a dar clase a nuestros nietos. —Oigo que le

dice la regordeta de pelo blanco.

Les dedico un gesto de desprecio con la mirada, pero parece que les da igual.

—Es aquí. —El alcalde señala la puerta de al lado, parece no haber oído nada de lo que han dicho.

Le miro extrañada, pero él sigue sonriendo.

—¡Qué bien! Está muy cerca —me río.

No me devuelve la risa ni el comentario, no hay complicidad, así que decido preguntarle para ser amable:

—Está muy feliz hoy, ¿por algo especial? Si se puede preguntar, claro.

No entiendo cómo puede estar así después de lo que le pasó a aquel niño en el bosque.

—Señorita Torres, la felicidad gravita a nuestro alrededor, le recomiendo que se deje llevar también, y no se preocupe tanto —me responde con su perenne sonrisa.

—Claro, claro. —Fuerzo mi sonrisa para no desentonar.

La verdad es que aquí todo el mundo parece demasiado feliz, y mira que estoy acostumbrada al positivismo de Esther.

—¿Y el niño del bosque? ¿Está bien entonces? —Me quedo quieta al lado de la puerta.

El alcalde se adelanta y elude mi pregunta.

—Venga, vamos, que la están esperando... —contesta.

Noto que el frío de la nieve comienza a atravesar la piel de mis manos, pero enseguida entramos por la puerta: mi casa está pegada a la escuela. Solo tiene un aula y es bastante sobria. Todo es de madera: los pupitres de los alumnos, la mesa de la profesora, las contraventanas de una pequeña ventana que da a la calle principal y un enorme armario justo al lado de la puerta. La impoluta pizarra que preside la sala está enmarcada en madera y al lado hay un mapa de Sendero de Luna sujeto por chinchetas en la pared. Los niños ya están sentados en silencio, mirándonos, o, más bien, mirándome.

—Buenos días —les dice el alcalde cuando nos situamos al lado de la pizarra y enfrente de ellos. Él se ajusta las gafas de pasta y sonríe orgulloso.

—Buenos días, señor alcalde —le responden los quince al unísono.

Son niños de diferentes edades, calculo que entre los cinco y los doce años, pero se portan igual de bien.

—Os presento a vuestra nueva profesora, la señorita Torres. Cuento con vosotros para darle la mejor de las acogidas a nuestro pueblo. Seguro que así querrá quedarse y ser una más.

Todos sonríen, yo también lo hago. Espero que cuando el alcalde se vaya no se pongan como locos y sean de esos niños que, cuando está él delante, son de una forma y luego parecen gremlins.

—Todo suyos, señorita Torres. Estoy a su disposición para lo que necesite. —Me da la mano y se va.

—Muy bien, ¿qué tal si nos presentamos todos? Así puedo conocerlos un poco mejor —les digo mientras toco con la yema de mi dedo la pequeña nariz de una niña de unos siete años de la primera fila, ¡me da tanta ternura!

Ella deja de sonreír y me contesta:

—Si le parece oportuno entonces, comenzaré yo.

Me sorprende que sea tan educada y hable como si fuera adulta: debe ser superdotada.

Por orden de fila, se van levantando y presentando mientras el resto permanece en silencio. Me parece raro que no estén afectados por lo que le pasó al niño del bosque, porque me imagino que se conocían.

—Mi nombre es Eva, tengo nueve años y me apasiona la pesca artesanal con morucha —dice

una niña esbelta y de rizos pelirrojos muy llamativos.

—Me llamo Guzmán, tengo diez años y el poco tiempo del que dispongo al día para actividades de ocio lo dedico al cultivo de girasoles y guisantes cuando es temporada, por supuesto. De lo contrario, mi tiempo es para mi hermana pequeña, construimos pequeños barcos juntos.

Mientras hablan, yo voy apuntando pequeños detalles sobre cada uno de ellos, aunque alguna vez me pierdo obnubilada por cómo hablan.

Al terminar las presentaciones, incluida la mía, caigo en la cuenta de que nada del material que tenía en mente me va a servir. ¡Estos niños están mucho más avanzados de lo que esperaba! Aun así, intento seguir la dinámica de la anterior profesora y les pido que me actualicen sobre lo último que vieron con ella. Me sudan las manos y las palmas comienzan a ponerse moradas de lo mucho que estoy apretando mis uñas contra ellas. Pensaba que esto iba a ser más fácil, pero no dejan de mirarme y eso me altera.

Un niño de la última fila levanta la mano para hablar.

—Me gustaría informarle sobre lo último que vimos en materia de literatura con la señorita Prieto: la generación del 27.

¡Bien! Me encanta la literatura y es un terreno en el que me siento cómoda.

—Sí, por favor, dime, podemos comenzar por ahí —le contesto.

Noto que Eva, la niña de rizos pelirrojos de la primera fila a la que le gusta la pesca, es la única con una expresión un tanto extraña en su rostro: no sonrío, parece como si me desafiara con su mirada.

A medida que pasan las horas, me siento cada vez más a gusto. Los veo tan contentos, que decido preguntarles por el incidente del bosque.

—¿Conocéis a un niño que se llama Mario?

—¿Y usted? —me responde Eva, manteniendo su mirada desafiante.

—Era mi primo —contesta uno de ellos sin que le cambie la expresión de la cara.

—Solo le vi en el bosque —respondo—, anoche le picaron unas avispas, ¿no os han comentado nada?

—Mario ya no está —responde otro niño sin perder su sonrisa.

Entonces ha muerto. ¡Dios mío! Cojo aire y respiro despacio. Muevo las manos para quitar el hormigueo que siento. Los niños deben estar en shock y ni siquiera son capaces de iniciar la fase de duelo a la que hay que enfrentarse en este tipo de situaciones. Lástima que no esté aquí mi terapeuta, les vendría bien hablar con ella.

Cuando terminan las clases, les pido que escriban un poema en casa y todos recogen en silencio. María, una niña de siete años con ojos saltones como un atún se acerca y me da un abrazo, al que no me da tiempo a responder, y después se va corriendo. ¡Qué graciosa!

Cuando todos se han ido, me siento de nuevo en la silla, cansada por la falta de costumbre de estar frente a toda una clase de niños que te están juzgando con la mirada y en la que nunca puedes bajar la guardia, y menos con esta.

Mantén tu coraza, pase lo que pase, o acabarán contigo, decía siempre mamá cuando hablábamos de dar clase. Ella imponía una disciplina férrea y la mayoría de los alumnos la adoraban, era la mejor valorada de todos los colegios en los que estuvo y le regalaban muchos peluches y tarjetas cada año.

Respiro hondo y sonrío, feliz por haber superado el primer día. Estoy deseando llegar a casa, abrir esa misteriosa caja de zapatos y llamar a Lucas y a Esther, pero cuando me pongo a recoger, el alcalde se presenta por la puerta:

—¿Se puede?

Capítulo 8.

SONRÍEME

Y no sé cómo, me encuentro en el bar del pueblo con el alcalde, que ha insistido en invitarme y casi me ha arrastrado hasta aquí con él.

—¿Qué os pongo? —Carla mastica chicle detrás de la barra.

—Ponme un tinto y... ¿usted?

—Yo un zumo de naranja natural, por favor —le digo.

—No, natural no —me contesta Carla con una sonrisa.

Me molesta, pero en este pueblo todo el mundo es tan amable, que es imposible enfadarse con ellos. Seguro que Lucas habría preferido marcharse, comprar naranjas y hacerlo en casa. Echo de menos que me prepare esos zumos. Suspiro con disimulo y me entra un pequeño escalofrío pensando en lo mucho que me gustaría que estuviera aquí para abrazarme y decirme que todo me va a ir bien. Finalmente, pido un chocolate caliente, que será bueno para contrarrestar el frío del temporal y le cuento cómo han ido las clases tras un interrogatorio a fondo del alcalde. Aprovecho la ocasión, para yo preguntar también:

—¿Y la señorita Prieto? ¿Se fue hace mucho?

El alcalde se afila el bigote con la mano y asiente con la cabeza.

—Con lo tranquilo que se vive aquí y lo amables que sois, ¡he tenido mucha suerte! Me pregunto por qué se iría —vuelvo a decirle.

—Por supuesto, señorita Torres, ya ve que los que somos de Sendero, en Sendero nos quedamos. Nos encanta nuestro pueblo. El aire que respira es especial —contesta.

Al salir, vuelven a estar las tres cotorras sentadas en sillas que han puesto en el hall de una casa: la del palillo en la boca, la regordeta de pelo blanco y la que siempre lleva el bolso a cuestas.

—Hola, buenas tardes —les digo.

No me contestan, y aunque me sonríen, se dedican a chismorrear entre ellas y oigo decir a una:

—Esta es la que estaba en el bosque cuando pasó lo de Mario con las avispas, Carmen.

¡Serán maleducadas! ¡Y yo que pensaba que aquí la gente era diferente! Cuando Lucas y yo cotilleamos desde la ventana del bar El Patio, no somos tan groseros. Se me encoge el estómago al volver a pensar en él. Sigo andando hasta casa mirando al suelo, evitando tener que hablar con nadie más. Cuando estoy llegando, saco las llaves del bolsillo y me quedo inmóvil al ver a un hombre extraño en un lado de la plaza, juraría que es Bruno, mi padre, pero estoy tan enfadada y agotada, que cuando se mete por otra calle y desaparece, me olvido del tema.

—Buenas tardes, señorita —me gritan un par de niños que reconozco como parte de mis alumnos y que están apoyados sobre la barandilla de piedra de la iglesia. No parecen tener frío.

—Buenas tardes, chicos. ¡Mañana nos vemos! —Les hago un gesto con la mano.

Me sigue resultando curioso que estén todos como si nada cuando uno de sus amigos acaba de morir por un ataque de avispas en el bosque, que además está aquí al lado. Ni la bandera a media asta en el pueblo, ni lloros ni ningún tipo de luto.

Cruzo la plaza para llegar a la verja de casa, me giro para ver si el pilón está de verdad congelado, ya que me imagino que muchos animales irán a beber ahí, pero alguien ha roto los

trozos de hielo que lo cubren.

Intento sacar el móvil para ver las fotos con Lucas y Esther que tengo guardadas, pero hace demasiado frío y enseguida vuelvo a guardarme las manos en los bolsillos. Recuerdo que mi maleta roja debería de haber llegado ya, pero ni siquiera he recibido notificación de recogida, así que tendré que pedirle a Lucas que me traiga mis cosas si viene a visitarme.

—Ahhh —me choco contra alguien y estoy a punto de caerme sobre la nieve, pero me agarra con fuerza y consigue estabilizarme.

Le miro y veo que es Roberto, ¡qué vergüenza! ¿De dónde ha salido este ahora?

—Perdona, me he despistado y no te he visto —le suelto la mano.

—Tranquila, para eso estamos, para ayudar. —Vuelve a guiñarme un ojo—. De todas formas, si luego ves que te duele algo, seguro que yo puedo ayudarte.

—¿Cómo? —le pregunto.

—Soy farmacéutico, en un pueblo muy cerca, pero si necesitas algún medicamento, te lo puedo traer.

—Ah, vale, gracias, pero estoy bien.

Un extraño calambre recorre mi pecho y me despido rápido. Cuando entro en casa, cierro la puerta y me dejo caer en el tresillo, evitando pisar los trozos de la taza de esta mañana, que aún no he podido barrer. La calefacción eléctrica siempre está puesta, pero sigo teniendo frío, así que aunque me da mucha pereza, me levanto de nuevo y me meto en la cama para descansar un poco.

—No vas a volver allí, ¿me oyes? —dice mamá.

—¿Me vas a decir lo que tengo que hacer? —le contesta Bruno, mi padre.

Las cicatrices de su cráneo parecen enrojecerse aún más cuando se enfada.

—Mientras estés aquí con nosotras sí, si sigues por ese camino acabarás mal y nos arrastrarás a ambas contigo, ¿es eso lo que quieres?

—¡No te muevas! ¡Quédate quieta! —me dice mi padre.

Se acerca y yo me despierto empapada en sudores fríos.

Miro el reloj y veo que me he dormido durante casi una hora. Bruno estaba hablando con mamá: ¡la siento tan cerca! Con un aura de dolor a su alrededor. Pero todo se desvanece enseguida. Me froto los ojos y me levanto, mentalmente, más cansada que cuando me tumbé.

Me agacho, levanto de un lado con todas mis fuerzas la cómoda para coger la caja de zapatos que está debajo y me siento encima de la cama para abrirla. Es pequeña, como de niño y de cartón, con unas letras casi borradas. ¿Será de la anterior profesora? Soplo para quitarle la capa de polvo que la cubre por encima y eso me hace toser. Está rota y tiene una especie de cerradura hecha con un trozo de lana en la parte frontal. No sé quién podría haber escondido algo así en esta casa. En su interior hay fotografías, están hechas desde lejos y en la mayoría aparece la figura de un hombre al que no se le ve bien la cara. Hay muchas, las voy pasando hasta que llego a algunas en las que se le ve más de cerca: es Roberto. Madre mía, nunca me hubiera imaginado que a alguien pudiera gustarle tanto ese hombre. Me fijo más en la fotografía y confirmo mi incompreensión. Es un chico bastante normalín, aunque supongo que es lo que dice Carla, aquí no hay mucho género donde elegir. También hay una llave y unas tijeras antiguas. Todo esto es muy extraño, si es de la antigua profesora ¿estaría realmente obsesionada con él? ¿Se enterarían y por eso la han echado? ¿Por eso el alcalde no quiere decirme los motivos de su marcha? Creo que lo mejor es dejar todo donde estaba, así que guardo la caja e intento llamar a Lucas, pero tengo que volver a la cama, porque es el único sitio de la casa donde hay cobertura. Estoy inquieta, porque aún no hemos hablado desde que llegué y nunca me respondió al mensaje que le envié pidiéndole perdón.

—¿Sí? —contesta.

Vaya, mala señal que me responda así tan escuetamente, con lo cariñoso que suele ser, también por teléfono.

—Hola, Lucas. Lo siento, yo...estaba mal y bueno, no sé, me dio la venada y pensé que lo mejor que podía hacer era marcharme.

Trago saliva a duras penas esperando su respuesta.

—Ya, pero podías haber avisado, ¿no? Estaba muy preocupado.

Aparece un pequeño hilo de voz al final de su frase y me doy cuenta de lo mal que se lo he hecho pasar.

—Lo siento, perdóname, por favor.

—No pasa nada, pero podrías haberme llamado a mí también, no solo a Esther. Pensaba que ya no querías hablar conmigo.

Está dolido, y todo es culpa mía. ¡Seré idiota!

—No, no, lo siento mucho, es que temía tu reacción, pero sabes que eres muy importante para mí. Por eso tampoco quería implicarte.

—Podría haberte llevado en coche, Mencía. Esther me dijo lo que te pasó durante el viaje.

—Te habías comprometido con tu padre a ir a la peluquería estas semanas y sé que es importante, no quería que por mi culpa se fuera todo a la mierda.

Sigo con el corazón congelado, y encima ahora parece que se lo estoy echando en cara.

—Bueno, no te preocupes, ir sigo yendo todos los días, pero para la próxima, prométeme que contarás conmigo.

—Vale.

Empiezo a calmarme, aunque tengo muchas ganas de llorar.

—¿Qué tal estás? ¿Cómo es todo por allí? —me pregunta.

Empiezo a contarle todo lo que ha pasado, lo metomentodo que es el alcalde; la suicida de Carla con su coche; los niños tan listos, educados y adultos que tengo en clase; lo extraño que es Roberto y las fotos tuyas que he encontrado en la caja de zapatos; y lo de las avispas gigantes y el niño muerto, que nadie parece estar ni preocupado ni triste, ni siquiera se ha hablado de funeral.

—Con la que se montó cuando aquel niño se cayó a un pozo y los mineros tuvieron que rescatarle, ¿te acuerdas? —me dice.

—La verdad es que no lo había pensado hasta ahora, pero sí. —Caigo en la cuenta del jaleo que se armó.

—Decretaron tres días de luto oficial, salieron en la tele todos los vecinos llorando e incluso muchos políticos a nivel nacional dieron el pésame a la familia. ¿Y ahí nada?

—No, no sé, aquí son muy reservados y hay poca gente, creo que están todos en estado de shock. Debería hablar con mi terapeuta a ver qué opina.

—No hace falta que le consultes nada; si quieres saber si es normal, ya te confirmo yo que no —me contesta.

—¿Y nadie te ha dicho nada tampoco sobre el asesino que colgaba a la gente de los árboles y luego se la daba de cebo a los peces? —me pregunta.

—Lo curioso es que creo que el alcalde vio la hoja que me imprimiste sobre el caso, pero no me dijo nada —le contesto.

—Mencía, no me da buena espina ese sitio, de verdad, voy a ir a verte.

Abro tanto los ojos que me hago daño. ¿Venir? ¿Aquí? Deseo con todas mis fuerzas que venga e incluso lo he pensado para aprovechar y que me traiga mis cosas, pero ¿tan pronto? ¿qué dirán de mí en el pueblo? Si ya están cuchicheando por lo del bosque, no me quiero ni imaginar lo que

dirán si me ven con un hombre desconocido en casa.

—¿Estás seguro? Quizá es algo pronto, a ver si me van a decir algo.

—No te preocupes, somos adultos, no pasará nada y diremos que somos amigos, ¿no?

—Sí, vale, tengo muchas ganas de verte, ya lo sabes.

Nos despedimos después de hacerle prometer que va a traerme todas las fotos de los peinados que ha hecho estos días en la peluquería, porque con la conexión que tengo, no llegan bien los archivos.

Que venga es algo que me pone bastante nerviosa. Estos días no he dejado de desear que estuviera aquí conmigo, y es lo que quiero, pero me da miedo que el alcalde pueda enfadarse o que la gente empiece a hablar mal de mí.

Entonces me llama Esther, y antes de cogerlo, ya he decidido que no voy a contarle mis dudas porque ya sé lo que me diría: que haga lo que me dé la gana y que la gente diga lo que quiera.

La oigo llorar a través del teléfono y se me parte el corazón. Nunca la había oído llorar. ¡Debe haber pasado algo horrible!

—Esther, ¿qué te pasa? ¿estás bien? ¿Llamo a Lucas para que vaya? ¿Dónde estás?

—No, no —consigue decir, por fin riéndose.

No entiendo nada.

—Es que estoy aquí cortando cebolla en la cocina para hacerme una sopa y no veas —me contesta.

—¿Qué susto me has dado! ¿Todo bien entonces? ¿Qué novedades hay?

—Sí, sí, bueno, nada, el gilipollas de Hugo, que quedé con él ayer, parecía que había cambiado, tía, nos pasamos la tarde hablando sin parar, jugamos a los bolos, luego fuimos al cine y acabamos en casa.

—¿Otra vez Hugo?

—Yo qué sé, que soy tonta, Men, soy muy tonta. Nos dormimos y cuando me desperté en mitad de la noche ya se había ido y le llamo y ni me lo coge, ¿te parece normal?

—No, Esther, no es normal, pero es Hugo. Pasa de él, tú que tienes a mil detrás, me tienes a mí también. No te hace falta perder el tiempo con idiotas como él.

—Ah, no, está claro, si ya he quedado con un amigo de Paz esta noche —suelta una carcajada—. ¡Te crees tú que me voy a quedar aquí esperando a que me llame!

Cuando cuelga, le doy vueltas al tema de su amiga Paz, siempre está presentándole a chicos nuevos y encima no deja de sacarla de fiesta. No me gusta que pase tanto tiempo con ella, pero estando yo tan lejos, no me queda otra que resignarme.

Dos días después, me llevo de excursión a los alumnos a la zona sur del bosque, cerca del llamado Estanque del Pastor. Les vendrá bien volver al bosque para asociarlo con cosas buenas y no con lo que le pasó hace unos días a ese niño con las avispas.

Capítulo 9.

NOS VAMOS DE EXCURSIÓN

Ningún niño parece tener nada que se parezca a los síntomas asociados a un estado de shock que he encontrado en las pocas páginas de internet que se me han cargado: ni están ansiosos, ni mareados ni tampoco han venido a decirme que les duele la cabeza.

—Señorita —María me abraza dos días después— tenía ganas de verla.

—Y yo a ti, María —le devuelvo la sonrisa.

María vuelve a la fila con los demás: en medio de la plaza, donde hemos quedado para ir al Estanque del Pastor, previa autorización del alcalde. Están todos en fila india y apenas hablan entre ellos. Sonríen, no parecen tener frío. Yo estoy helada. Los tejados de las casas siguen blanquines por la nieve, igual que los bordes de las calles, mientras que el suelo viste un color marrón por las pisadas en la poca nieve que ha debido dejar la quitanieves. Un hombre de unos cuarenta años con un bastón de madera acompañado por un perro Carea^[2] cruza la plaza cerca de nosotros y, sin saludar, llega hasta el pilón: con un gesto decidido alza el bastón y rompe la capa de hielo que se ha vuelto a formar.

—Venga, Loba —le dice a la perra.

La perra se abalanza sobre el pilón y se pone a beber agua con ansia.

Los niños siguen en fila sonrientes, sin reparar siquiera en el señor y la perra.

—¿Tenéis todos el cuaderno preparado?

—Sí, señorita —contestan al unísono.

¡Qué gusto de clase! Si Lucas estuviera aquí alucinaría, creo que sus clientes de la peluquería le exigen más dedicación y paciencia que a mí mis niños.

Nos ponemos en marcha hacia el estanque y minutos después entramos en el bosque que lo rodea. El frío de nieve comienza a calarme los huesos y la brisa helada del pueblo se ha convertido en un aire insoportable que me da bofetadas en la cara.

—¿No tenéis frío, chicos?

—No, señorita —responden, de nuevo, a la vez, sonrientes.

Pobrecines, están negando su sufrimiento. Tiene que ser muy duro perder así a un amigo a tan corta edad. Aún no me siento del todo cómoda en el bosque, pero tengo que hacerlo por ellos, seguro que les viene fenomenal enfrentarse con la realidad y con sus sentimientos: con suerte, alguno de ellos romperá a llorar.

De repente, sin haber hablado antes entre ellos, se ponen a cantar al unísono:

Los gatos se esconden en los árboles

La rata se acerca a saludar

¿Por qué huyen de mí estos animales?

El ratón ahora va a enviudar

Los ojos de ambos se entrelazan

El brillo de su mirada se va

*Los gatos corren hacia el agua
A ver a los peces nadar*

*El paraíso es invisible
Solo los privilegiados lo verán
Las hormigas fieles guardianas
Del bosque siempre serán*

Nunca había escuchado esta canción, debe ser popular por esta zona.

—¡Muy bien, niños! —Les aplaudo.

Algunos, como María, hacen una pequeña reverencia y todos parecen satisfechos.

—¿Por qué nos corta? —pregunta Eva apartándose de un manotazo varios rizos pelirrojos de su cara.

Está al final del todo de la fila y no me había dado cuenta de que ella no está tan feliz como los demás: creo que está gestionando así su duelo y me alegro por ella.

—Eva, disculpa, pensé que habíais terminado y quería felicitaros, porque me ha gustado mucho la canción. —Intento calmarla.

Ella sigue desafiante y no responde, así que cambio de tema.

—Bueno chicos, ahí está el estanque y tenéis árboles de todo tipo a vuestro alrededor. Ya sabéis, coged siempre las hojas del suelo para después disecarlas y añadir la descripción del árbol, arbusto o flor a la que corresponda. Aprovechad para relajaros un rato con vuestros compañeros.

Eva se dirige hacia mí, no me dice nada, pero me agarra fuerte la muñeca.

—¿Qué haces, Eva?

No responde.

—¡Me estás haciendo daño!

Intento soltarme, pero no puedo. ¿De dónde ha sacado esa fuerza esta niña? Mis dientes castañean y tengo ganas de vomitar. Le doy una bofetada y ella me suelta y se agarra la mejilla con las dos manos.

Todos se ponen a investigar lo que ven a su alrededor, es genial porque parecen interesados, pero sé que han visto lo que ha pasado con Eva, a pesar de que nadie diga nada.

Quiero pedirle disculpas, pero se gira sin decir nada, ni siquiera parece que vaya a llorar, simplemente se va con los demás.

Ninguno parece sentir el frío cortante que yo noto en cada centímetro de mi cuerpo. Creo que no han tenido un momento para hablar entre ellos, y quiero propiciar una situación así, espero que esta excursión merezca la pena.

—¿María? —Veo que la niña se acerca junto con otra compañera al agua distraídas—. ¡María! Ninguna se gira ni hablan entre ellas.

Me empieza a entrar el pánico y recuerdo cómo también le grité, en vano, a Mario, el niño de las avispa. Echo a correr hacia ellas, que ya están metiendo los zapatos en el agua.

—¡Chicas! —Las muevo hacia la orilla de nuevo.

Me miran sonrientes, se rascan las piernas y se van en dirección contraria al agua. ¡Madre mía! ¡Qué susto me han dado! ¿A quién se le ocurre? No parecían reaccionar hasta que las cogí, igual que Mario.

Aquí está pasando algo muy raro, menos mal que va a venir Lucas pronto. No sé si el calzado

que traen es impermeable, me giro para comprobarlo, pero están ya lejos para verlo, si no deben de tener los pies empapados en agua helada ahora mismo. Estos niños ni sienten ni padecen. Esperaré a que venga Lucas y me diga él lo que piensa, igual es que son cosas mías.

Vuelvo a mirar al agua y veo que la orilla está negra. No es por el lodo ni por el cúmulo de hojas sucias: está llena de... grillos muertos. Argghh, ¡qué asco! Pero ¿esto qué es? Un hormigueo me recorre el cuerpo desde la punta de los pies, que están cerca del agua, hasta el cerebro.

Me giro para comprobar que todos los niños están bien y parecen muy centrados en la tarea. Vuelvo a mirar el agua tratando de asimilar lo que estoy viendo: no entiendo nada. El corazón se me acelera y empiezo a dudar de si venir aquí ha sido buena idea. Creo que el alcalde no sabe cómo está esta zona, sino no me hubiera dicho que trajera a los niños. Vuelvo a mirarles, algunos empiezan a hablar algo, aunque desde aquí no les oigo.

Elevo la vista y vuelvo a ver los destellos de luz en la copa de los árboles, los mismos que vi el día que llegué. Me cuesta respirar y me duelen las piernas del frío, creo que ha sido mala idea venir.

—Chicos, recoged lo último a lo que le hayáis echado el ojo, ¡nos vamos! —Voy acercándome a ellos.

—Sí, señorita —contestan todos.

Empieza a dejar de hacerme gracia que sean tan educados. No entiendo lo que pasa aquí, pero quiero irme del bosque; al menos, en casa estaré más tranquila. Tiemblo y del sudor que me recorre el cuerpo, siento un extraño hormigueo en la piel.

Al cabo de un minuto, todos han hecho de nuevo una fila india sin que les diga nada y están esperando a iniciar la marcha de vuelta al pueblo.

—De acuerdo —digo en bajito mientras les cuento—. Estamos todos.

Me pongo a la cabeza y comienzo a andar, cuando veo que el camino está despejado, les dejo avanzar solos y espero a un lado hasta que pasa el último. Al intentar retomar la marcha con ellos, me choco contra alguien.

—Pero, qué... ¿Roberto?

Él no sonrío, aunque no logro descifrar los sentimientos que esconde detrás de su mirada. No me responde.

—¿Qué haces aquí?

—Perdona —me dice—, estáis al lado de mi casa, yo soy el responsable de gestionar la zona del bosque. Me he acercado porque he oído voces.

—Ah, no sabía que vivías aquí.

Ni siquiera sabía que hubiera una casa en esta zona.

—¿Quieres una manzana? —Saca una reineta del bolsillo.

La acepto y marcho corriendo, no quiero perder de vista a los niños, que han seguido caminando. Al llegar a ellos, me giro y Roberto aún está donde le dejé. Le digo adiós con la mano y me contesta de la misma forma.

Me viene a la mente la caja de zapatos de mi habitación con aquellas fotografías de Roberto. Si son realmente de la antigua maestra y tenía una relación con él... ¿por qué se fue?

—¡Niños, ya hemos llegado! —les grito.

Por fin, estamos de vuelta en el pueblo. Aún estoy congelada, pero, al menos, no tengo la sensación de que un cuchillo me atraviesa la piel. Hemos salido por otra parte del bosque, pero hay muchas casas a nuestro alrededor, aunque todo el mundo parece estar encerrado con la lumbre prendida^[3].

—Podéis volver a vuestra casa, ¿vale? Nos vemos mañana.

Saco la manzana del bolsillo y le doy un mordisco. La mayoría caminamos juntos en dirección a la plaza y, en la tercera casa, veo a una anciana en el umbral de la puerta. La mantiene medio abierta y está con la mirada perdida. Da mucha ternura, me recuerda a la mujer del autobús, con su atuendo negro y los alambres de pelo en la barbilla. ¿Será ella? Posa una de sus manos sobre la otra y parece que los ojos van a desbordarse de lágrimas de un momento al otro. Si no lo es, se parece bastante.

—Buenos días —le sonrío guardándome la manzana en el bolsillo para después.

Al cabo de unos segundos, me mira sin responderme, pero no cambia la expresión de su rostro. Es como si atravesase mis ojos y todo mi cuerpo fuera hueco. Entonces se levanta y se encierra en casa.

—Hasta luego —vuelvo a decirle en bajo, aunque ya no hay nadie ahí para responderme.

María me abraza de nuevo, la cojo de las manos y le pregunto si está bien.

—¿Seguro? Me asusté mucho en el bosque al verte en el agua.

Ella sonrío y se va corriendo.

Me preocupo: ¿nadie tiene un día malo? ¡Ni que se tomaran antidepresivos con el café de la mañana! En Sendero de Luna todos, salvo aquella anciana, parecen felices.

Me despido del resto de chicos que aún quedan en la fila y me voy directa al bar para ver a Carla y relajarme un poco.

Cuando entro en el bar del pueblo, justo después de terminar la clase, el lugar no está todo lo caliente que me gustaría, pero me quito el abrigo azul e intento calentarme las manos metiéndolas por dentro del jersey, haciendo piel con piel.

—¡Ey! ¿Qué pasa, tía? ¡Vaya cara traes! —Carla se ríe y me guiña el ojo.

Solo hay dos personas en el bar: un señor en la esquina de la barra con un chato de vino a medio terminar, que parece estar medio dormido y otro señor comprando tabaco en la máquina del fondo.

—¡Llevo un día! —le contesto con una risa nerviosa—. Encima estoy helada, ¡qué fresco hace en este pueblo!

Vuelve a reírse y me pone leche caliente con un sobre de cacao sin que se lo pida, lo cual agradezco. ¡Tengo una amiga! Esther estaría orgullosa si me viera, lo rápido que he conseguido integrarme: tengo que hablar con ella.

—¿Qué te ha pasado? —Carla sale de la barra y se sienta a mi lado.

—He visto a una anciana con una verruga en la barbilla de camino, se la ve bastante deprimida, ¿sabes quién es? —le pregunto mientras soplo la leche hirviendo y me echo algunos polvos de cacao.

Carla se queda pensativa.

—Es una casa de piedra medio destartada, está de camino al bosque por la parte de abajo. Desde allí, es la tercera casa, la puerta es de madera y está pintada de azul, con un cactus seco grande y redondo en la ventana, pero no sé el nombre de la calle.

—Umm, sí, sé cuál dices, pero me extrañaría mucho que fuera esa, porque ahí no vive nadie desde hace bastante tiempo.

—Pues no sé, será otra entonces —le contesto poco convencida.

—¿Eso es lo que te ha pasado? Y yo pensaba que mi día había sido aburrido.

—¿No ha entrado nadie? —le pregunto.

Carla mira a su alrededor y me indica con la cabeza:

—Ya ves, clientes habituales.

Entorna los ojos y huelo su aire de desesperación. Tiene que ser muy frustrante pasarte las

horas sin hacer nada. Acercó mi mano y le acaricio la rodilla para consolarla.

—He estado de excursión en el bosque con los niños y ha aparecido Roberto de repente, me ha pegado un susto...

Carla vuelve a reírse.

—Ya te dije yo que aquí no hay género. ¡Son todos más raros!

—Ya ves, pero ¿vive ahí de verdad?

—¿Roberto? Sí, tiene la casa del guarda, desde que se fue, ahora se encarga él del bosque.

—¿Pero no era farmacéutico?

—Nos ha salido polifacético el chico —me responde riéndose—. Seguro que el alcalde, con tal de no gastarse un duro, le dio a Roberto el trabajo.

Me gusta Carla, me hace sentir como en casa: es risueña, está en su mundo y me recuerda un poco a Esther en lo fiestero que dice que es y lo que le gustan los chicos. La próxima vez tengo que atreverme a pedirle la leche menos volcánica.

—Ya veo, ¡qué curioso! Y... ¿cuándo son las fiestas aquí? —le pregunto.

—Uff ¡pues no queda...!, hasta agosto me temo que habrá que esperar. ¿Ya tienes ganas de marcha? Este finde saldré por La Magdalena, ¡vente!

—Ah no, creo que va a venir un amigo mío a verme, pero gracias —intento que no me insista.

No me apetece nada salir con este fresco y menos meterme con ella en el coche.

—Es que he visto luces en los árboles y pensaba que era por las fiestas o algo así —le digo con disimulo a ver qué me contesta.

—¿Luces? No me suena, la verdad, aunque yo voy en coche a todas partes, así que el bosque no lo suelo pisar. De todas formas, no me suena ver nada de eso.

Entonces zanjo el tema, y me olvido de comentar lo de los grillos. El señor de la máquina de tabaco se ha ido, pero el de la esquina que parece estar medio dormido sigue ahí, y no quiero que me oiga decir nada más, a ver qué van a pensar de mí. Aprovecho el impasse para rascarme las manos: de repente, me pican como si tuviera a decenas de chinches correteando por mi piel, aunque no veo nada.

—¿No puedes ponerte algo en la tele que te guste para estar más entretenida? —pregunto a Carla indicándole con la cabeza la enorme tele del fondo que está retransmitiendo un partido de fútbol.

—¡Qué va! ¡Ojalá! Aunque no sé, entre esto o los debates políticos mareando todo el día, casi prefiero ver a todos estos corriendo en camiseta —me dice otra vez riéndose.

—Pues la verdad es que tienes razón —nos reímos juntas.

Bebo el vaso de un trago en cuanto la temperatura de la leche me lo permite, le pago y me despido con un abrazo mientras voy poniéndome de nuevo el abrigo. Ha sido un día raro, tengo ganas de irme a descansar.

Cuando entro en casa, tengo la misma sensación que en el bar, no tengo frío, pero tampoco estoy del todo cómoda. Subo un poco la calefacción y me pongo el pijama en la habitación, con cuidado de no tropezar de nuevo con la tabla del suelo. Me miro el pie y tengo el dedo morado, lo soplo pensando que voy a calmar el dolor eléctrico que, a veces, me produce el golpe y me pongo unos calcetines limpios del cajón. Un escalofrío recorre mi cuerpo y lo sacudo con gusto. Me meto corriendo debajo de las sábanas y ya parece de noche. Esta mañana ni siquiera abrí las contraventanas, podría dormirme ahora mismo, con la poca luz que llega entre las rejillas de hierro.

Me tapo con el edredón hasta los ojos y sonrío al sentirme segura. No sé por qué me asusté al ver a Roberto, fue muy amable al ofrecermé una manzana y se acercó al oír ruido, lo cual es normal si es el encargado del bosque. Es un poco raro, pero creo que merece la pena conocerle,

aquí no hay mucha gente de mi edad y es amable.

—Ahhhhh. —Me pican los brazos y tengo que rascármelos corriendo. Después, aprovecho y me masajeo con las uñas el resto del cuerpo para calmarme. ¡Qué gusto! Algo ha debido de darme reacción, porque también vi a las niñas rascarse en el bosque, quizá sea por lo mismo que ha matado a los grillos. En cuanto descanse un poco, iré a ducharme, me ayudará a entrar en calor.

Cojo el móvil y veo que tengo cobertura, aunque no me ha escrito nadie. ¡Qué sola y aburrida me siento! Entro en mi álbum de fotos y rescato las fotos que curioseé el otro día, no me canso: me transportan a ese momento, siento que Lucas y Esther están a mi lado, la mano de Lucas se posa sobre mi brazo, eso calmaría a cualquiera.

Decido escribir a Esther a ver si está mejor, el otro día me pareció que lo de su ex le había decepcionado, aunque nunca quiera hablarlo.

Esther, ¿cómo estás? ¿sacas mucho a Marrusco? Porque aquí hace un fresco...

Veo que no se conecta y decido llamar a Lucas.

Capítulo 10.

OBSERVÁNDOME

—¡Hola, princesa! —Lucas me responde a la llamada después de varios tonos. Esto es otra cosa, qué ganas tenía de que volviera a ser él y no estuviera enfadado. Siento un cosquilleo extático en el cuero cabelludo y disfruto de cómo resuena su voz en mis oídos.

—Te echo de menos, ¿sabes? —le digo embriagada por la sensación que me produce.

—Y yo a ti, me alegra saber que aún piensas en mí —contesta.

Creo que me he puesto roja, menos mal que no puede verme. Estando tan lejos, empiezo a darme cuenta de que me importa más de lo que pensaba. Me acaricio el brazo pensando que es él, hasta que me doy cuenta de que me estoy rascando de lo mucho que me pica: levanto la manga y veo varios ronchones rosados y algo abultados en la zona del antebrazo. ¡Mierda! Espero que no haya ninguna araña en la habitación.

—¿Qué tal en la pelu? ¿Y con tu padre? —le pregunto.

—Bien, la parte positiva es que hay cada cliente que...vamos que no me aburro...pero ya te contaré.

—Cuenta, cuenta —le insisto para saber cotilleo y, de paso, me olvido un poco de mi vida.

—Na, si son tonterías. ¿Tú, estás bien?

—No tan bien como tú, pero sí...bueno...oye, tráeme el resto de mis cosas, por favor, están encima de mi cama —le contesto.

Me da vergüenza decirle lo del bosque y no quiero ser pesada, aunque, en realidad, me muero por contarle todo. Pero tampoco quiero que se alarme, seguro que son cosas mías.

—Escucha —me corta—, están empezando a cortar carreteras por la nieve, no sé si lo habrás oído. Voy a retrasar mi viaje al sábado, ¿vale?

—Vaya. —Mi tono transmite una clara decepción. Ya estaba contando los días hasta que viniera.

—Sí, lo sé, lo siento. Es que mi padre ha perdido uno de los protectores de las ruedas para la nieve, y hasta el viernes por la tarde no llega el repuesto. Y, la verdad, no me siento muy seguro con las cadenas, porque tendría que ponerlas a mitad de camino.

—Claro, claro. No pasa nada Lucas, no quiero que te arriesgues —le contesto.

¡Dios! ¡Quiero que venga ya! ¡Arggggg!

Nos despedimos y decido que lo mejor es no moverme de la cama, ya me ducharé mañana.

A la mañana siguiente, ya solo queda una noche más para que llegue Lucas. ¡Por fin! Me despierto pronto para arreglar el trozo de jardín de la entrada, pero cuando salgo, ya vestida con un abrigo largo y medio roto pero grueso que he encontrado por casa y preparada con una azada que también había por ahí, lo veo cubierto de nieve. ¡Genial! ¡Cómo puedo ser tan tonta! No me había dado cuenta de que estaría nevado: he madrugado para nada y perdido tiempo en buscar estas cosas. ¡Qué desastre! Cuando estoy a punto de volver a entrar en casa, alguien me toca por detrás:

—Hola, Mencía.

—¿Roberto! —Estoy algo confusa por verle ahí.

—¿Quieres venir a cenar conmigo esta noche? —me suelta de repente, dejándome más helada de lo que ya estoy.

—¿Al bar? ¿Hay algo organizado? —Intento desviar el tema, ¿me está invitando a cenar con él? Respira, Mencía, respira, tú puedes—. Porque las carreteras creo que están bastante mal por la nieve como para ir a otro sitio.

—No, a mi casa. Solos tú y yo, a los demás los tengo muy vistos. —Me guiña un ojo.

—Ah. —Suelto una risa floja sin querer y pienso que Lucas no llega hasta mañana, así que tampoco tengo mucho más que hacer, encima si digo que no parecería muy borde y... en realidad, me apetece, ¿no? Estoy nerviosa. No puedo pensar.

—Sí, claro, ¿por qué no?

Me giro sin despedirme y me meto en casa sin darme la vuelta, no vaya a ser que esté mirando. ¿Y ahora qué hago? Me apoyo contra la puerta cerrada y me deslizo hasta el frío suelo. Quizá no esté tan mal Roberto. Me rasco la nuca, suspiro y sonrío sin querer.

Al cabo de unos minutos, me levanto para cambiarme, desayuno zumo de naranja y tostadas y marcho a clase. Dos niños cuchichean alrededor del mapa del pueblo que está al lado del encerado y señalan una de las zonas de la derecha. Voy hacia ellos para preguntarles, pero María me intercepta con uno de sus habituales abrazos.

—¿Señorita Mencía! Le he traído una manzana. —Me la da y se suelta.

—Muchas gracias, María, ¿es del huerto de tus padres?

—No, me la ha dado Roberto para usted, me ha dicho que le gustaría.

María se va corriendo a su sitio y, en apenas segundos, todos están sentados esperando sonrientes a que yo hable. Omito el material que se han debido de traer de la excursión en el bosque y decido retomar la clase anterior:

—Bien, peques, ¿en qué otros sitios habéis estado? —les pregunto.

Pasan varios minutos en los que permanecen en silencio, con sus sonrisas inundando la clase.

—¿Portugal? ¿Tal vez Francia?

Nadie responde y la mayoría de los niños niegan con la cabeza.

—¿Habéis viajado alguna vez? Las ciudades más cercanas son o León capital u Oviedo — vuelvo a preguntarles.

—¿Eva? —le pregunto a mi alumna más respondona acercándome a ella dejando detrás de mí a los cuatro niños de la primera fila.

Ladea la cabeza hacia el lado opuesto al que estoy a la vez que sus rizos pelirrojos saltan como resortes en la misma dirección y espera un rato antes de contestar:

—Creo que si el mundo fuera Sendero, me encantaría viajar.

—Interesante. Entonces crees que somos un ejemplo a seguir en Sendero. ¿Por qué? —le pregunto.

Después de un interminable minuto en el que siento decenas de miradas posadas sobre mí, decide contestar de nuevo:

—En Sendero hay felicidad y en otros sitios hambre y guerras. La gente está harto obsesionada en la ciudad.

—Pero los problemas de los que hablas, no tienen lugar solo en ciudades, Eva. Hay muchos pueblos en China donde, por ejemplo, miles de personas no tienen para comer. Y cuando ha habido grandes guerras, las personas de los pueblos también han sido partícipes. En Sendero también podría pasar.

Si tirase un folio al suelo, cortarían el silencio al caer. La sonrisa de Eva se transforma en una mueca desagradable y se entremezcla con su mirada desafiante.

Toc toc

—Señorita Torres —el alcalde irrumpe en clase y me observa por encima de sus gafas—, ¿podría salir un momento, por favor?

— Claro. —Creo que, antes de entrar, me estaba mirando a través del cristal de la puerta.

Le acompaño a la otra sala, él abre el candado para entrar y yo le sigo con miedo. ¿Habré hecho algo malo?

Es un pequeño despacho sin ventana, con decenas de archivadores cogiendo polvo desde hace años y documentos sueltos por todas partes. Hay dos estanterías de madera más altas que yo, un cubo de fregar vacío, volcado en una esquina y un radiador desenchufado al otro lado.

—Siéntate. —El alcalde se acaricia su espeso bigote con el que intenta camuflar sus grandes dientes amarillentos parecidos a los de un castor—. He estado hablando con Eva antes de la clase de hoy... parece que no congeniáis mucho, ¿verdad?

Noto una leve náusea por el olor a encerrado que desprende el lugar y respiro con dificultad entre tanto polvo que acabo de remover al sentarme en la silla. Me ve tan nerviosa que me ofrece té de su termo. Lo abro y veo que es un extraño brebaje azul con ramas amarillas.

—Te vendrá bien, ¡tómalo!

Le doy un sorbo para no hacerle un feo, para mi sorpresa tiene un toque afrutado y dulce que no me disgusta. No dejo de pensar en que no tendría que haber reaccionado así con Eva en el bosque. Es una niña problemática y encima soy nueva, ¿en qué estaría pensando? Noto cómo mi pecho palpita y me estruja los pulmones. El alcalde me examina apoyado sobre una de las estanterías.

—Los niños todavía necesitan adaptarse a tener una nueva profesora, ya sabe que aquí no recibimos muchas visitas de fuera... —Toquetea algunos folios que sobresalen de una de las baldas cercanas a su cabeza.

Siento que me voy haciendo cada vez más pequeña en esa silla, me muevo con discreción pero los muelles suenan a la mínima. Trago tanta saliva como puedo y asiento con la cabeza.

—Lo siento, no volverá a ocurrir, se lo prometo —le contesto.

¿Se lo habrá dicho Eva o alguno de los demás niños que vieron la bofetada?

—Sé que algunas veces los niños pueden sacarnos de nuestras casillas, pero son nuestro legado, el mayor valor de nuestro pueblo son ellos y debe preservarlos si quiere seguir con nosotros, ¿me entiende?

—Sí, por supuesto, no era mi intención abofetear a la niña.

El alcalde se levanta, abre la puerta y me hace un gesto para que salga.

—No se olvide señorita Torres, en Sendero el tiempo es felicidad y la disciplina no debe nunca hacernos presos —me recuerda.

El resto del día intento mantenerme lo más al margen que puedo de los niños para evitar situaciones incómodas en clase y después me vuelvo directa a casa para estar tranquila, aunque sigo nerviosa. Ya en el salón, me siento en el tresillo y noto picor en las palmas de las manos: las tengo rojas y con marcas de haberme apretado con las uñas: respiro profundamente para relajarme, elevo la vista al techo apoyando el cuello en el respaldo de lana y cierro los ojos. Me gustaría dejar la mente en blanco alguna vez, pero es imposible. Miles de pensamientos se apelmazan dentro de mi frente y comienza a dolerme la cabeza. Ni siquiera sé en qué estoy pensando: la niña, Eva, con su provocadora actitud mirándome y agarrándome; el pasotismo de todos con respecto al pobre Mario con el ataque de avispa; la cena de hoy con Roberto...

¡mierda! ¡he quedado con Roberto! Un pequeño escalofrío recorre mi espina dorsal y el corazón se me acelera de nuevo.

Cojo mi móvil del bolsillo para escribir a Esther, pero no tengo cobertura, así que voy hasta mi habitación y me tumbo en la cama, el único sitio con wifi: tengo varios memes de Lucas de gatos tiritando de frío, pero ningún mensaje de ella.

¿Dónde te metes? Tengo un cotilleo que contarte...

Mientras espero la respuesta, pienso en qué ponerme. No tengo apenas nada hasta que Lucas me traiga este fin de semana el resto de mis cosinas. Miro al techo pensando en que aunque estuviera en León, tampoco tendría mucha ropa, porque hace una eternidad que no tengo una cita y fue forzada por Esther con un compañero del gimnasio: la cena terminó en menos de una hora y sobra decir que el chico tenía menos luces que un semáforo.

Miro de nuevo la pantalla del móvil, pero Esther aún no se ha conectado. Me rasco las piernas, y cuando miro dentro de los pantalones, veo los ronchones que me han salido: parecen picaduras de algún insecto.

Resoplo y me giro en el sentido contrario a la ventana. Noto cómo me mira el santo desde la mesilla: odio que me juzguen. Lo giro hacia la pared y me levanto para arreglarme y automáticamente me pongo histérica: empiezo a sacar toda la poca ropa que tengo de los cajones y el maquillaje, que debería de haberlo puesto en el baño, pero está tirado en la mochila al lado de la ventana.

Lo cojo y descubro mis gafas, ¡pensaba que me las había dejado en León! No es que me hagan falta, apenas tengo 0.50, pero me da seguridad ponérmelas, así que, para que no se me olviden, me las meto en el bolsillo de la cazadora cuando voy de camino al baño para maquillarme. Diez minutos después, salgo y al verme reflejada en el espejo de la entrada me doy cuenta de que parezco una puerta. Labios rojos, la línea del ojo negra y rasgada como una gata y antiojeras, básico.

Al volver a la habitación, noto que el móvil vibra entre las sábanas y me estiro para alcanzarlo.

¡Cuéntameeeeeee! Intento llamarte pero, para variar, me da fuera de cobertura... ¿qué ha pasado?

Me río por la respuesta de Esther y me hago una foto de cara poniendo morritos, con pretensión de parecer sensual, para que adivine: la respuesta tarda apenas segundos en llegar.

¿Cómo?

Wow ¡Estás espectacular!

¿Para quién te has puesto tú así?

Aquí nunca te he visto igual eh, ¡muy mal! jaja

Suelto una carcajada mientras contesto:

Al final he quedado con el chico del que te hablé, Roberto, me ha invitado a cenar a su casa...

Esther me responde con un dibujo de un conejo arqueando las cejas en el que pone *SEXY*. Vuelvo a dejar el móvil en la cama. No puedo dejar de sonreír por su reacción y porque sigo bastante nerviosa. De entre toda la ropa, cojo lo más elegante que tengo: unos pantalones ajustados negros y una camiseta blanca con escote, que lo tapaná el jersey de invierno que me estoy poniendo para no tener fresco. Los playeros de siempre tendrán que hacerme el apaño, porque las botas de invierno me las traerá Lucas con el resto de cosas cuando venga. Recojo lo demás, agarro el móvil y salgo de la habitación.

Paso mi mano sobre el pomo de la puerta de la entrada y cierro con suavidad para que ningún vecino me oiga salir, especialmente las tres cotorras que suelen estar en el banco de la plaza cotilleando.

Parece que no me han oído, no veo a nadie asomado a la ventana y las puertas principales de las casas siguen cerradas, así que ando rápido hasta salir de la plaza, donde ya hay menos casas y también menos luz.

—¡Niña! ¿Adónde vas a estas horas?

Me paro en seco con medio pie en el aire. Pero ¿de dónde han salido ahora estas tres? Me giro y veo a la del palillo en la boca negando con la cabeza y a las otras dos cuchicheando, aunque no oigo lo que dicen, hasta que me vuelve a hablar la que lleva el bolso a cuestas:

—Hay que ver la juventud, ¡se lo vamos a decir al alcalde!

Me gustaría tanto decirles cuatro cosas, pero no quiero tener más problemas con el alcalde, después de la bronca que me llevé por la bofetada a Eva, ya he tenido bastante. No pierdo tiempo en saludar y retomo la marcha.

El cosquilleo del ligero viento invernal de la tarde en mi piel hace que me entren escalofríos agradables: creo que estoy tan alterada que, ahora mismo, he dejado de notar el frío insoportable de la nieve. Sonríe con un dolor punzante en el pecho y miro al frente sin fijarme en ningún punto concreto.

Recuerdo el estanque adonde fui de excursión con los niños, pero no sé exactamente dónde está la casa de Roberto y él no me ha dado ninguna indicación. Encima tampoco tengo su móvil para preguntarle. ¡Vaya lío! Sigo caminando y llego a la casa de la anciana de la verruga: le hago un saludo y otra vez vuelve a meterse en casa. La expresión de su rostro es distinta a la que tenía el otro día, parece asustada, pero se mete en casa tan rápido que en seguida la pierdo de vista.

Salgo del pueblo y llego al bosque, todo está oscuro, salvo por las pequeñas luces de las copas de los árboles. A ver si me acuerdo y le pregunto a Roberto si son luciérnagas, porque aún me provoca recelo, ¡¿qué demonios será?! Él, como responsable de cuidar y preservar esta zona, seguro que se lo conoce todo muy bien. No me resulta especialmente agradable tener que volver al bosque: el suelo húmedo hace el aire más helado y la última vez con lo de los grillos, no me quedaron ganas de repetir. Me voy hacia un lado para ver si se vislumbra la casa en alguna parte, y unos minutos después, aparecen ante mí unas puertas de hierro fundido con una gárgola presidiendo el panorama que parece que me vigila: la verdad es que impresionan bastante. Cojo el móvil, pongo la linterna y enfoco al horizonte. Debe de ser aquí, porque me parece ver parte de una casa al fondo, aunque no estoy del todo segura.

Toco el pequeño timbre que hay en una de las esquinas y espero y aunque nadie contesta, a los diez segundos se abren las puertas de forma automática. Cuando entro, me fijo, pero no hay ningún mecanismo instalado, ¡qué extraño! Aunque tampoco es que alumbren mucho las luces de arriba y

no quiero sacar el móvil de nuevo para evitar atraer a algún animal curioso.

Noto un cosquilleo en las piernas y cuando me agacho, veo a hormigas correteando en todas las direcciones. ¡Qué horror! Me sacudo sin parar los pantalones con las manos hasta que creo que las he quitado todas. Me estremezco, vuelvo a darme golpes en las piernas, esta vez fuertes, por si quedara alguna, y sigo deprisa por el camino hacia donde creo que está la casa.

Las plantas de los pies me duelen al andar, siento cómo se agarrotan por el frío. Intento no pisar nada más y sigo adelante, esquivando los enormes árboles. ¡Roberto no me había avisado de que el camino hasta su casa sería así! ¡Qué desastre!

Siento la adrenalina recorriendo mis venas, pero ando despacio por si hubiera algún animal extraño. Los pelos de mis piernas se agarran a mí intentando que dé marcha atrás y salga corriendo de vuelta a casa.

Una enorme rata aparece entonces a menos de un metro de distancia y me detengo.

Capítulo 11.

HACIA EL BOSQUE

La rata está en medio del camino que lleva a la casa de Roberto y ha aparecido de la nada: tiene los dientes del color de la cúrcuma y su mirada parece perdida. Intento dar un paso atrás, pero antes de que pueda reaccionar, un gato de casi diez kilos se lanza a por ella y la deja seca con un mordisco en el cuello. Acto seguido, me mira con sus brillantes ojos amarillos y siento que estoy a punto de hacerme pis encima. ¿Quién me mandaría venir aquí?

Le aparto la mirada intentando entender lo que hace después de haberse abalanzado sobre la rata, pero se va sin más, no se la come, ni se la lleva, ni siquiera intentó jugar con ella antes de matarla. Simplemente, se va. Decido que es una sabia elección y yo también la pongo en práctica.

Trago saliva y me rasco los brazos y la cabeza mientras acelero el paso. Siento un leve mareo pero sigo caminando lo que el dichoso temblor de piernas me permite. Cuatro minutos después, llego al descansillo de la casa que me había parecido ver a lo lejos, agarro corriendo la aldaba de la puerta y llamo varias veces mientras observo la saetera que se encuentra a un lado de la puerta.

Me giro hacia el bosque que acabo de dejar atrás y no me imagino volver a cruzarlo a la vuelta: le pediré a Roberto que me lleve en coche a casa más tarde. En ese instante, abre la puerta.

—¡Estás temblando! —Me empuja con delicadeza para que entre rápido.

Entonces me percató de que mis dientes también están castañeando.

—Pareces asustada, ¿estás bien? ¿ha pasado algo? —Se asoma por la puerta y echa un vistazo hacia el bosque.

¡Estupendo! Ahora, seguro que tengo la cara demacrada por mis paranoias, debe pensarse que soy una loca.

No contesto.

Cierra la puerta y me abraza con una manta que coge del sofá del salón que está al lado.

—¿Mejor? —me pregunta.

Le hago un gesto de afirmación con la cara y me dejo mimar. Hacía tanto que nadie me tocaba que, cuando sus brazos rozan mi piel, suspiro relajando todo mi cuerpo, aunque el corazón parece ir más rápido de lo habitual. ¿Por qué actúo así? ¡No me reconozco! Me suelto y aclaro la garganta:

—Sí, perdona, hacía mucho fresco fuera, pero ya estoy mejor. —Me separo del todo y le devuelvo la manta.

—Tranquila, te la dejo aquí por si la necesitas después —me contesta dejándola en el perchero de la entrada.

¿Después? ¿Después de qué? ¿Este ya quiere que me despelote? A ver, céntrate, Mencía, que te veo muy descentrada.

—Estaba preparando la cena, me he tomado la libertad de decidir el menú. —Me invita a entrar en el salón para sentarnos en la gran mesa que lo preside.

—Claro, perfecto.

El aroma a carne asada impregna toda la sala, me encanta.

—Ponte cómoda. ¿Qué te apetece tomar?

—Lo que quieras, me da igual.

—Yo me encargo entonces.

Roberto me guiña el ojo y se va. Dejo el móvil en la mesa y me quedo inspeccionando el lugar, intentando no darle vueltas a lo que ha podido querer decir con esa frase. La verdad es que es muy majo.

El salón es de madera, igual que parece ser toda la casa. Tiene vigas enormes que lo atraviesan en el alto techo, una luz tenue baña la estancia y las paredes están bordeadas de vitrinas de cristal. Me acerco y reparo en las decenas de figuras de gatos: todos son o blanquines o tienen manchas blancas. Me parece curioso, ¡vaya fijación con los gatos!

Decido ir a buscarle a la cocina:

—¿Te ayudo con algo? —le pregunto.

Ha preparado dos platos enormes con trozos de carne que no conozco, pero que tienen una pinta increíble.

—Claro, ¿coges la sal? ¡Está ahí! —Apunta a una de las esquinas. Me acerco, pero no veo nada, así que intento abrir la puerta de la despensa, que está justo al lado, pero está cerrada.

—¡No! ¡Ahí no es! —Roberto suelta de golpe los platos en la encimera.

Se acerca y coge la sal de uno de los armarios.

—Perdona, pensaba que me habías señalado la despensa.

¡Mierda! ¡Ya la he liado!

—Tran...quila...no pasa nada...vamos a cenar.

Se pone detrás de mí y me sigue hasta la mesa del salón. Puedo sentir cómo su perfume envuelve mi cuerpo: es intenso, amaderado y penetrante. Dejo la sal sobre la mesa y él los platos.

—He reservado esta botella de vino de Fuentes del Silencio, de León. —Me enseña una botella de tinto.

—Genial, así lo pruebo, gracias.

Roberto va a buscar un abridor y dos copas y yo le espero observando las miradas de los gatos de las vitrinas de cristal: algunos me miran continuamente como si fueran la Gioconda, otros sonrían con ellos cerrados e incluso hay uno bizco. Sonríe y voy recorriendo varios armarios con la mirada buscando los más divertidos hasta darme de bruces contra la ventana: hay unas luces amarillas fuera. Me acerco y descubro un animal cuyos ojos son como dos trozos de piña: parece acechar la casa, está quieto observándome y sus orejas son puntiagudas con un pelaje parecido al de un guepardo. Es un lince, nunca había visto uno en persona e impresiona bastante. Me quedo embelesada por esa curiosa mirada hasta que Roberto vuelve al salón:

—Espero que te guste este vino.

Abre la botella buscando mi mirada y cuando la cruzamos, me fijo en sus ojos negros rasgados y en una pequeña marca de nacimiento debajo de los labios.

Bzzzz

Mi móvil vibra en ese momento y veo que Lucas me está llamando. Me alegro de que haya cobertura, pero lo pongo en silencio y lo giro para no ver la pantalla, ya hablaré con él mañana.

Sin dejar de observarme, se acerca y me separa la silla: me acomodo para cenar aunque piso mal al intentar acercar más la silla a la mesa.

—¡Ay!

Noto un dolor intenso en el dedo del pie donde me hice la herida el otro día.

—¿Estás bien, Mencía?

—Sí, es que me he tropezado y me he dado sin querer en una herida que tengo en el pie.

Me altero un poco y empiezo a rascarme las piernas compulsivamente.

—¿Una herida? ¿Qué te ha pasado? —Frunce el ceño.

—Me clavé una punta de hierro en la nueva casa hace un par de días, pero no es nada, ya se está curando. —Hago un gesto con la mano para dejar pasar el tema. Me pone nerviosa que la conversación se centre tanto en mí, y más sobre lo patosa que soy.

—Pero bueno, Mencía, si yo soy farmacéutico, por Dios, ¿cómo no me lo has dicho antes?

—Bueno, no es grave, de verdad, es que me ha quedado el pie un poco dolorido, pero ya está...

—Espera —me dice.

Se levanta y se va a la cocina. Estiro el cuerpo sin levantarme para ver qué hace y diez segundos después, observo cómo abre el candado de la despensa, le oigo bajar unas escaleras y subir corriendo de nuevo. Más que una despensa, creo que es un sótano. Vuelve a cerrar con candado, se guarda la llave en el bolsillo del pantalón y regresa con una jeringuilla cargada en la mano.

—¿Qué es eso? —le pregunto.

Estoy empezando a sudar, me pica el cuerpo, que ya he reclinado hacia atrás intentando evitar cualquier ataque, y las uñas vuelven a clavarse en las palmas de mis manos, aunque apenas puedo notar dolor.

—Tranquila, solo es la antitetánica, no hace falta que me enseñes la herida si no quieres, pero debes ponerte esto por si acaso.

—Sí, claro, no había caído...es que no me gustan mucho las agujas, ¿sabes?

—Confía en mí, el pinchazo es muy pequeño —me sonrío.

Siendo sincera conmigo misma, debo reconocer que me da seguridad, así que, poco a poco, vuelvo a colocarme recta y levanto la manga para que me pinche. Miro hacia otro lado y noto sus frías manos acariciar mi brazo derecho, haciéndome pequeños masajes.

—Tienes un brazo muy suave, Mencía.

Me giro y veo que está sonriendo: no entiendo qué pasa.

—¿Por qué no te bajas un pelín los pantalones? No hace falta que sea mucho, te pincharé ahí —se ríe señalando mi culo.

Noto que me abrasan las mejillas. Carraspeo, seria y sin pronunciar palabra, me doy la vuelta y me bajo el pantalón lo mínimo imprescindible para que pueda pincharme.

Uff, a ver qué va a pasar esta noche. Como me bese, no sé si sabré hacerlo, la última vez fue con Sergio, un cliente habitual del bar donde trabaja Esther, estuvimos hablando durante meses hasta que le di pie a algo.

—Ya está. —Termina y me pone un algodón—. Apriétalo un momento y ahora te tomas un poquito de vino, que también viene bien para relajarse.

¡Qué vergüenza! ¿Qué pensaría Lucas si viera esto? Aunque..., ¿por qué me importa tanto lo que él piense?

Roberto me guiña el ojo y se levanta a tirar la jeringuilla usada a la basura de la cocina. Yo respiro hondo, me visto y hago una mueca de dolor ahora que no me ve.

Al volver, me sirve parte de la carne:

—Un buen chuletón de ciervo, espero que no seas vegetariana.

—No, ya me gustaría a mí, pero la carne está tan rica...

Él se ríe y nos pasamos el resto de la cena saltando de tema en tema como si nos conociéramos de toda la vida:

—¿Y cómo es que a un chico de la capital le dio por venir al pueblo más remoto de León? —le pregunto.

Me recuerda a Esther con su sonrisa y su inagotable optimismo, ¡parece siempre tan seguro de

sí mismo!

—Aquí se respira paz, te sientes con el control de tu propia vida. En Madrid todo era diferente. No sé... además, ¿tú has probado el embutido de esta zona? ¡Eso sí que no lo hay allí!

—Tú sí que no podrías ser vegetariano, ¿no?

Los dos nos reímos a carcajadas y me rellena la copa de vino. ¡Qué atento!

—Mi día perfecto sería uno en el que pudiera comer la mejor carne de toda la ciudad, que dicen que está en el pueblo de Jiménez de Jamuz, mientras leo cualquier libro de Agatha Christie.

No me imaginaba que Roberto fuese un chico tan interesante. Noto cómo sus guiños son cada vez menos inocentes y me siento a gusto con eso.

—¡Me encantó los Diez Negritos!

Y, de pronto, me encuentro aguantándole la mirada como si fuéramos dos pistoleros en el salvaje oeste, solo que esta vez, la tensión que se masca en el ambiente es de otro tipo.

—Sí, es genial, yo me empapaba de todas sus novelas cuando discutía con mi padre, nunca me llevé bien con él.

Y, por un segundo, vuelvo a mi casa, tengo siete años y llevo el pijama de elefantes que mamá me compró en rebajas. Ella está cantando la canción del soldado mientras plancha y yo como un sándwich de chocolate.

*...madre yo quiero morir laralala
ya estoy harta de esta guerra uau...*

Mi padre llega horas después cuando ella ya me está acostando para dormir. Roberto me saca de mi letargo para continuar con la conversación:

—Oye Mencía y... ¿tienes a alguien de tu familia cerca o por qué decidiste venir a Sendero de Luna? Como tú bien has dicho, no es que sea una gran ciudad precisamente.

Los dos bebemos de nuestras copas y aprovechamos el silencio reinante para seguir comiendo antes de que se enfríe.

—Lo de los maestros es así, donde te destinen tienes que ir para ganar puntos y poder luego elegir un sitio cerca de casa. No tengo mucha familia y la que tengo, no la quiero ver, es una larga historia.

—Perdona —me coge la mano—, ¿te he incomodado? Puedes contarme lo que quieras, o no contármelo.

—Siguiendo con la literatura, te diré que hay una persona a la que si me la encuentro le diría: “Hola, soy Mencía Torres, tú mataste a mi madre, prepárate a morir”.

Me río intentando desviar la atención y él lo capta tan bien que hace que me olvide: se acerca aún más, me aparta el pelo de la mejilla y me la besa. Me entra un escalofrío, quiero decirle que pare y a la vez que siga. De ahí pasa a la boca y me da varios besos en la parte inferior del labio hasta que yo le correspondo y nos fundimos en uno durante un rato.

—A mí también me gusta mucho *La princesa prometida* —me observa como si fuera un búho—, y si quieres hablar aquí estoy, ¿vale?

Asiento con la cabeza intentando centrarme cuando tiene una de sus manos agarrándome el muslo.

—Ahora me toca preguntar a mí. —Me froto las manos.

Roberto se ríe y se pone en guardia con las manos ya sobre sus propias piernas.

—Estoy preparado, ¡dispara!

—Si pudieras levantarte teniendo una habilidad o una cualidad nueva, ¿cuál sería? Y no vale decir tener cuatro estómagos como las vacas.

Las carcajadas vuelan por el aire en una melodía suave y ligera.

—La habilidad de...ser el máster del universo, ¿qué te parece?

—¿En serio?

Volvemos a reírnos a la vez que infinidad de temas se van concatenando de forma natural y espontánea. Terminamos comiendo toda la carne y bebiendo dos botellas de vino de Fuentes del Silencio.

—Creo que debería irme ya, se está haciendo tarde. —Intento sin éxito levantarme de la mesa a la primera.

Nos reímos: hay tanta complicidad, que no quiero irme, pero sé que debo. Roberto se levanta para ayudarme. Sigue sin apartar la mirada y no entiendo por qué yo tampoco lo hago, ¡si ya dijo Carla que aquí no hay género! ¡No lo hay! ¿Y por qué me está gustando ahora? ¡Mierda! ¡Esto no tenía que estar pasando!

—Espera, no puedes irte así —me dice cuando me ve acercarme a la puerta de entrada—. Aquí hace mucho frío, toma tu abrigo y tu bufanda.

Para dárme los se acerca demasiado, tanto que puedo respirar su aliento; que si estuviera sobria seguro que notaría que apesta a vino igual que el mío, aunque no me parece que el alcohol le haya afectado como a mí.

Me quedo inmóvil embriagada por la mezcla del vino y su olor corporal. Miro sus labios carnosos entreabiertos y me encantaría morderlos. Cuando busco su mirada de nuevo, él parece haberse acercado aún más y me agarra de la cintura para ponerme contra su cadera. Mi corazón debe ir a mil por hora y no puedo resistirlo más, así que cuando se acerca, soy yo la que le tira de la cabeza por detrás y le atraigo hacia mí para besarle.

No me puedo creer que esté haciendo esto. Cuando casi me acosté con Sergio, mi último rollo, meses después del primer beso, recuerdo que era de noche y estábamos en el portal de mi casa: quería agarrarle y decirle que subiera conmigo, pero me dio tanta vergüenza que no me atreví así que él se fue y me quedé con las ganas.

Roberto no pierde el tiempo y, sin dejar de besarnos, me agarra aún con más fuerza y me levanta: yo le retengo entre mis piernas y dejo que me roce entera. Estoy mareada por el alcohol, pero me encanta la sensación de total libertad que siento. Me besa el cuello y me dejo caer hacia atrás mientras aprovecha para darme besos por todo el pecho. Vuelvo a agarrarme y él empieza a andar: me está llevando al piso de arriba. Sé que es lo que quiero que haga, desearía estar ahí ya: los escalones se hacen eternos, aunque no dejo de besarle, ni de lamerle y morderle el cuello cada vez que puedo. ¡Le deseo tanto! Me tira encima de la cama con suavidad y comienza a desnudarme: yo intento hacer lo mismo con él, pero no puedo levantarme, así que me dejo llevar y dejo que él lo haga todo por mí. Jamás me había sentido tan liberada, ¡sí! ¡por fin!

Me despierto en mitad de la noche con un brazo alrededor de mi cintura. Me pego tal susto que casi me caigo de la cama al intentar levantarme tan rápido. ¡Qué dolor de cabeza! Me giro y veo a Roberto desnudo a mi lado. ¡Wow! No le recordaba tan guapo, ni siquiera guapo a secas. Me fijo en las láminas de madera del suelo más cercanas a mí: toda mi ropa está desperdigada y arrugada en el suelo. ¿Qué ha pasado? Me toco la cabeza sintiendo cómo me palpita la sien del dolor. Empiezo a recordar detalles sueltos: la rata de dientes anaranjados del bosque, la carne de ciervo, el beso de la entrada antes de... Entonces me doy cuenta de que yo iba a irme hace horas, se me ha hecho tardísimo y no puedo llegar a mi casa, que está en el centro del pueblo, cuando algún vecino ya esté despierto y pueda verme. ¿Qué pensarían de mí? ¡Madre mía! Recojo deprisa mi ropa del

suelo y me visto como puedo en la penumbra de la habitación.

—Roberto. —Le zarandeo un poco a ver si se despierta.

¡Qué vergüenza verle ahora y tener que hablar con él!

Gime, mueve las piernas y sigue durmiendo.

Genial, pues yo sola no vuelvo a casa. Y tengo que irme ahora como sea: ya solo me faltaba que volvieran a verme las tres cotorras a la vuelta, después de lo que me dijeron cuando me vieron salir anoche.

Empiezo a chasquear la lengua para que se despierte sin que sepa que soy yo la que lo hace, pero nada.

Vuelvo a girarme hacia mi lado de la cama y me tumbo junto a él. Su cuerpo desprende calor y el ritmo de su respiración me mece tanto que estoy a punto de dormirme de nuevo. Tras varios minutos, me doy cuenta y me levanto como un resorte.

—¡Roberto! ¡Despierta! —esta vez se lo digo tan alto que si tuviera vecinos les hubiera despertado también.

—¿Eh? ¿Qué pasa? —Se sobresalta.

—¡Nos hemos dormido!

—No te preocupes, ven conmigo...

Intenta cogermelo y vuelve a cerrar los ojos quedándose dormido.

Capítulo 12.

AHORA O NUNCA

—¡No! Venga, despierta, por favor, necesito que me lleves a casa, luego podrás dormir todo lo que quieras.

No puedo dejar que Roberto se duerma y arriesgarme a que alguna de las cotorras me vea llegar por la mañana: lo primero que harían sería decírselo al alcalde, ¿y qué pensaría de mí?

—Pero ¿qué hora es?

—Son las dos y media de la mañana.

—¿Y te quieres ir ahora? Puedo llevarte también por la mañana, no hay prisa.

—Yo sí la tengo. No quiero esperar a por la mañana que puedan vernos los vecinos del pueblo. Por favor, Roberto.

Él se frota los ojos con las manos y parpadea despacio intentando desperezarse.

—No te preocupes, están controlados —se ríe—. Pero lo entiendo. Ahora mismo te llevo.

Da la luz de la lámpara de su mesita, se estira y aparta las sábanas hacia un lado: su redondo y perfecto culo refleja incluso en la oscuridad. ¡Increíble! Si pensaba que podía ser cosa del alcohol, esto confirma que no: está buenísimo. Me giro de nuevo para darle intimidad mientras se viste, aunque me gustaría tanto tocarle ahora mismo.

¿Qué me está pasando? ¿Qué vergüenza! Lo mejor será que deje las manos quietas.

Por otro lado, me apetece tanto hacerlo... Antes de que se ponga los pantalones, me levanto sin pensármelo más y voy hacia él: le agarro el culo y le beso mordiéndole los labios.

¡Increíble Mencia! La adrenalina corre por mis venas y me siento capaz de todo.

Él sonrío y antes de que me agarre, me suelto de nuevo para no entretenernos: tengo que irme de vuelta al pueblo. Le guiño un ojo, reviso que no me queda nada tirado por la habitación y bajo las escaleras. Él me sigue unos segundos después y salimos por la puerta cogiendo los abrigos de la entrada.

¡Mierda! Tenía que haberme puesto la cazadora dentro de casa, se me están congelando hasta las ideas. Todo está oscuro, no se mueve ni una hoja ni veo ningún animal. Entro rápido en el coche que tiene aparcado a un lado de la casa y nos ponemos en marcha. Roberto no tarda en posar su mano derecha sobre mi muslo: me estremezco, le miro y le aprieto su mano contra la mía. Pocos minutos después, llegamos al pueblo: desde el coche y con él a mi lado, el bosque no parece tan intimidante. Me da un beso al que respondo y unos segundos después detiene la marcha: ya hemos llegado. En la entrada de casa hay dos personas: una sentada y otra de pie, las dos miran en nuestra dirección y me cuesta tragar saliva. ¿Quiénes son y qué hacen aquí a estas horas? Salgo del coche y Roberto me acompaña al ver mi cara de desconfianza.

—¿Lucas?

Lucas está serio, callado y no deja de mirar a Roberto. Dos enormes maletas de cuatro ruedas le rodean por ambos lados mientras se apoya sobre el pequeño muro del jardín de mi casa. Al acercarme, veo que detrás de una de las maletas se esconde una enorme bolsa negra que rebosa ropa: vislumbro uno de mis jerséis. ¡Bien! ¡Me ha traído toda la ropa que le pedí e incluso más!

—¡Chica! ¿Dónde te metes? —Oigo la voz de Esther y cuando me giro, se levanta y viene boquiabierta a darme un abrazo que no consigo corresponderle: sigo helada. ¡No me esperaba que

viniese también!

—Creo que ya lo tienes todo controlado por aquí, Mencía. Nos vemos otro día. —Roberto entra de nuevo en el coche. Arranca y se va. Lucas sigue sin decir nada. Estoy tan nerviosa que me pican los brazos, no sé si de los ronchones que me han salido o del sudor repentino que me ha entrado: a mí tampoco se me ocurre qué decir.

—No os esperaba hasta mañana, bueno, a ti, Esther, no te esperaba en general, ¿qué haces aquí?

—Vaya horas, entonces la cita bien, ¿no? ¡Vaya morenazo! —me suelta ella.

Se me escapa una pequeña risa nerviosa y me aproximo a la cerca de la entrada para que me sigan hasta casa.

—No es lo que parece. —Evito sus miradas y me concentro en abrir la puerta.

—Ya, ya —contesta Esther—. A última hora he podido venir y ya ves, ¡aquí estamos! Pero, ¡qué frío hace en este pueblo!

—Tendríais que haberme dicho algo, os habréis congelado aquí fuera, ¿cuánto hace que habéis llegado? ¿Y cómo habéis reconocido la casa?

Lucas no dice nada, debe estar enfadado y no me extraña. Si me hubiera avisado, esto no habría pasado.

—Te estuve llamando —contesta Lucas—. Estarías ocupada.

¡Es verdad! ¡Me llamó! Noto cómo se me ruborizan las mejillas.

No le hice caso, puse el móvil en silencio.

—Ese era Roberto, ¿no, pillina? —dice Esther—. ¡Cuenta, cuenta!

—¿Roberto? ¿Ese no es el tío raro que anda por el pueblo y con el que te encontraste cuando ese niño murió en el bosque? —pregunta Lucas.

—Bueno, sí, me invitó a cenar y yo...se me hizo tarde...

Noto decepción por su parte, aunque no entiendo del todo por qué. Entonces caigo en que ni siquiera sé bien lo que ha pasado, ¿tanto bebimos? Ni siquiera recuerdo si usamos condón, ¡vaya nochecita!

—¿Entonces esta es tu casa? —me contesta desviando el tema.

—Sí, ¿qué os parece? —Les enseño lo poco que se ve de la fachada a estas horas de la noche—. Está en la plaza del pueblo y el aula del cole está justo al lado.

—Ay, ¡cuánto te echaba de menos, Men! —Esther me agarra fuerte para darme un abrazo.

Lucas la sigue y nos fundimos los tres en uno, eso me gusta, siento que pertenezco a un lugar, algo que echo en falta desde que vine a Sendero.

—Entremos, hace frío —les digo cogiendo la bolsa negra de ropa.

Lucas coge las dos enormes maletas y Esther se acerca al coche de Lucas que ha aparcado casi enfrente de la puerta de casa y saca su trolley azul.

—¿Cómo habéis reconocido la casa?

—Preguntamos a unas señoras cuando llegamos, aunque estábamos a punto de volvernos a León ya. —Lucas no se gira hacia mí.

Abro la puerta, dejo la bolsa negra que pesa una tonelada y les dejo espacio para que entren también.

—Pasad, sentaos donde queráis.

Al cerrar la puerta, veo a otra silueta de lejos: es un hombre, tiene el pelo corto y... ¿no será Bruno? Una corriente eléctrica recorre mi sien y me cuesta tragar saliva. Cierro deprisa la puerta por si fuera mi padre y no digo nada sobre el tema.

Los tres nos acomodamos en el salón: cierro los ojos y, por un instante, parece que vuelvo a

estar en casa, protegida al lado de Lucas y Esther.

—¿Qué os apetece tomar? No tengo muchas cosinas, pero agua y leche seguro —me río al caer en la cuenta de que aún no he ido a hacer la compra esta semana.

—Una rubia no estaría mal, ya sabes que me gusta probar cosas nuevas. —Esther me guiña un ojo.

—Sí, lo que tengas —dice Lucas.

Me acerco a la cocina, saco dos vasos de agua y se los dejo en la pequeña mesa al lado del tresillo.

—Bueno, Esther, y el líguese del que me hablaste para olvidarte de Carlos, ¿qué pasó con él?

Antes de sentarme, compruebo que el termostato de la calefacción está a buena temperatura.

—Bien, ya sabes, interesante hasta cierta hora luego...lo mandé para casa —se ríe a carcajadas.

—No esperaba menos —respondo guiñándole un ojo.

—¿Y la sustitución de secretaria cómo va? Y tú en la pelu, Lucas, ¿qué tal? ¡Me tienes que enseñar las fotos de los peinados!

—Tranquila, tendremos tiempo de ponerte al día los dos, nos quedaremos aquí hasta el domingo —me dice Lucas—. ¡Pero mira!

Saca su móvil y nos enseña los diferentes peinados, que aprovechamos para comentar durante casi una hora entre risas y una copa de un vino que han traído.

—Tampoco os he contado que...me han llamado para una sustitución como maestro —salta Lucas.

—¿Cómo? ¡Qué dices! Eso es genial —contesta Esther—. ¡Y no nos avisas!

Le da un golpe cariñoso en el hombro y Lucas se sonroja.

—Quería que fuera una sorpresa.

—Enhorabuena —le digo.

No me sorprende, siempre ha sido muy buen estudiante y era cuestión de tiempo que le llamaran.

—Esperaba más efusividad por tu parte, Mencía, pero entiendo que aquí tienes ya muchas emociones fuertes —me contesta.

Cada vez siento más calor y noto que tengo el cuello tensionado.

—Por cierto, encontré otra noticia sobre el asesino del pueblo que luego utilizaba los cadáveres para pescar, ¿os acordáis? —continúa Lucas como si nada.

Hay tanto loco suelto...que, en realidad, me da igual, pero le dejo terminar la historia porque se le ve entusiasmado.

—¿En serio? Esto es mejor que una telenovela. —Esther pone los ojos saltones como un besugo y se termina el vaso de agua.

—Al parecer, encontraron más restos de las víctimas el pasado verano cuando hubo tanta sequía y muchas partes del pantano quedaron al descubierto después de décadas —contesta Lucas.

—No me lo creo... ¡Qué fuerte! —dice Esther—. Oye, ¿y qué pasó con las fotos que encontraste en tu habitación? ¿Todavía las tienes?

Esther siempre ha sido muy morbosa, en todos los sentidos.

—Sí, están en mi habitación, pero no sé, yo creo que la antigua profesora estaba loca y obsesionada con Roberto.

Después de insistirme, voy a buscar la pequeña caja y les enseño las imágenes.

—¿En serio? —Esther se ríe tanto que parece que se le va a desencajar la mandíbula.

—¿De qué te ríes? —Lucas le riñe.

—Joder, ¿soy a la única que le hace gracia? ¿He bebido demasiada... agua? Cuando se lo cuente a Paz va a flipar.

—Me las encontré así, no sé, yo creo que estaba loca, la verdad —omito el comentario de Esther sobre su amiguita.

Lucas está serio y parece bastante más disgustado de lo que hubiera imaginado. Desde que ha llegado hoy no es el mismo.

—Mencía, esto es serio —dice Lucas—. ¿Cuándo se fue esa maestra? ¿Sabes adónde? ¿Cómo se llamaba?

—No lo sé, ya te dije que el alcalde no me ha dicho nada, pero no creo que sea para tanto...

—¿Y a ese tal Roberto no le has preguntado? Es curioso que le siguieran para hacerle fotos de extranjis, incluso estando solo en el bosque y encima parezca que se está escondiendo porque mira para todas partes, ¿no? Algún motivo tendría la persona que las hizo.

—No, no voy a molestarle por una loca, además, ¿qué podría decirme él?

—Mencía, somos amigos, ¿no? —Lucas me agarra ambas manos y las acaricia con los pulgares.

Yo asiento con la cabeza e intento disimular mi respiración agitada. ¿Por qué me altera tanto que me toque?

—Te lo dije antes de que te vinieras a Sendero y te lo digo ahora: aquí hay algo que no me gusta. No me fío de ese Roberto.

—Bueno, ya ves tú, ¡ni que fuera el loco del cebo para peces! ¿Te crees que me va a hacer pedacitos? —le contesto escéptica.

¡Qué raro está Lucas! ¿Qué le pasará? Se queda en silencio, cabizbajo durante varios segundos.

—Me incorporo en mi plaza este lunes, en el colegio de Villaquilambre, y por eso también he venido ahora a verte, aun así no me quedo tranquilo dejándote aquí sola.

Bostezo y triunfa la idea que propongo de irnos a dormir. Son más de las cuatro de la mañana: por suerte, al día siguiente no tengo clase. Solo hay una habitación, así que Esther y yo nos vamos juntas y Lucas se queda en el tresillo: no es muy cómodo, pero no tengo otro sitio para ofrecerle. Aun así, espero que pueda dormir bien y se le pase ese mal rollo que ha traído hoy.

A la mañana siguiente, nos despertamos hacia el mediodía, con toda la calma que requiere un sábado. El suave olor a rosas del cabello azul teñido de Esther se desliza por la cama y atraviesa mis fosas nasales para deleitarme: respira hondo y la abrazo apretándola con delicadeza. Ella se gira hacia mí todavía dormida: con la luz que traspasa las contraventanas puedo ver perfectamente su rostro y entonces abre los ojos.

—Buenos días. —Estira el lomo como un gato.

—¿Qué tal has dormido?

—Contigo bien, lo echaba de menos. —Se acomoda con su pierna izquierda encima de mí. Noto un cosquilleo en la sien y sonrío en silencio al darle un toque en su puntiaguda nariz con la yema de mi dedo índice. Con lo mal que le va siempre con los hombres, no sé para qué sigue insistiendo con ellos. ¡Pobrecina!

—¿Estás bien, Esther? Por lo de Carlos digo.

Le cuesta mantener los ojos abiertos y balbucea al hablar.

—Sí, Men, ya sabes que paso de todo, como diría Paz.

Intento que su cabeza se ajuste al hueco entre mi cuello y mi cabeza para abrazarla de nuevo.

Todavía no me acostumbro a que se lleve tanto con su amiga Paz y prefiero que no me hable de ella: es barriobajera y una mala influencia porque siempre está de fiesta.

Cuando Esther y yo vamos al salón, Lucas ya nos tiene preparado el zumo:

—Señoritas —hace una reverencia y nos muestra el camino hacia la pequeña mesa de madera donde ha dejado los vasos llenos—, solo me ha dado tiempo a esto, aunque no será por la luz de fuera que me ha dejado ciego y escondido debajo de la manta desde las seis de la mañana.

Lucas se ríe y yo agradezco el zumo, que me bebo de un trago.

—Venga, vestíos, que os invito a desayunar al bar —les digo.

Treinta minutos después cuando Esther ya se ha duchado y arreglado, nos vamos los tres al bar. Al acercarnos al final de la plaza, nos cruzamos con las tres cotorras, ¡qué mala suerte!

—Vaya ojeras lleva esta, a saber lo que hizo anoche por ahí. —Parece que le oigo decir a la del pelo blanco y rodillas regordetas; me cuesta mucho entenderla cada vez que habla.

Decido omitir su presencia mientras Esther y Lucas se ríen de la situación y nos vamos directos al bar, donde Carla está algo liada con el vino de antes de comer que casi todos los del pueblo se suelen tomar el fin de semana.

Me acerco a la barra y la saludo como siempre, intentando presentársela a ellos, aunque tarda un rato en poder atendernos.

—¿Qué tal, chicos? —dice, por fin, soltando la bayeta—. ¿Qué os pongo?

—¡Hola! —Lucas se apoya en la barra y le da dos besos.

Esther también la saluda, pero se queda a mi lado.

—¡Qué bajita es! —Esther me roza la oreja con los labios.

Me río de las cosquillas que me ha hecho y asiento con la cabeza. Aprovecho para rascarme los brazos, que aún me siguen picando, aunque menos que antes. Me acuerdo de que puedo preguntarle a Carla a ver de qué podrían ser los ronchones para descartar a las arañas como principales sospechosas, pero cuando me giro, quien le está comiendo la oreja es Lucas a ella, que parece encantada.

—No creas que hay mucho que hacer por aquí. —Oigo a Carla.

—Quizá podrías enseñarme el pueblo más tarde...

Un burbujeo en el estómago hace que sienta arcadas.

—¡Ay! —grita Esther cogiéndome con fuerza las manos. No entiendo qué le pasa—. ¡Me has clavado las uñas en todo el muslo! ¡Pareces Paz con esas garras!

La miro aún sorprendida ya que ni siquiera me había dado cuenta y ella se frota el muslo para aliviar el dolor.

—Perdóname.

Carraspeo y Lucas se separa: está rojo como un tomate y no me mira a los ojos.

—¿Sabes de qué son estos ronchones que me han salido? Me pican bastante y... —pregunto a Carla.

—Ah no te preocupes, nada nada, eso es por las pulgas de la zona del bosque. Seguro que es de cuando estuviste con los niños. ¿No queréis tomar nada? Invita la casa.

—Gracias, me quedo más tranquila. Creía que era por alguna araña o insecto que tenía en casa.

—No, hay muchas pulgas aquí y salen ronchones como los tuyos. En unos días ya no tendrás nada.

Lucas abre la boca para decirle algo a Carla y yo le interrumpo contestando muy alto:

—Gracias.

—¡Achís! —Estornudo al notar un fuerte olor a tabaco de uno de sus clientes habituales, que ha debido de tirar el cigarrillo justo antes de entrar y está pasando ahora por nuestro lado.

—Uy...ya te estás haciendo al pueblo, ¿eh? —Carla me saca la lengua—. Aquí hay muchas alergias, a ver si además de pulgas va a ser otra cosa... quizá lo mejor sea que vayas a la farmacia para que te pongan la vacuna como hemos hecho todos.

Asiento con la cabeza, intentando zanjar la conversación.

Cambio de idea respecto a lo de desayunar aquí y agarro a Lucas del brazo para sacarlo fuera del bar.

—Vámonos. —Miro a Esther.

—Pero ¿no íbamos a desayunar aquí? ¡Me muero de hambre! —dice Lucas.

—No.

Lo arrastro fuera del bar y Esther nos sigue sorprendida.

—Vamos, es mejor así, podemos ir en tu coche a La Magdalena que está cerca y nos tomamos unas tostadas allí.

Lucas sigue teniendo los mofletes algo rojos y termina accediendo mientras que Esther se ríe a carcajadas sin comentar nada.

A la vuelta, Lucas aparca de nuevo su coche en el espacio libre que hay frente a mi casa mientras termino de revisar en su móvil los peinados que ha hecho estas semanas, ¡son increíbles!

De repente, Esther me empuja y nos caemos las dos de bruces contra el suelo nevado.

—¿Se puede saber qué te pasa, Mencía? —dice Lucas enfadado.

Entonces veo que un tractor acaba de pasar a menos de un metro de mi cuerpo y a Esther con el rostro desencajado. De no ser por ella, me habría atropellado. Una náusea recorre el tracto digestivo y cuando llega a mi garganta no puedo evitar vomitar las tostadas y el zumo del desayuno.

—Perdón, no lo vi venir.

Empieza a cabrearme la irascibilidad de Lucas. ¡Y todo por un despiste! Él entorna los ojos y se aleja del coche.

—Creo que marchó a dar un paseo. —Se va sin esperar respuesta.

—Voy con él, ¿vale? Ahora venimos. —Esther me aprieta el brazo—. Espéranos en casa, no tardamos.

Capítulo 13.

BOCA ARRIBA

Me quedo de pie, inerte, pensando en si ir detrás de ellos o hacerle caso a Esther y esperarles en casa. Estoy confundida con lo que está pasando. Veo que se van y que Esther parece estar intentando hablar con Lucas. Cuando les pierdo de vista, entro en casa para esperarles mientras me hago un chocolate caliente.

Después de casi veinte minutos, dan varios golpes a la puerta principal: me levanto del tresillo, quedándome con la manta que me he puesto sobre los hombros para calentarme y abro. Los dos entran y, sin mediar palabra, se quitan la cazadora y se sientan.

—¿Se puede saber qué os pasa? ¿Tú también, Esther?

—No pasa nada, Mencía, perdona, solo quiero que estés bien —dice Lucas.

Se levanta y me abraza, empujando mi cabeza contra su pecho: está caliente y tiene las pulsaciones aceleradas. ¡Es tan diferente a Roberto! Con Lucas me siento como en casa.

Agarro fuerte su cintura y siento que un calor inexplicable me invade por dentro.

Pero ¿qué estoy haciendo? Es mi amigo, Lucas.

Le suelto con un movimiento brusco y me separo de su lado.

—Es que hemos conocido a una de tus vecinas —contesta Esther.

—¿No será una de esas tres cotorras?

—No, bueno, no creo, es una señora muy mayor, iba vestida de negro con un pañuelo en la cabeza.

—¿La conoces? —pregunta Lucas.

—Ah sí, una anciana con una verruga que vive donde la puerta de madera azul con un cactus en una de las ventanas, ¿no? ¿os referís a ella?

—Sí, ¿has hablado con ella alguna vez? ¿qué te ha dicho? —pregunta Esther.

—La verdad es que no me habla ni nunca me responde cuando la saludo, es más, cuando me ve se mete dentro de su casa. ¿Os ha dicho algo a vosotros? ¡Qué raro!

Los dos se quedan callados, se miran entre sí y yo sigo sin saber lo que pasa.

—Nada, Mencía, nos pareció muy entrañable en su marco azul, pero no nos dijo nada —contesta entonces Lucas.

—Voy al baño. —Noto nerviosa a Esther.

Decido dejar pasar el tema e intentar estar como siempre con ellos para aprovechar el poco tiempo que tenemos juntos. A Lucas se le ocurre echar un vistazo al Pantano, así que cogemos el coche y vamos hasta allí. Nos vendrá bien para despejarnos un poco.

Apenas hemos tomado la carretera cuando una necesidad imperiosa de vomitar surge en el fondo de mi garganta y tengo que pedir a Lucas que pare.

—¿Mucha resaca de ayer, guapa? —Esther sale del coche para acompañarme.

—Sí, perdón —susurro—. No pensaba que tanto, solo un par de copas de vino.

No me apetece que Lucas me oiga, podría avivar el enfado de antes y no tengo ganas de discutir.

Finalmente, no vomito y Esther me aparta el pelo que se me ha pegado a la cara al agacharme hacia el suelo. ¡Es siempre tan cariñosa!

—¿Estás bien, Mencía? —pregunta Lucas cuando entramos de nuevo en el coche.

—Sí, me imagino que con estas curvas me he mareado un poco.

Cuando terminamos de ver el pantano, volvemos a casa y, al día siguiente por la tarde, después de dormir toda la mañana y comer lo que me quedaba por casa, preparan las cosas para irse de vuelta a León.

—Igual solo es una chalada, ¿no ves las pintas que lleva? —le oigo decir a Esther mientras mete su maleta en el coche.

—Es una anciana que vive en la montaña, ¿qué quieres que lleve un abrigo de visón? — responde Lucas.

Salgo de casa con las últimas bolsas e insisten en que no estaban hablando de nada en especial, así que les dejo que se vayan para irme a preparar mis clases.

Esa misma tarde, Roberto se presenta en casa, lo que me hace recordar que aún no tengo su número de teléfono, aunque para la poca cobertura que hay en el pueblo, quizá ni haga falta.

—Ya tenía ganas de volver a verte.

Acaricia mi mejilla con el reverso de su mano: es suave, fría y huele a perfume amaderado. Pienso en Lucas porque tiene las manos igual de sedosas, pero huelen diferente y él jamás se atrevería a tocarme así.

Junto mis piernas contra las suyas y le beso sin contestar. Hasta ese momento, no me había dado cuenta de que yo también tenía ganas de verle. Un calor que me abrasa recorre mi ombligo hasta llegar a mi boca y él decide llevarme a mi habitación.

Salgo corriendo al baño en cuanto me levanto. Vuelvo a vomitar: ya he dejado de contar las veces que ha sucedido últimamente. ¿Qué me está pasando? Porque tanto tiempo, no puede ser que me haya sentado mal alguna comida, ya se me habría quitado. ¿Podría estar embarazada?

—Cariño, ¿estás bien? —pregunta Roberto desde mi habitación, donde hemos estado pasando las noches estas últimas dos semanas.

—¡Sí! ¡Ahora voy!

Aunque aún es pronto, la luz natural que atraviesa las contraventanas es suficiente para ver por dónde piso. De vuelta a la cama, me doy cuenta de que se me ha quitado el sueño y me levanto para preparar las clases. Pienso en ir a ver a Carla después de clase, cuando el bar ya esté abierto, a ver si me despejo la mente: quizá de tanto estar encerrada en casa con Roberto y apenas salir para ir a la puerta de al lado esté haciendo que tenga estos mareos.

Cuando llego al bar ya es por la tarde, y están los pocos clientes de siempre, con el sonido de un partido de fútbol que dejaría sordo a cualquiera. Carla se pone a reír en cuanto me ve atravesar la cortina de la puerta.

—¿Más vómitos?

—¿Por qué lo dices?

—A ver, con la cara que traes, pobrecina mía, o has tenido sesiones muy tórridas con Roberto que no te han dejado dormir o algo te pasa.

—Bueno, un poco de ambas.

Nos reímos: disfruto de la compañía de Carla, es sincera, atenta y siempre está de buen humor.

Me recuerda mucho a Esther y a Lucas, creo que tiene lo mejor de ambos: es divertida como Esther y cariñosa como Lucas.

—Ahora en serio, ¿no estarás embarazada? —Me da el vaso de zumo de naranja que acaba de prepararme. Hace unos días se trajo el exprimidor eléctrico de su casa para hacerme los zumos cada vez que viniera. Sigue sonriente, pero expectante. ¿Debería decirle algo?

—Empiezo a tener el pálpito de que tal vez sea eso, ¿tú qué crees?

—Bueno, bueno, sería una buena noticia, ¿no?

—Sí, pero, no sé, no me lo había planteado, la verdad.

—¡Chica! ¡Qué me tienes seco! —le dice el gordo de la esquina.

—¡Ya va, hombre! ¡Ya va! —Carla me guiña un ojo.

Termino el zumo, le dejo el dinero en el mostrador y voy directa a casa de Roberto: hemos quedado en vernos esta tarde, pero no sé si debería comentarle mis dudas. Antes de nada, quizá lo mejor sería tener un test de embarazo y poder confirmarlo o desmentirlo.

Cuando llego a su casa, espero varios minutos sin que abra la puerta. Vuelvo a llamar dos o tres veces más, porque debería estar aquí: seguramente esté trabajando en la parte de atrás y no me oiga.

Estoy a punto de marcharme de vuelta a casa cuando él abre la puerta, lo justo para verle la mitad del cuerpo.

—¿Hola? —le digo—. ¿Qué haces?

—Nada, no te esperaba tan pronto.

Veo que tiene la puerta del sótano entreabierta, ha debido de subir de ahí y por eso no me ha oído hasta ahora.

—¿Estás trabajando? —le pregunto—. Es que he salido antes.

—No, no estoy con nada, pero me vendría bien que quedásemos más tarde.

—Anda, no seas tonto y déjame entrar que hace fresco fuera.

Empujo la puerta lo bastante como para entrar y él se quita la bata que lleva puesta y me dice que le espere en la habitación. Subo mientras escucho cómo cierra con llave el candado del sótano y recoge lo que haya estado utilizando: es muy metódico y ordenado. Dos minutos después, y sin decir nada, sube, se tumba a mi lado en la cama y me da un beso en el cuello.

Me giro para ponerme boca arriba, cierro los ojos y me toco el vientre metiendo ambas manos entre la ropa: ¿estaré realmente embarazada?

—¿No estarás...?

Roberto empieza a preguntarme, pero yo me adelanto y le corto:

—Creo que...no sé... ¿podría ser?

Me gustaría que él me dijera qué pasó exactamente el primer día que estuvimos juntos: bebí tanto vino, que me bailan todos los recuerdos y no sé si usamos protección o no. Desde entonces, no me he atrevido a preguntarle, pero ¿por qué no? ¡Qué tontería!

—¿Te pusiste condón el primer día que nos acostamos aquí en tu casa?

Él sonríe, está a punto de estallar a reír, no entiendo qué le hace tanta gracia.

—Estaba yo como para pensar en nada, aceitunita.

Me da un beso y un ligero toque con el canto de su mano en la mejilla y se va al baño. Aprovecho para coger mis cosas y marcharme a casa para intentar preparar material para el día siguiente.

Estos días juntos han estado bien: poco a poco me voy acostumbrando a este “nosotros” que estamos empezando a construir. Debería ser más cariñosa, igual que él, pero no me sale, supongo que será cuestión de tiempo o que me estoy volviendo tan fría como el tiempo que hace aquí.

—Rober, ¿nos vemos mañana!

Voy directa a casa, aprovechando el camino para pedirle a Carla que me compre un test de embarazo en la farmacia, por supuesto, no en la de Roberto, y preparo la lección del día siguiente: oratoria.

Los niños, como siempre, puntuales a primera hora de la mañana, comienzan a llegar y cinco minutos antes de la hora ya están todos sentados en silencio esperando a que dé el pistoletazo de salida.

—Hoy nos toca econometría y después oratoria, así que empecemos por la teoría de juegos. ¿Alguien sabe decirme en qué consiste?

Todos levantan la mano como si tuvieran un resorte de metal en el codo. Intento darle la palabra a María, pero un mareo me sacude la cabeza y salgo corriendo para centrar mi boca en el váter y poder así vomitar.

Es la quinta vez desde hace varios días y me siento exhausta; al menos, ya se me han quitado todos los ronchones y no me pica nada. Me gustaría contárselo todo a Lucas y a Esther, pero desde que vinieron a verme hace dos semanas, hemos limitado el contacto: Lucas tiene menos tiempo entre la sustitución y ayudar a su padre con la peluquería y Esther cada vez que la llamo está con su querida amiga Paz. Tampoco me apetece estar hablando tanto con ellos, después de lo raros que los noté cuando estuvieron aquí: es como si no fueran los mismos desde que me fui de León.

Tras unos instantes, parece que me siento mejor y me levanto, aunque todavía estoy mareada. Entonces oigo que entra Carla por la puerta principal y la arrastro del brazo hasta el baño conmigo.

—¿Lo tienes? —le pregunto.

—¿Tú qué crees? —se ríe y saca una pequeña bolsa de plástico del bolsillo de su cazadora—. Ayer cuando salí del bar no fui a buscar una farmacia de guardia de milagro.

La agarro con fuerza y saco lo que hay en el interior: un test de embarazo que ha comprado en una de las farmacias de La Magdalena. Ha debido de estar esperando en la puerta a que abrieran para poder comprarlo y traérmelo a primera hora: está casi más alterada que yo.

—Pero venga, ¡háztelo! —Me zarandea.

—¿Seguro que al jefe no le importa que te ausentes a primera hora? —le digo soltándome.

Me preocupa poder meterla en un lío.

—¡Qué va! Le he dicho que tenía que acompañar a mi nuevo gato al veterinario que lo veía deprimido y me ha dicho que me cubre él —se ríe de nuevo.

—¡Es verdad! Pero, está bien, ¿no? ¿Te dejan tenerlo en la casa que tienes aquí alquilada?

—Sí, sí, como una rosa, no te preocupes. Si no tuvieras alergia, podrías venirte y estar con él un rato...es muy pesado, siempre quiere jugar. Pero ¿qué hacemos hablando de mi gato? ¿¿Quieres hacerte el test?!

La curiosidad me invade, pero prefiero estar sola antes de seguir.

—Vete al bar, ahora te escribo, te lo prometo.

Carla se va soltando una amenaza en caso de que no la escriba.

Los niños están esperando pero, por suerte, se portan tan bien que no tengo que preocuparme de que estén solos tanto tiempo. Me bajo los pantalones y hago pis sobre el palo intentando no mojarme la mano. Cuando termino, lo cierro con el capuchón, me visto y espero sentada en la taza del váter para ver si se me pasa del todo el mareo.

Dos minutos después, empieza a salir la segunda raya. ¡No puede ser! No, no, no, esto no es posible, ¿o sí? No es tan malo, ¿no? ¡Un bebé! La raya se va haciendo más oscura, tanto que es igual que la de control. Es definitivo, estoy embarazada: tengo que decírselo a Roberto.

Llamo al alcalde todavía sentada en la taza y le pido suspender lo que queda de clases hoy por no encontrarme bien:

—¿Le ha pasado algo? —me pregunta—. Ya sabe que en Sendero somos una gran familia, puede contar conmigo para lo que necesite.

—Se lo agradezco, pero no es nada grave. Creo que tengo un virus estomacal.

—Vaya entonces a ver a Roberto, seguro que podrá ayudarla.

Y eso es lo que precisamente contaba con hacer. Vuelvo a entrar en clase mientras los peques están en silencio repasando la lección de econometría que intentamos empezar antes de tener que salir al baño corriendo.

—Niños, no me encuentro del todo bien, así que hoy vamos a terminar antes las clases, ¿de acuerdo?

—¿Adónde va a ir? —Eva tiene cara de pocos amigos.

—A intentar recuperarme para estar en plena forma mañana con vosotros —sonrío.

Evito el más mínimo conflicto con esta niña desde la bronca que me llevé por el bofetón que le di en el bosque.

—Recoged, por favor, vuestras cosinas y mañana por la mañana nos vemos aquí como siempre.

—Está muy segura de que mañana estará bien, ¿no? —Eva insiste, aunque noto un deje de picardía en sus gestos: quizá hayamos hecho las paces sin darme cuenta.

—No os preocupéis ninguno, será cuestión de reposo.

Sonrí a todos y les acompaño fuera antes de cerrar la puerta al salir. Entro en casa para dejar los libros y vuelvo a marchar enseguida a la farmacia de Roberto.

Camino durante algo más de media hora, la mayoría del tiempo atravesando el bosque: como es la una del mediodía, esta zona no da nada de miedo a plena luz, ¡qué decepción! Vivir aquí empieza a resultar bastante más aburrido de lo que esperaba. El frío helador de la nieve también resulta monótono: siento que atraviesa la piel de mis mejillas como si fueran agujas.

Al llegar, percibo la silueta de Roberto a través de la puerta de cristal de la farmacia: lleva su bata blanca y está atendiendo a un señor que me resulta familiar por la cicatriz que tiene en el cráneo. ¿No será...Bruno? No, no puede ser. Agarro mis propias manos con las uñas, que se clavan hasta el fondo de mi piel. ¿Qué haría mi padre también en esta farmacia? ¿Se habrá enterado que es donde trabaja Roberto y ha venido a decirle algo? ¡Capaz es! Me precipito a abrir la puerta.

—Buenos días —saludo para ver la reacción del señor.

Cuando este se gira para contestar, no tiene nada que ver con mi padre: tiene los ojos grandes y negros como el carbón y sus cejas están sobrepobladas.

Me siento a esperar a que termine de atender al señor y cuando se va, Roberto se acerca y me besa.

—¡No te esperaba, aceitunita! ¡Es la primera vez que vienes por aquí!

—Bueno, ya era hora, ¿no?

En realidad, no tengo mucho interés. No suelo pisar muchas farmacias: si hay algo que se me quedó de lo que siempre decía mi padre es que los médicos son unos matasanos.

—¡Qué bien! Ven, te enseño cómo la tengo montada por dentro.

Me coge del brazo y me lleva con él al almacén: tiene una bóveda en el techo por la que entra mucha luz, un taper con una ensalada encima de una enorme mesa casi vacía y un ordenador de última generación en una esquina. ¡También en su trabajo es meticuloso!

—¿Cómo lo ves? ¿No dices nada?

—Sí, me gusta mucho, está todo muy limpio y tienes bastante espacio para trabajar, ¿no?

—Sí, bueno, ahí al fondo tiene mi ayudante todavía unos ficheros sin ordenar sobre los pedidos del mes pasado. —Entorna los ojos—. Entre tú y yo, es un poco desastre.

Me río e intento no dilatar más la conversación que tengo pendiente con él.

—El caso es que he venido porque me he hecho un test de embarazo.

—¿Cómo? ¿Tan rápido? ¿Y no me lo has pedido a mí?

—Sí, bueno, no importa.

—¡No me tengas en ascuas! ¿Qué ha salido?

Capítulo 14.

EN CASA DE GUILLERMO MANERO

—Estoy embarazada. —Aprieto los labios con una sonrisa que abarca la mitad de mi cara.

Se pega a mí y me coge en brazos en medio de la farmacia: por suerte no ha vuelto a entrar nadie. Comienza a besarme con dulzura toda la cara.

—¡No sabes lo feliz que me haces! Ahora mismo llamo a Guillermo, mi amigo ginecólogo, seguro que nos hace un hueco.

—Perfecto, entonces me vuelvo a casa para descansar un poco, que el alcalde me ha dado el día libre por sentirme regular.

Aún me cuesta procesar el resultado del test, tanto que no sé cómo debería sentirme.

—Vale, aceitunita, tú descansa. ¿No te ha traído Carla?

—No, pero me vendrá bien andar, no te preocupes.

—¿Seguro? Por ausentarme cinco minutos no pasa nada.

—Sí, sí, seguro, nos vemos después.

Roberto se acerca de nuevo, me toca la barriga y se acerca a ella:

—¡Hola! ¡Soy tu papi!

Me fuerzo por reírme y le tiro ligeramente del pelo rapado que le sale en el cuello por encima de la bata. Él mueve el hombro intentando apartarme y yo le doy un beso antes de volver a casa.

Por el camino, y justo antes de salir del bosque, vuelvo a ver un zorro: tiene los ojos amarillos y no pestañea. Me da ternura, así que lo llamo para que se acerque como si fuera un perro, pero no me hace ni caso y se va por otro lado.

Saco el móvil del bolso y llamo a Lucas. Nada, no responde, debe de estar dando clase a estas horas porque ya se ha debido de incorporar a la sustitución que le propusieron. Cuelgo después de unos cuantos tonos y selecciono “Esther”, pero ya he perdido cobertura, así que tengo que esperar a llegar a mi habitación para poder comunicarme con ella, pero es lo primero que hago nada más entrar por la puerta:

—¡Qué pasa, Men! —responde contenta.

—Aquí estamos, tenía ganas de oír tu voz.

—Y yo la tuya, llevamos demasiado tiempo sin hablar y ya hace... ¿cuánto? ¿dos semanas que estuvimos ahí?

—Sí, yo he estado liada con las clases y...

—¿Y? Ya sé lo que me vas a decir, “y” con el buenorro de Roberto, ¿no?

Esther se ríe y yo dudo si debería contarle nada sobre mi embarazo.

—Bueno, algo hay sí.

—Estoy muy orgullosa de ti, eh, ha resurgido una nueva Mencía, la vieja jamás se hubiera atrevido a lanzarse así con un tío.

—Brindo por ello —me río—. ¿Qué tal te va en la sustitución? ¿Mejor con el baboso ese?

—Te voy a decir la verdad, pero no te enfades conmigo.

—Vale, vale, no me asustes.

—¿Me lo prometes?

—¡Claro!

—Lo he dejado: no era para mí, sinceramente, prefiero seguir en el bar mientras me sale una sustitución, pero de maestra, que es lo mío, no de administrativa. Era un rollo el papeleo y encima con el tío ese mirándome de arriba abajo cada vez que salía de su despacho.

—Has hecho bien, Esther.

—¿Cómo? ¿Tú recomendándome que tome una decisión arriesgada? Definitivamente, en Sendero de Luna te han cambiado, ya nos lo avisó aquella anciana tan entrañable con una verruga en la barbilla y un pañuelo negro en la cabeza con la que hablamos el otro día.

Se ríe a carcajadas.

—Renovarse o morir, ¡ya sabes! De todas formas, si no haces lo que te apetece ahora, ¿cuándo vas a hacerlo?

—Exactamente eso es lo que yo creo, Men, por fin siento que me entiendes.

Hablamos un rato más sin que se dé cuenta de que a estas horas debería de estar en clase todavía y cuando cuelgo, me quedo en la cama pensando en qué demonios les diría aquella anciana y caigo en la cuenta de que hoy cuando pasé al lado de su casa al volver de la farmacia, no estaba allí, como suele estar y su puerta azul parecía trancada con llave. ¡Qué raro!

Al día siguiente, entramos en casa de Guillermo Manero, su amigo ginecólogo, después de veinte minutos en coche hasta el pueblo de Vega, donde pasa consulta una vez por semana. El lugar es humilde, con paredes blancas revocadas, un paragüero de metal con forma de flores en la entrada y unas cortinas amarillas de puntos que oscurecen aún más los muebles de madera de nogal que pueblan todos los recovecos.

—¡Hombre! ¡Felicidades! —dice Guillermo sin un atisbo de alegría en el rostro. A juzgar por su aspecto, diría que no tiene más de cuarenta años y parece estar en buena forma.

—Gracias por atendernos tan rápido —contesta Roberto.

Tampoco sonrío. Me pregunto si realmente son amigos.

—Encantada de conocerte y gracias de nuevo —le insisto al darle la mano.

Su saludo es firme aunque húmedo. ¡Qué asco! Lleva una bata blanca entreabierto: debajo se entrevé una camisa de finas rayas verdes y blancas con los botones cerrados hasta el cuello y unos vaqueros ajustados.

—No te preocupes, hoy me tocaba pasar consulta en Vega, de todas formas. Pasa y ponte cómoda. Roberto, ¿te importa esperarla aquí? La sala es algo pequeña.

—Creo que podremos hacer un hueco, ¿no te parece? —contesta Roberto.

—Ummm claro, sí, pasad. —Se lame la mano y se la pasa por el cabello para peinarlo hacia atrás.

Comprendo entonces por qué tenía antes la mano mojada, ¡puaj! Es mucho peor que si fuera sudor, como yo me imaginaba.

Cuando entramos, la sala es diáfana: está llena de luz artificial agradable y está decorada con cuadros de flamencos rosas rodeados de estanques verdes rebosantes de flores. Tiene un biombo enorme, aparatos que parecen muy sofisticados y una enorme mesa también de madera de nogal con un portátil y varios folios.

Comienzo a desnudarme de cintura para abajo y me tumbo con las piernas abiertas mientras Roberto espera sentado al lado de la mesa. Entonces oigo la puerta:

—¿Estás lista Mencía? —me dice tras el biombo.

Entra con una curiosa sonrisa y me mueve la cadera para ponerme más para abajo: después de tantos años, sigo sin acostumbrarme a estas camillas, así que dejo que él me guíe. No dejo de pensar en su saliva entre los dedos, espero que, al menos, se haya lavado las manos ahora antes de

entrar. Noto el gel frío entre mis muslos y hago un pequeño movimiento con la pelvis que él percibe.

—Si quieres yo puedo hacerte el seguimiento de todo el embarazo para que no tengas que desplazarte a León.

—Sí, sería genial, gracias.

Siempre y cuando se lave las manos.

El gel está ahora más caliente: el aparato que tengo dentro es suave y él lo utiliza con delicadeza. Siento un dulce cosquilleo y me dejo llevar.

Mantiene el aparato en mi interior y se agacha para ver la enorme pantalla que está en la repisa de su lado: percibo su respiración muy cerca de mí.

—¿Todo bien, Doctor?

Me asomo para intentar ver al bebé, pero no puedo evitar mirarle a él, que otra vez está mojándose la mano que tiene sin guante para peinar unos rabillos de pelo que le caen por la frente.

Roberto debe darse cuenta de mi cara y se levanta de donde estaba sentado para acercarse a mí.

—¡Lláname Guillermo! —me contesta el doctor—. Sí, tranquila, estaba mirando, pero...sí, sí, está todo muy bien por aquí abajo. Veo que está todo estupendamente, tienes a un bebé de tres meses muy sano.

Me enseña entonces la pantalla y vemos un feto en miniatura asomando dentro del útero: me entran escalofríos y un extraño sudor frío recorre mi frente. Es difícil asimilar que ya parezca una persona en miniatura si apenas hace tres semanas que nos acostamos.

—Doctor, ¿está seguro de que estoy de tres meses?

—Sí, claro, ¿por qué?

Evito mirarle por si vuelvo a ver cómo se peina.

—No me cuadran las fechas.

—Pues sí, sí, no hay duda. —No aparta los ojos de la pantalla.

—Mira —le dice a Roberto señalándola también—, aquí está el saco, el bebé mide cincuenta y seis milímetros y lo que veis ahí más estrecho son los brazos; esa es la nariz y, por supuesto, ahí abajo están las piernas.

—Vaya. —Estoy perpleja.

Tengo lágrimas en los ojos que me pugnan por salir.

—No se le ve tan bien como para poder deciros el sexo todavía, pero para la próxima visita ya estará claro.

El doctor saca aquel aparato y me da unos trozos ásperos de papel para limpiarme.

—¿Te ayudo? —me pregunta.

¿A qué? No entiendo bien a qué se refiere, pero prefiero que no me toque con esas manos.

—¿Puedes levantarte sola?

—Ah, sí, sí, gracias.

—Espera, ya lo hago yo. —Roberto tira de mí.

Respiro algo más calmada mientras él se dirige hacia su mesa: veo que deja la cortina entreabierta y Roberto sale a cogerme el bolso.

—Podéis volver en unas semanas para hacer la siguiente revisión. Seguro que Roberto puede encargarse de las muestras para las analíticas mientras tanto.

No contesto, aún estoy algo conmocionada por la ecografía.

—¿Todo bien, cariño? —Roberto pone su brazo por encima de mi hombro izquierdo.

—Sí, vámonos —respondo—. Gracias, doctor, nos pasaremos más adelante entonces.

—Perfecto, ahora que termine el informe os convoco por carta para la siguiente visita, tranquilos.

En el viaje de vuelta escribo a Lucas para contarle la noticia del embarazo: después de los roces que tuvimos durante su visita, la única comunicación que hemos tenido ha sido a través de mensajes. Los veinte minutos se me hacen eternos, ¡qué lentos conducen todos en este pueblo!

—¿En serio no te parece algo extraño que ya esté de tres meses el feto? —pregunto a Roberto.

—Bueno, ya oíste a Guillermo, el tamaño y su desarrollo en general coinciden.

—Ya, pero no sé... ¿y no le viste cómo se peinaba con su saliva? ¡Qué asco!

—Bueno, todos los médicos tienen sus manías, pero este es el mejor y es de confianza, no tienes que preocuparte.

Volvemos a quedarnos en silencio hasta que llegamos a la plaza, donde he insistido en que me deje para poder descansar en mi casa.

Al bajarme, aprovecho para llamar a Esther: me acerco a uno de los muros de la escalera de la iglesia para disfrutar del aire gélido que atraviesa la plaza por los cuatro costados mientras elevo el brazo con el móvil en la mano buscando un punto con algo de cobertura para hablar por teléfono.

—¡No me jodas! —A Esther se le rompe la voz.

—Bueno, digamos que a ambos se nos fue un poco de las manos la primera cita y entre las copas de vino y el ambiente pues...

—¿Me estás diciendo en serio que estás embarazada?

—Sí, ¿no es genial?

Ya me he hecho a la idea y realmente me siento feliz de llevar a mi bebé dentro.

—Claro, claro, solo que no me lo esperaba, como tenías otros planes...

—Sí, pero los planes están para cambiarlos, ¿no crees? —busco su complicidad.

Esther tarda unos segundos en contestar, está rara.

—Sí, sí, solo que no pensaba que estuvieras de acuerdo. Me alegro mucho por ti, de verdad, ¡y voy a ser tía!

Me río al pensar en ella como tal, con todo lo que hemos vivido juntas; más bien sería como otra madre para mi bebé. Oigo entonces una voz de fondo y sé que es Lucas.

—Uff, menos mal que aún tengo nueve meses para hacerme a la idea, ¡vaya noticia! —vuelve a decir.

—No, no, seis meses, me ha dicho hoy el ginecólogo que ya estoy de tres meses.

Esther vuelve a quedarse callada. Pero ¿qué le pasa? Encima sé que Lucas está escuchando nuestra conversación y ni siquiera se acerca para felicitarme por teléfono.

—¿Hola?

—Sí, perdona, Men, ¿ya has ido al ginecólogo? ¿Y no has venido a León para eso?

—No, no ha hecho falta. Roberto tiene un amigo que pasa consulta en un pueblo cercano y me ha hecho hueco esta tarde.

Esther se ríe con tantas ganas que no parece ni respirar.

—Venga ya, Men, en serio, ¿con quién te acostaste antes de ir a Sendero de Luna?

—¿Qué dices?

Ahora sí que no entiendo nada.

—¿No quedaste un día con Sergio, tu ex rollo?

—Sí, pero solo quedamos a tomar algo, nada más —elevo el tono.

—¿Estás segura? A ver si no te acuerdas porque te metieron algo en la bebida...

—¿Por qué estás a la defensiva? —grito intentando que deje el tema.

Elevo el mentón y tomo una profunda respiración. Vuelvo a oír a Lucas de fondo, pero no sé lo que dice.

—No estoy a la defensiva, Men, pero entenderás que me parezca raro que estés de tanto tiempo.

—¿Y Lucas? Sé que está ahí, le estoy oyendo.

—Dice que se alegra mucho por ti, pero que ya hablará contigo, que ahora está buscando a la antigua profesora de Sendero de Luna.

—Ah, no sé para qué, pero vale.

Dejo de morderme los labios en cuanto saboreo mi propia sangre, que ha debido de soltarse junto con un pellejo de piel.

—Ya hablaremos, tengo que irme —le digo.

Decido no preguntarle más a Esther e irme a casa a descansar, ha sido un día largo. Cruzo la plaza, viendo la capa de hielo aún enquistada en el pilón: aún no ha pasado por aquí ningún pastor a romperla hoy.

Un señor está llegando a la plaza por el otro lado, cerca de mi casa. Parece tener los ojos muy juntos y con muchas ojeras. ¿Otra vez? No, no puede ser Bruno, ¡pero se parece mucho!

Me paro un segundo, pero enseguida retomo la marcha para comprobar si es él. Cuanto más me acerco, más real lo veo: ahora también se hacen visibles unas cicatrices en el cráneo que mi padre también tiene.

Sigue aproximándose y yo también, apenas estamos a diez metros el uno del otro: es él, no hay duda. Avanzo para confrontarle hasta que estamos a menos de un metro de distancia y ambos nos paramos:

—¿Se puede saber qué haces aquí? Vete, lo que me faltaba hoy era verte a ti —le contesto dando un paso más hacia casa hasta que él me retiene.

—Por favor, hija, dame solo cinco minutos para poder explicarme.

—Tampoco serviría ya de nada, ¿no?

—Te lo pido por favor, yo no quería hacer lo que hice, sé que estuvo mal, fue un error. — Sigue sujetándome el abrigo con la mano mientras tiro en sentido contrario—. ¡Tienes que perdonarme!

No me gusta su tono agresivo.

—¡Suéltame! —contesto mientras tiro fuerte y consigo despegar su mano de mi abrigo—. Yo no tengo que hacer nada, además ya no me importa ni lo que pasó ni lo que tengas que decir, tengo cosas mejores en las que pensar.

Me dirijo a la puerta, pero Bruno me sigue. ¡Qué pesado!

—Ese tío con el que te estás viendo no es de fiar.

—¿Qué sabrás tú? Bueno, igual sabes algo porque me has estado espiando, ¿no?

—Solo quiero protegerte, ¡soy tu padre!

—¿Igual que protegiste a mamá hace diez años? —suelto una risa sarcástica de forma espontánea—. No me hagas reír.

Saco la llave y le cierro la puerta en las narices. No intento verle por la mirilla, estoy segura de que no tiene nada interesante que aportar.

Se me entrecierran los ojos a pesar de no ser ni siquiera la hora de cenar. El embarazo debe estar dejándome agotada. Me quito el abrigo y los playeros y me tumbo en el tresillo a descansar un poco.

—¡Mamá!

Mi propio grito me despierta varias horas después. Aún sigo tumbada en el salón y me duele la mandíbula de haber estado apretándola en sueños. Aunque todo está oscuro, me concentro sobre el techo e imagino a mi oso rodeado de ovejas blancas y negras: son felices, corretean y saltan por el cuerpo del oso, que duerme plácidamente. Respiro con intensidad recordando lo que mi cerebro acaba de proyectar estando dormida: mamá en el suelo, rodeada de sangre, sus ojos están abiertos pero no se mueven, miran al infinito sin parpadear y yo no dejo de llorar a su lado. Hacía mucho que no soñaba con su muerte.

Capítulo 15.

RUIDO EN EL SÓTANO

—¡No, gracias aceitunita! —me responde Roberto desde la cocina.

Estoy en el salón de su casa: los gatos de las alacenas se han cansado de fijarse en mí y ahora, después de semanas viéndome todos los días, parecen ignorarme. Cojo una sola cuchara y vuelvo a la cocina.

—¿De verdad que no quieres comer nada? —le insisto—. La última compra que hicimos fue hace dos días así que todavía tenemos muchas cosas que como no me ayudes, se nos van a estropear.

—Debo ir al bosque a trabajar un rato y luego marcharme a la farmacia, pero mira —dice abriendo el frigo e inspeccionando las baldas—, me llevo un trozo de chorizo y allí compro ya el pan.

—Bueno, como quieras, pero ya sabes que cuando lo cortas antes, después te queda mucho más reseco.

Roberto me acaricia la espalda con la yema de sus dedos y me entran escalofríos.

—¿Te gusta?

Sí, cada vez que me susurra al oído, su casi inapreciable silbido envuelve la respiración caliente que me roza la oreja y parte del cuello: me giro y le beso.

Las náuseas están remitiendo, así que por las mañanas empiezo a sentirme cómoda de nuevo. Además, Roberto insistió en llevarme ayer al ginecólogo de nuevo y Guillermo me confirmó que todos mis síntomas son normales.

—Nos vemos luego.

Se va y me doy prisa en coger la taza de leche y las tostadas que me ha preparado. ¡Qué hambre tengo últimamente! Ya en el salón, veo por la ventana del fondo cómo se aleja el coche por el camino.

Crac crac

Un curioso ruido parece provenir de la cocina, así que me como una de las tostadas de tres mordiscos rápidos y vuelvo para allá. ¿Me habré dejado el grifo abierto?

Compruebo que no cae agua y que la caldera no es la responsable: me quedo quieta para intentar identificar de dónde viene y, aunque muy leve, creo que es del sótano.

¿Por qué tiene ese candado puesto? Llevo viéndolo desde el primer día que puse un pie en esta casa. ¿Se habrá colado algún zorro? O peor, ¿habrá ratas? ¡Qué asco! No puedo estar aquí quieta con ratas en casa, encima embarazada, ¡podrían pegarme cualquier cosa!

Cojo el cuchillo de las tostadas que está en la encimera, lo limpio con el trapo que está al lado e intento abrir el candado. Tras casi cinco exhaustos minutos, abandono mi misión e intento llamar a Roberto por teléfono para que vuelva, pero me sale apagado.

Me siento en una de las sillas de madera de la cocina y poso el cuchillo de nuevo en la encimera que está al lado. Varios minutos después, vuelvo a acercarme a la puerta y me pego a ella para intentar descifrar el constante ruido.

Me doy la vuelta y me dejo caer despacio mientras la espalda recorre de arriba abajo la puerta. No soporto el olor que desprende aquel lugar, va más allá del serrín y la electricidad,

parece azufre: penetra en mis fosas nasales mientras me da una arcada. Como sigo mareándome, intento separarme.

Oigo entonces el coche de Roberto, pero estoy demasiado mareada para moverme.

—Aceitunita, ¡que me olvidé del chorizo! Lo cojo y marchó corriendo.

Cuando entra en la cocina, me ve ya de pie cerca de la puerta del sótano, con una mano agarrada al candado para intentar no caerme al suelo.

—¿Qué ha pasado?

Corre hacia mí y me sujeta por la cintura: vamos juntos hasta la silla donde me sienta y me sujeta la cara con ambas manos.

—¿Estás bien, Mencía?

Estoy demasiado mareada para contestar.

—¡Mírame!

—Sí—consigo decir.

Trae un vaso de agua y me ayudo de las dos manos para poder cogerlo y beberlo casi entero. ¡Mucho mejor ahora!

—Pensaba que había ratas o algo así en el sótano y me acerqué.

Roberto cambia su expresión y se separa de mí. Se gira y mira la puerta con el candado.

¿Podría ser? —le pregunto—. Llega un olor muy extraño de ahí. ¡Tenemos que bajar!

—¡No!

Se levanta serio y me alza de golpe.

—Lo mejor será que te lleve a tu casa a descansar, el embarazo te está afectando demasiado.

—Hace una semana que apagué la calefacción porque nunca duermo allí, no sé cómo estará.

—La enciendes cuando llegues y te metes en la cama a descansar mientras se calienta la casa, no te pasará nada.

Cuando entro en casa está congelada, dejo mi abrigo azul sobre el tresillo y estiro los dedos de los pies al descalzarme. En silencio, intento percibir posibles ruidos extraños como de ratas correteando por algún falso techo, pero no oigo nada. ¡Menos mal!

Corro hacia la habitación y me meto de un salto en la cama, tapándome con todas las capas que puedo de mantas y colcha para no pasar frío, aunque ya tengo los pies helados.

Toc Toc

¡Genial! Cuando pienso que me estoy durmiendo, llaman a la puerta. No puede ser Roberto, ¿no? ¿habrá cambiado de idea y quiere llevarme de vuelta a su casa? Me levanto y corro de nuevo hasta el salón para calzarme.

—¡Ya va!

¡Es como si debajo de mis pies hubiera placas de hielo! Me pongo también el abrigo y voy a abrir la puerta.

—¡Tíaaa!

Esther aparece detrás de la puerta con un enorme peluche entre las manos, que suelta encima de sus zapatos para abrazarme con tanta fuerza que mis costillas se encogen y a mis pulmones les cuesta atrapar un poco de oxígeno para respirar.

—¿Qué haces aquí, si aún es mediodía? —Miro el reloj de la pared del hall— ¿Y esto? —pregunto señalando el peluche.

¡Menos mal que ni siquiera me había cambiado de ropa y puesto el pijama!

—¿Que qué hago aquí? ¡Qué hacemos! —me suelta y deja espacio en el hueco de la puerta para que pueda ver lo que esconde detrás.

Lucas está fuera sacando del coche una maleta rosa con una pegatina de un tigre, que no reconozco. Esther sigue sonriéndome con efusividad y saludando con la mano del peluche.

—Bueno, ¿no nos vas a dejar entrar o qué? —pregunta Esther todavía en el umbral.

—¡Sí! ¡Claro! —Le devuelvo el abrazo—. ¡Gracias! ¡Vaya sorpresa!

Esther entra quitando la nieve de los pies del peluche y yo salgo hacia el coche para ayudar a Lucas con la maleta y varias bolsas que trae: parece que aún me había dejado cosinas en León, porque se transparentan y veo alguna camiseta que me resulta familiar. Menos mal, porque ya me aprieta todo y los pantalones empiezan a molestarme cuando me siento: necesito mi ropa más ancha y elástica para poder usarla estos meses de embarazo.

Entonces, como salida de la nada, aparece Paz, la amiga de Esther, detrás del coche. ¿Qué hacía ahí agachada?

—Uff, ¡no me aguantaba ya! —se ríe y se aparta de las mejillas las pequeñas hélices que conforman una gran mata de pelo negra y voluminosa que le cubren toda la cabeza.

Entonces me doy cuenta de que viene de hacer pis en la finca de enfrente, que está sin edificar, ¡en medio de la plaza del pueblo! ¡Qué poco respeto! Miro hacia los lados esperando no ver a ninguna de las cotorras merodeando, porque sería lo que me faltaba ya.

—¡Lucas! —Voy directa hacia él, pego mi frente contra la suya y meto mis manos en los bolsillos de su cazadora.

Al principio duda, pero luego me arroja entre sus brazos y nos quedamos en esa posición durante casi un minuto hasta que una desagradable voz nos interrumpe:

—¡Esto parece el polo norte, tíos! Creo que hasta se me va a alisar el pelo —dice Paz a gritos intentando empujar hacia abajo la diminuta chaqueta que apenas le tapa los riñones.

Su culo es tan gordo como el de un jabalí y lleva una ropa tan apretada que parece que le va a reventar en cualquier momento.

Me giro con los ojos como un búho buscando algún rostro detrás de las cortinas en las casas aledañas. En Sendero, hasta el viento tiene los oídos finos y con esta barriobajera aquí dando gritos, no quiero ni imaginarme qué dirán las tres señoras cuando la vean.

Dos casas más allá, al otro lado de la plaza, está la finca de Carmen, la cotorra que siempre lleva un palillo en la boca: tiene las cortinas corridas y está mirando con descaro hacia aquí, ¡mierda!

Entonces Paz se acerca y le correspondo a sus dos besos. Espero que Esther tenga una buena razón para haberla traído a mi casa, ¡y sin avisar!

—Me sorprende que hayas venido, Paz, con lo poco que te gusta el frío; además aquí no hay gimnasio.

—Seguro que aquí una se calienta de otras formas, ¿a que sí? —Me guiña un ojo y sé que quiere hacerme rabiar.

Encima Esther le ha debido de contar lo de Roberto, ¡lo que me faltaba! Es que ahora es del grupo, ¿o qué? Menos mal que Lucas no parece hacerle mucho caso.

—Vamos dentro. —Cojo una de las bolsas de la mano de Lucas—. ¡Y gracias por traerme más cosas!

—¡A ver esa barriguinaaa! —Esther se acerca desde la puerta de casa.

Intenta tocarme pero con el abrigo es difícil, así que cuando entramos me lo quito y dejo que me acaricie el pequeño bulto que ya se percibe, sobre todo al tacto. Se agacha poniendo la oreja en mi vientre:

—¡Hola, garbancito! ¡Soy tu tía Esther!

No creo que pueda oírla, pero no le digo nada porque parece sentirse conmovida por mi

embarazo.

Lucas y Paz se quitan también sus abrigos y dejamos el equipaje en el hall.

—Venga, pasad.

Les hago un gesto para que entren en el salón y se acomoden en el tresillo mientras yo me instalo en una de las sillas de la mesa.

—Enhorabuena, Mencía, ¿estás contenta? ¿Es lo que quieres? —Lucas tiene la voz ronca.

Carraspea y se ajusta el cuello de su jersey.

—Sí, ha sido una sorpresa pero la mejor que podía tener, ¿no creéis?

—En realidad...

Lucas quiere seguir la conversación, pero Esther le da un fuerte codazo. Por lo que veo, siguen tan raros como la última vez que estuvieron de visita.

—Hemos venido a darte la enhorabuena y a conocer a tu churri, ¿no? —dice Esther.

Estaba segura de que ella querría echarle un ojo cuanto antes, ¡qué cotilla es!

—¿Y tú, Paz? ¿Cómo es que has venido con ellos? —le pregunto.

—Le he pedido que venga —contesta Esther apresurada—: he pensado que cuantos más, mejor, y ya sabes que Paz es el alma de las fiestas.

Aquí hay algo que no me encaja, ¿no sale ya a todas horas con ella en León? No hacía falta traerla también aquí.

—¿Ya tenéis nombre para...? —pregunta Paz señalando mi barriga.

—El bebé. No, no lo hemos hablado todavía.

—Es muy pronto para eso —contesta Lucas.

—Bueno, bueno, que ya está de... ¿tres meses y medio más o menos, Men? —dice Esther.

Después de no creerse que el bebé pudiera ser de Roberto, ahora me defiende: no hay quien la entienda.

—Sí, bueno, más bien diría de casi cinco —respondo.

Empiezo a sentir que mis huesos, por fin, entran en calor y una sensación de hormigueo recorre mi médula espinal. ¡Por fin la calefacción surte efecto!

—Pero ¿no estabas de tres meses hace una semana? —me pregunta Lucas—. Porque me estoy perdiendo.

—Sí, eso dijo el ginecólogo la semana pasada, y ayer que volvimos a ir me confirmó que estoy de cinco ya, ¡mirad!

Me levanto de un salto, abro uno de los cajones del armario de madera que hay de camino a la cocina y saco el papel con las dos fotografías de la eco que nos dio Guillermo Manero ayer.

Esther la coge con brusquedad.

—¡Cuidado! —le digo.

—Sí, ya veo, de ayer a las 17:47 y pone que estás de veinte semanas.

Arruga la frente y eleva la parte derecha del labio superior.

—Trae. —Lucas le quita el papel de las manos.

Mueve la cabeza a ambos lados casi inapreciablemente y desvía la mirada hacia un lado después de echarle un vistazo.

—Esto ya es broma, ¿no? —dice Esther.

—Cálmate —le dice Lucas—. Tendremos que conocer a Roberto, ¿no?

—Sí, claro, le avisaré, a ver si puede pasarse un rato esta noche y así le conocéis: os encantará.

En circunstancias normales, sé que habría sido así, pero ahora con lo paranoicos que están, ya no sé qué esperar de ellos... ¡hasta con la ecografía se han puesto raros!

Los muslos de Paz rozan los de Esther: el tresillo no es muy grande, pero se pega mucho más a ella que a Lucas. El calor sigue subiendo, y aunque todos están más abrigados que yo, me quito el jersey y me quedo con una camiseta fina de manga larga y cuello alto.

—¿Entonces qué os apetece hacer? —pregunto—. ¿Nos tomamos algo en el bar?

—Sí, por favor. —Paz saca la lengua.

—Lo siento, como casi siempre estoy en casa de Roberto, aquí no tengo ni cerveza ni vino ni apenas nada para comer. —Miro a Esther y a Lucas.

—No te preocupes, para eso está el bar —dice él—, además ya comimos un bocata por el camino, así que no tenemos hambre, nos esperaremos a la merienda.

¿Estará esperando ver a Carla allí? Un fuerte golpe en el pecho me sacude y parece que se me ha cerrado el estómago.

Todos se abrigan de nuevo para marchar y yo les sigo. Al salir de casa, en medio de la plaza, nos cruzamos con las cotorras.

—¡Hay que ver qué guapa estás, hija! —Remedios se peina hacia atrás su pelo blanco con ambas manos.

—¿Qué vais, al bar? —Asunción se cuelga el bolso del hombro, que parece que se le cae todo el rato.

—Sí —contesto.

—Muy bien, que ahora tienes que alimentarte por dos. —Carmen se quita el palillo de la boca.

Mientras me despido de ellas, veo por el rabillo del ojo que Lucas se ha adelantado y ya ha girado la calle para entrar en el bar; Esther y Paz van cuchicheando casi a mi lado.

—¿No avisas a Roberto para que nos veamos? Creo que al final tendremos que irnos esta noche, la madre de Paz ha adelantado su viaje y llega mañana temprano.

Unos pinchazos agudos en la cabeza me recuerdan que tengo que estar tranquila durante mi embarazo.

—Sí, Esther, quería organizar una cena, voy a escribirle a ver qué me dice: los guisos le salen para chuparte los dedos.

—Ummmm. —Me hace cosquillas en el cuello.

—¡Para, malpensada!

Nos reímos y vuelvo a notar nuestra conexión de siempre.

—Tía —nos corta Paz—, mira qué panda...

Cuando oigo decir eso a Paz, me giro y me doy cuenta de que se refiere al ambiente de señores mayores que hay en el bar: a través del cristal se aprecia un aire decadente al que esta chica no debe estar acostumbrada.

—¿Entramos? —le pregunto a Esther.

Ella abre la puerta y nos cede el paso a ambas.

No veo a Lucas por ningún lado: ¿estará con...? No, Carla está atendiendo detrás de la barra.

—¡Guapa! Ahora en cuanto pueda voy con vosotros —me dice ella elevando las cejas y con una sonrisa brillante.

Cojo el móvil y escribo a Roberto:

Cariño, Esther y Lucas han venido por sorpresa y les encantaría conocerte, ¿te parece si quedamos para cenar pronto todos en tu casa? Luego se tendrán que marchar otra vez.

Levanto la vista después de guardar el móvil y veo que Lucas sale del baño. Esther y Paz ya se

han sentado en una de las mesas cuadradas que conforman una larga hilera hasta el fondo, donde la televisión está retransmitiendo un partido de fútbol, para variar. Ellas siguen musitando y riendo, incluso cuando me siento enfrente de ellas.

—¿Qué pasa? ¿Algún secreto inconfesable? —No hago el esfuerzo de sonreír.

—¡No seas tonta, Men! —responde Esther.

—Este sitio está bastante muerto, ¿eh? —añade Paz masticando chicle con la boca abierta: ya tiene algo en común con Carla, ¡estupendo! Solo falta que ahora también se lleve bien con ella.

—No más que tu peluquero.

—¡Men! —Esther me reprocha el comentario que visiblemente ha ofendido a Paz, que viste una cara larga y una mueca tan desagradable como ella.

En ese momento, llega Lucas y se sienta a mi lado, frente a la ventana.

—¿Te acuerdas de nuestras tardes en El Patio tomándonos un zumo y observando a todo el mundo desde la cristalera? —me dice en bajito cogiéndome de la cintura y dándome un pellizco.

—Sí, claro, ¡cómo olvidarlas!

—¿Y ahora quiénes son los que cuchichean? —Nos lanza Paz de nuevo casi a gritos y apartando los alborotados rizos de su cara.

Sigo sin entender por qué está aquí. Esther nunca hubiera hecho algo así antes, pero me voy de León a hacer una sustitución y ya es ella la que me sustituye por otra.

Lucas también ha puesto una extraña mueca: estoy segura de que tampoco quería que ella viniera.

Decido que lo mejor es omitir su comentario, menos mal que llega Carla y me salva:

—Buenas... ¡hoy vienes rodeada de muy buena compañía, Mencía! —dice al servirnos las bebidas: dos zumos de naranja para Lucas y para mí y dos cortos^[4] para ellas.

—Ya pedí antes de que entraseis y tu amiga Carla me dijo que se trajo el exprimidor de casa para tus zumos —me sonrío Lucas—. ¡Cómo te cuida!

Carla posa su mano sobre el hombro de Lucas y le aprieta en varios toques a la vez que le guiña el ojo.

¿Qué demonios quiere ahora Carla con este? O peor, él con ella... No entiendo por qué ha tenido ni que adelantarse ni que pedir él por todos.

—Men, ¿qué te ha dicho Roberto? ¿Al final quedamos esta noche?

—Aún no me ha contestado, Esther, es que aparte de la farmacia es el responsable del bosque, ya sabes, así que siempre está bastante ocupado. ¿A qué hora os vais?

—Supongo que para llegar a León después de cenar, ¿no, Lucas?

—Sí, más o menos. Escucha, ¿no quieres venirte unos días a León con nosotros? Nos haría mucha ilusión, de verdad...

—Sí, Men, ¡así ves a Marrusco! No veas cómo te echa de menos: en cuanto me descuido, se va a tu cama a dormir. —Esther alarga el brazo y me coge la mano—. Y mi madre conoce a la mejor ginecóloga de León, seguro que nos puede hacer un hueco.

Antes de poder contestar, veo a Roberto fuera con su mono azul de trabajo, gorro gris y las botas llenas de barro, camina decidido a algún sitio.

Capítulo 16.

VEN CON NOSOTROS

—Un momento. —Salgo a toda prisa del bar para interpelar a Roberto.

—¡Roberto! ¡Espera!

—Aceitunita, ¿qué haces aquí? ¿No estabas descansando?

—No te ha llegado mi mensaje, por lo que veo, ¡Lucas y Esther están aquí!

—Estaba detrás de casa recogiendo un poco el leñar y lo que tengo debajo de la lona azul, que estaba hecho un desastre. —Se acerca a mi barriga—. ¿Cómo está mi pequeñín?

Conociendo lo ordenado que es Roberto, seguro que lo tenía todo ya más que recogido.

—Bien, ven, que me estoy congelando sin el abrigo, ¡así les conoces!

Roberto me sigue sin poner resistencia: cuando me giro, están los tres observándonos descaradamente a través del cristal.

—Ha venido una amiga de Esther también, ya la ves —le digo—. Oye, te había preguntado si te parece bien que cenemos todos en tu casa hoy: es que luego se tienen que ir.

—¡El famoso Roberto! —dice Lucas acercándose a la puerta con un tono más elevado de lo normal cuando nos aproximamos—. ¿Qué tal?

Entramos y cuando terminan las presentaciones, le acerco una silla y un silencio posa sus garras a nuestro alrededor.

—¡Enhorabuena, por cierto! —suelta entonces Esther—. ¿Ya tenéis nombre? Men no suelta prenda.

—No, no creemos que eso sea lo importante, ¿verdad cariño?

Noto que mis mejillas están tan encendidas que se me podría ver a distancia como un faro gallego. Roberto apoya su brazo sobre mi hombro y mantiene una sonrisa tensa.

—No, pero en cuanto lo sepamos, os lo diremos —sonríe y Esther desdibuja la suya de su cara: ¿qué le pasa?

—Mencía nos ha comentado que la vio un amigo tuyo que es ginecólogo, ¿vais a hacer con él todas las revisiones? —le pregunta Lucas.

Esto empieza a parecerse a un interrogatorio. Si lo sé, no le pido que entre conmigo al bar.

—¡Carla! Ponle una cerveza a Roberto, por favor —le digo casi a gritos a pesar de estar solo a dos mesas de nosotros.

—Sí, le hará el seguimiento, ¿hay algún problema? —Roberto ya no tiene ningún tipo de sonrisa en la cara.

—No, no, ninguno, es por saber si Mencía va a ir de excursión algún día a León para poder verla —dice Esther—. Me gustaría ir de compras con ella a comprar zapatos, ya sabes.

Guiña un ojo a Roberto y sé que le está retando por la caja de zapatos con sus fotografías que encontré en mi habitación.

—¡Esther!

—Tranquila, cariño, estás lejos, es normal que se preocupen por ti... —contesta Roberto.

—Claro, si solo intentamos conocer al futuro padre de tu hijo, se le ve que es muy majo, ¿no? —dice Lucas mirando a Esther y a Paz. Ellas asienten—. Y seguro que nos puedes decir algo más sobre la vacante de este año en la escuela, ¿no? Quizá sabes si pronto habrá alguna más.

—¡Lucas!

—La verdad es que no, no me encargo de esos asuntos, quizá deberías preguntarle al alcalde, aunque Mencía también tendrá que cogerse la baja cuando sea madre. —Roberto se levanta.

—Es que Esther me estaba comentando de una buena ginecóloga que conoce y a la que podría llevarme —le explico—. ¿Verdad, Esther?

—Sí, si nos fuésemos hoy, podrías estar de vuelta en un par de días —responde—, o, incluso, irnos el finde que viene.

—Tendrías que hablar con el alcalde, y creo que ahora mismo no es posible, y los fines de semana también están complicados —le dice Roberto a Esther—. ¿Verdad que sí, amor? —Me aprieta el hombro con su cuerpo.

—Sí, sí, ya les comenté que ahora con el embarazo es complicado moverme de Sendero.

—Aquí tienes. —Carla le pone la cerveza a Roberto.

Igual que con Lucas, le acaricia el hombro. No entiendo qué quiere mostrar con ese gesto, pero no me gusta nada.

Roberto le sonrío y se bebe media cerveza de un trago.

—Si me disculpáis, tengo que seguir con el trabajo —dice—. Me temo que tendremos que posponer esa cena de la que me ha hablado Mencía para vuestra próxima visita: con tanta nevada este invierno tengo mucho jaleo en el bosque.

Me da un beso en la mejilla y se va.

No he probado el zumo, pero definitivamente, se me han quitado las ganas de todo: ¿de qué van? Mis ojos atraviesan la garganta de Lucas, que tiene ahora dificultad para tragar. Me levanto, cojo mi abrigo y marchó.

—¡Espera, Men, por favor!

Oigo gritar a Lucas y a Esther, pero ya estoy saliendo por la puerta:

—No te enfades, ¡tan solo nos preocupamos por ti! —dice él.

Esther sale a toda prisa detrás suya. Creo que Paz se ha quedado dentro con Carla: quizá esté pagando, si no ya lo haré yo mañana.

—¿Preocupados? ¡No dejáis de atacarnos! Debería daros vergüenza y encima Roberto defendiéndoos.

—Solo hemos dicho que no nos cuadran algunas cosas y...

Hago un gesto para que Lucas se calle. Esther me mira sin pronunciarse.

—¡No sé qué os pasa a todos con Roberto! ¡Habláis como mi padre!

Siguen andando rápido detrás de mí, Esther agarrada a Lucas para no resbalar con la nieve.

—¿Cómo? —Esther parece sorprendida—. Te estás pasando un poco, Men, ¿no crees? No nos compares con ese monstruo.

—No, pero él me ha dicho exactamente lo mismo que me estáis diciendo vosotros, ¡y no sé que tiene Roberto que sea tan grave!

—¿Has hablado con tu padre? —Se lleva las manos a la cabeza.

—¿Tú también, Lucas? —Entorno los ojos.

—¡Es que no entiendo por qué te pones así! ¿Y ahora resulta que has visto a tu padre y estás como si nada? —contesta él.

—Como si nada no, ¡ya te he dicho que me molestó lo que me dijo!

—¡Pero si antes simplemente con mencionar su nombre te ponías a temblar! —interviene Esther—. Y cuando te llamó te desmayaste, ¿es que ya no te acuerdas? Porque no fue hace tanto...

—A nosotros nos lo puedes contar, ¿seguro que no has tenido ningún ataque de pánico? —insiste Lucas—. ¿No has tenido que recurrir a la visión que fijaste con la psicóloga del oso con

las ovejas?

—Pues no, ¿por qué dices eso? Últimamente estoy estupendamente, ¡mejor que nunca! Así que será que estar rodeada de naturaleza me está sentando bien, ¿no?

Lucas sonrío cínicamente, tiene los ojos encendidos y la mandíbula tensa. Esther, como siempre, intenta mantenerse más al margen, pero ya ha dejado claro que le apoya.

—Lo que no es normal, Men, es que haya sido un gran drama toda tu vida el tema de tu padre, que incluso para evitar verle vinieras hasta Sendero de Luna de noche tu sola sin decirnos nada y ahora nos digas tan tranquila que has hablado con él de tu nuevo novio, ¿no? —Esther pretende hablar con un tono neutro.

Los dos intentan sin éxito sujetarme para que pare.

Cuando llegamos a la entrada de casa, me siguen y dejan la puerta abierta: cuando vuelvo de la cocina de coger un vaso de agua, entra Paz y la cierra. ¿Qué pintará esta aquí?

Me acerco quedándome a menos de cinco centímetros de Esther, cara a cara: tiene los labios cerrados como si hubiese dicho todo lo que tenía que decir, sus mejillas están pálidas y su aliento frío, que siento en mi rostro, hace que quiera temblar. Abre la boca para hablar y yo aprovecho el momento para besarla en sus finos labios. Están suaves y la sensación que me provoca es dulce: un calor inexplicable recorre mi cerebro y se desliza hacia el resto del cuerpo con un ligero cosquilleo. Cuando me separo y abro los ojos, veo a Lucas con el rostro desencajado y Esther se gira de inmediato hacia Paz, que está boquiabierta: no la soporto ni cuando está callada.

—¿Qué? —les pregunto—, ¿no decís que ya no soy la misma? A lo mejor es que, precisamente, estaba cansada de no ser yo misma.

Todos permanecen en silencio.

—Creo que ha sido un día difícil —agrego—, tenéis comida en el frigo si tenéis hambre, coged lo que queráis, a mí me gustaría descansar.

Lucas se acerca apresurado, me pega la mano junto a las suyas y la acaricia con los dedos haciendo círculos pequeños.

—Pero Mencía, no te enfades, por favor —me pide—, sabes que te necesito.

Me abraza y siento su olor natural penetrar en mis fosas nasales: es agradable y su suave piel contra la mía hace que note un cosquilleo en el cerebro. ¡Pero se ha pasado de la raya!

—A partir de ahora —insisto—, prometedme que vais a intentar ser más amables con Roberto.

Los dos me lo prometen y el resto de la velada transcurre sin incidencias: no hay broncas, todo parece ser como antes y hasta Paz parece más agradable que de costumbre, será porque sigue callada.

Dos horas más tarde, se preparan para marchar:

—Mencía. —Lucas está fuera de casa con su coche ya en marcha —tú no te das cuenta, pero desde que has venido aquí estás muy rara.

Me coge con delicadeza por los hombros y Esther se acerca. Paz ya se ha metido en el coche sin despedirse.

—¿Otra vez, chicos? —les digo cabizbaja.

—Por favor, Men, no te enfades con nosotros, es que estamos muy preocupados y si te lo decimos es porque te queremos —responde Esther que ahora está pegada a nosotros.

—¡Claro! Prométenos que, al menos, te pensarás lo del finde que viene. Solo te pedimos una visita a León —insiste Lucas—, yo vengo a buscarte cuando tú me digas.

—¡Además así ves a Marrus! —Esther se muerde el labio.

—Vale, venga, que ya es muy de noche y vais a llegar tarde —les digo para que no insistan más.

Los dos me dan un abrazo conjunto y me besan en la mejilla: su calor vuelve a cubrirme el cuerpo y siento una sacudida agradable desde la nuca hasta mis muslos. Ojalá sintiera la misma conexión cuando en vez de besarnos, hablamos. Cada vez me siento más incomprendida cuando estamos juntos.

Al minuto se van y yo estoy deseando volver a ver a Roberto.

Una semana más tarde, llego a clase y cuando me quito el abrigo, me impresiono al ver a todos los niños, incluida Eva, venir corriendo hacia mí para abrazarme y acariciarme con cuidado la barriga, que ya empieza a notarse después de cinco meses, ¡se me está pasando el tiempo volando!

—Señorita Mencía —me dice María—, ¿vamos a poder coger a su bebé cuando nazca?

—Claro que sí, os lo presentaré a todos y podréis verle.

No quiero decirles que no, porque es la primera vez que les veo tan ilusionados por algo, pero solo podrán verlo y acariciarlo: cogerlo mejor cuando haya crecido un poco y no sea tan vulnerable a una posible caída.

—Será un honor. —Eva tiene la mirada brillante.

—Hablando de honor, esta noche es la fiesta de cumpleaños del alcalde, ¡no puede faltar! —dice María de nuevo.

Todos los niños se separan y van a sentarse en silencio: sonríen y sé que están esperando una respuesta.

—No os preocupéis, será un honor para Roberto y para mí asistir a su fiesta.

Entonces comienzan a aplaudir coordinados hasta que les pido silencio y comenzamos la clase de bioquímica física, en concreto el ciclo de Krebs, que han insistido en que me prepare.

Al salir de clase, recojo y voy directa a casa de Roberto, porque hemos quedado en salir desde allí para la fiesta del alcalde esta noche. Duermo la siesta mientras él aprovecha y va al bosque a trabajar varias horas.

—Aceitunita, ¡ya estoy aquí! —grita desde abajo cuando llega.

—¡Sube, cariño!

Me acabo de probar uno de los vestidos que me trajo Lucas después de llegar aquí.

—Vaya, ¡estás guapísima!

Se acerca a mí por la espalda y me besa el cuello al rodearme con sus brazos: me siento realmente en casa, algo que creía que jamás me volvería a pasar después de estar con Lucas y Esther.

—¿Te gusta? Creo que me lo pondré para la fiesta de esta noche.

Roberto se separa y va al baño.

—¿Estás segura de que es apropiado? —me dice desde lejos.

—Claro, ¿no? ¿Por que no iba a serlo?

—Como quieras, yo lo digo porque habrá niños.

¡Y Carla también! Seguro que va guapísima y yo no quiero ser menos.

—No sé...no pensaba que fuera tan indiscreto, la verdad... —observo el pequeño escote que tiene.

Tengo el vestido pegado a mi cuerpo y me estoy mirando en el espejo de la habitación mientras acaricio la barriga, que está cada vez más grande, y que ahora se marca a través de la tela roja.

No lo he usado desde la fiesta de graduación, pero como es muy elástico, es el único elegante que todavía me vale, así que decido dejármelo puesto para la ocasión.

Noto su mirada posarse sobre el vestido desde el baño, pero no me dice nada, así que termino de ajustármelo y entro en el baño con él para maquillarme un poco mientras él sale ya con una

chaqueta de vestir puesta.

Cojo el móvil, me hago una foto sexy y se la envío a Esther:

¿Te gusta?

Roberto dice que es demasiado provocativo jaja hombres...

Para una fiesta de cumpleaños está bien, ¿no?

—¡Vamos Mencía! ¡No podemos llegar tarde que ya estará allí todo el mundo! —me grita desde abajo.

—¡Voy!

Termino de pintarme la raya negra del ojo y salgo deprisa. Cojo el bolso que tengo encima de la cama y bajo.

Roberto ya no está. Oigo entonces el ruido del motor del coche: lo acaba de encender.

La explanada de la zona infantil del pueblo ha sido el lugar elegido y aunque está muy cerca de aquí, Roberto no quiere que pase frío estando embarazada.

—No quieres dar un paseo, ¿no? —Intento que cambie de idea: me viene bien caminar y cada vez mi cuerpo está más adaptado a la sensación térmica de Sendero.

—Será mejor ir en coche, cariño.

Nos metemos dentro y nos dirigimos a la puerta de entrada por el bosque, pero, apenas veinte segundos después de haber iniciado la marcha, para en seco y el golpe me lastima el pecho.

—¡¿Qué haces?!

—Tranquilízate, querida. —Me pone la mano sobre la barriga—. No le pasará nada.

No respondo y miro por mi ventanilla.

De repente, abre la puerta y se baja del vehículo.

—¿Adonde vas?

No me contesta y ya le estoy perdiendo de vista. La oscuridad y la niebla lo han cubierto todo. Imposible ver lo que hay a más de un metro de distancia. Un instante después, percibo sombras: son tres pequeños zorros.

¿Qué harán aquí? Se quedan en mitad del camino, fijando su ojos de un amarillo intenso en los míos. ¡Qué raro! Juraría que estos animales no tienen ese color de ojos tan brillante.

¿¡Dónde demonios estará Roberto?! Me ha dicho que llegábamos tarde y ahora resulta que desaparece. En cuanto me descuido, pierdo de vista a los zorros.

Busco dentro del coche algo con lo que entretenerme: un rollo de papel higiénico manchado de negro, un paquete de chicles caducado, cds sin nombre, ...poco más; así que saco el móvil del bolsillo del abrigo que aún llevo puesto.

Reviso los últimos mensajes que tengo con Esther antes del que le envié sobre mi vestido y al cual no me ha respondido todavía:

ESTHER: ¿Te he conseguido cita con Marta Delgado! La amiga de mi madre que es gine.

YO: ¿¡Qué!?

Habíamos quedado en que me lo pensaría, ¡vaya presión!

ESTHER: Siii, pero me ha dicho que te puede hacer hueco este viernes por la tarde. ¡Así no pierdes clase!

¡Si es que ya tengo ginecólogo y es de confianza! ¡Qué manía tienen con fiscalizarme últimamente! Me rasco las pantorrillas por debajo del vestido y reclino el asiento ligeramente hacia atrás para acomodarme mientras sigo leyendo.

YO: Es que no sé si voy a poder, ¡ya te dije que no era seguro!

ESTHER: Lucas puede ir a buscarte.

¡Y dale perico al torno! Resoplo y recuerdo que fue entonces cuando decidí zanjar la conversación porque no nos estaba llevando a ningún lado.

YO: Ya, bueno, hablo con Roberto y si puedo, te aviso.

Ya han pasado unos cuantos días y no hemos vuelto a hablar. No sé si se habrá enfadado por no haber ido, pero es que no se les mete en la cabeza que yo ya tengo al doctor Manero, el amigo de Roberto, que es de confianza, para que me haga las revisiones que necesito. Y es que estoy muy bien aquí, ¿para qué ir a León cuando ellos pueden venir? Arg, ¡son más tercos que un arao!

Roberto aún no ha vuelto al coche, así que reviso también la última conversación con Lucas, que fue dos horas después de la de Esther:

LUCAS: ¿De verdad que te lo has pensado? Sabes que voy encantado a buscarte...

YO: Sí, y yo de verdad te digo que no puedo.

Además, tenemos planes Roberto y yo. Ya nos vemos más adelante.

LUCAS: Si cambias de idea, por favor, recuerda que estoy aquí.

YO: Ok...

Tampoco hemos hablado por teléfono desde entonces, y no me apetece escribirle: cada vez que lo hago, me presiona y es lo último que necesito estando embarazada.

Suspiro para relajarme, me doy friegas en la barriga y guardo el móvil de nuevo. Entonces percibo otra sombra acercándose a través de la niebla: ¡espero que sea Roberto esta vez!

Capítulo 17.

EN LA ORILLA DEL PANTANO

Cuando llega al punto de luz de los focos del coche, veo que sí es Roberto, ¡por fin!

—¿Dónde estabas? —le inquiero cuando abre la puerta y entra.

—Tranquila, aceitunita, vámonos.

—¿Tan importante era lo que tenías que hacer en el bosque? Me habías dicho que llegábamos tarde...

—Sí, ya sabes que soy el único responsable de toda la zona protegida y se me había olvidado revisar la capa más baja de la laguna por si estaba congelada.

Nunca me he interesado por volver mucho al bosque desde la excursión con los niños al Estanque del Pastor, más allá del tramo que crucé para llegar a la farmacia de Roberto. No estaría mal dar una vuelta por allí estos días para ver en qué está tan ocupado; además me viene bien andar durante el embarazo para que no me salgan varices.

Unos minutos después, entramos en coche a la explanada que han cubierto con una enorme carpa blanca, imagino que para aislar del frío a los asistentes, y Roberto aparca en una de las esquinas. Parece que ya han llegado casi todos los del pueblo: están las tres cotorras, Carla, los habituales del bar y me parece estar viendo a casi todos mis alumnos con sus padres. Falta la anciana de la verruga en la barbilla, ¡qué raro! Pensé que esta vez la vería fuera de su casa: supongo que el alcalde tampoco debe ser de su agrado.

—¡Chicos! —Carla viene hacia nosotros y nos abraza de golpe a la vez—. ¡Vamos!

¡Menudo escote lleva esta! Y yo que dudaba de si mi vestido era atrevido y apenas se me intuye nada.

Entonces coge de la mano a Roberto y nos movemos entre la multitud, que no deja de saludarnos a ambos, hasta el centro de la explanada, donde está el alcalde. ¡Vaya confianza tiene esta de repente con mi novio!

—¡Roberto! —El alcalde muestra jovial sus grandes dientes amarillos—. ¡Ven aquí!

Le dejo que se acerque él solo porque parece que está a punto de dar un brindis y me quedo con Carla, después de saludarle con la mano.

El tobogán y los demás juegos para niños están en el lado derecho, donde se han situado la mayoría de las familias. La luz es tenue a pesar de haber dos farolas enormes enfocando el lugar y la arena que cubre todo el suelo hace que muchas mujeres se tambaleen con los tacones.

A mi alrededor, todos van muy elegantes, nunca les había visto así.

—¿Cómo va esa barriguina? —Carla me acaricia apartándome el abrigo.

Me cuesta sonreírle, porque no me gusta nada la actitud que está tomando con Roberto, ¿por qué tiene que cogerle de la mano? ¡Si apenas lo conoce! Ella no llevaba ni un mes en el pueblo antes de que yo llegase y ya parece que porque sea mi novio puede tocarle.

—Bien, aún me cabe cierta ropa. —Aprovecho para mostrar mi vestido y dejarle claro que yo también puedo ir guapa todavía.

—¡Cómo se ha puesto Mencía para la fiesta! Madre mía...oigo decir al alcalde desde lejos.

Roberto se gira hacia mí y su mirada fiscalizadora me hace dudar de si he hecho bien en ponerme este vestido rojo. La verdad es que apenas tiene un poco de escote y quería verme bien

aunque ya tenga esta barriga: además, que para que se fije en otras, para eso puede mirarme a mí.

A pesar de la carpa blanca y de varias estufas verticales que han instalado, viene un viento helado y aprovecho para arrebujarme en mi abrigo.

Roberto se acerca, pega su boca en mi oreja y me agarra fuerte del brazo:

—¿Ves? Te dije que ese vestido que llevas no es apropiado.

Cuando se separa, noto su mandíbula muy tensa y solo la relaja cuando mira a Carla, que está a mi lado, y la sonrío. Lo que faltaba: ahora en vez de fijarse en que voy guapa, lo que consigo es que se fije en ella en vez de en mí. ¡Ella sí que va escotada y no le parece mal!

—¿Seguro que el alcalde no ha querido decir otra cosa? —insisto—. No me ha parecido que se haya molestado.

—Le conozco perfectamente, Mencía, y piensa igual que yo. Y no sé si lo has hecho para llamar la atención de todos, pero ya te advertí en casa que no era una buena idea.

No me deja tiempo para reaccionar: se vuelve, lanza una sonrisa de nuevo a Carla y se va junto al alcalde.

—¿Qué decía Roberto? —pregunta ella acercándose a mí y arrugando la cara.

—Nada, que estoy muy guapa.

Encima no quiero que ella se piense que nos hemos enfadado.

—¡Hola, señor! —María llega corriendo y me abraza con una sonrisa que ilumina toda la carpa.

—¡María! No molestes a la maestra —le riñe su madre acercándose con prisa para apartarla—. ¡Ten cuidado con su barriga!

No me ha hecho daño, además me siento muy cómoda cuando ella está por lo dulce que es.

—No se preocupe —respondo.

Me extraña que su madre sea tan dura con María, con lo que me insiste siempre el alcalde en preservar y mimar a todos los alumnos por ser el futuro de Sendero de Luna.

María se va corriendo junto a Eva y el resto de los niños, que están unos metros más allá, donde la zona de juegos: todos me miran sonrientes y yo les devuelvo el saludo con la mano.

—Entonces, señora Torres, ¿cuándo tiene pensado dar a luz? —vuelve a decirme.

¿Tengo que tener pensado eso? Creía que no era algo que se decidiese. No entiendo la pregunta, aunque está claro que la madre de María es mucho menos amigable que ella.

—No lo sé, cuando venga, bienvenido será.

Podría decirle tantas borderías ahora mismo...pero el alcalde no estaría contento y bastante tuve con el incidente del bosque con Eva cuando le di la bofetada: me entra un escalofrío al recordarlo.

—Por supuesto —contesta ya sonriendo—. Recuerde que aquí estamos para lo que su bebé necesite, pero usted debe descansar y no pasar frío.

—No se preocupe.

—Este no es un buen lugar para una embarazada y menos con ese atuendo.

No se le borra la sonrisa de la cara y yo comienzo a imitarla hasta que nos pasamos interminables segundos sonriéndonos mutuamente sin decir nada más.

—Creo que el alcalde va a decir algo chicas —nos dice Carla tocándome varias veces el brazo y guiñándome el ojo.

Cuando miro, veo que el alcalde saca un papel del bolsillo de su camisa y da unos leves golpes en su copa de vino para llamar la atención de la gente, que ya está muy callada:

—Amigos, quiero daros las gracias por dedicarme tiempo esta noche, porque en Sendero de Luna el tiempo es felicidad y ...

—¡Nooooo! —Una chica joven grita tan fuerte que todos nos quedamos completamente mudos —. ¡Mamá! ¡Mamá!

Está sujetando a su madre en el suelo, que tiene convulsiones y echa espuma por la boca.

¡Es Remedios, una de las cotorras! Ni siquiera sabía que tuviera una hija. Pero ¿qué le sucede? Si siempre que la veo por el pueblo con las otras dos parece estar bien: no lo entiendo.

Todo el mundo se acerca despacio y en silencio, creo que no hay ningún médico entre nosotros. Roberto parece ser el único que se queda inmóvil: seguro que se siente mal por no poder ayudarla.

Varios minutos después, Remedios deja de hacer ruido y su boca se queda abierta.

Siento cómo mi corazón y mis pulmones se estrujan en cuestión de segundos al ver a mi madre reflejada en ella: ¿cómo le ha podido pasar esto a Remedios? La vida es muy injusta.

Pensaba que había superado la muerte de mi madre, que el rencor y el miedo que sentía hacia mi padre se había desvanecido, pero olvidar algo así no es tan fácil.

—Ha fallecido, hija —le dice el alcalde al levantar a la chica del suelo—, ya sabes lo que ocurre en estos casos.

Madre mía...quiero acercarme a su hija para animarla y decirle que aunque ahora sea muy duro, aprenderá a convivir con ello, pero enseguida se va con el resto de los vecinos.

—¡Hay que ver! No somos nadie... —Asunción, otra de las cotorras, se pone en primera fila aunque acaba de llegar porque siempre le cuesta mucho caminar.

Carmen asiente y se lleva las manos a la cabeza.

—¿Qué ha pasado? —insiste Asunción: no se agacha, probablemente porque sus rodillas no se lo permitirían tampoco, aunque hace un pequeño amago y se le cae el bolso encima de uno de los brazos de Remedios.

Entonces el alcalde interviene:

—Bueno, amigos, ha sido una velada fantástica, pero creo que podemos irnos a casa a descansar. —Dispersa a la multitud y Roberto le ayuda con el cadáver.

—¡Qué horror! ¿Qué habrá pasado? —insiste de nuevo Asunción, pero nadie le responde.

Roberto no se acerca a mí: siento soledad y tristeza por no haberle podido contar más detalles sobre lo que le pasó a mi madre y cómo me acaba de afectar al ver a Remedios, ahora que pensaba que me había hecho inmune al dolor.

Me sorprende el cariño que le había cogido en estas semanas. Ha sucedido todo tan rápido esta noche que me cuesta asimilarlo.

Lo mejor será que me vaya a mi casa andando y descanse un poco yo sola: me vendrá bien para olvidar lo que acaba de pasar.

—Muy bien, chicos. —Aplauzo a todos los niños cuando van saliendo del aula al terminar las clases—. Y recordad que lo más importante es disfrutar de esos días en familia.

Pronto será Navidad y hoy han estado todo el día preparando pequeñas obras de microteatro que van a representar en sus respectivas casas el día veinticinco de diciembre.

Son todos muy exigentes consigo mismos e intento que lo tomen como una actividad placentera, pero les cuesta dejarse llevar.

—Pronto será parte de nosotros. —Eva cubre su rostro con una sonrisa y me señala el vientre con la mirada.

María espera a que todos hayan salido para acercarse y pegarme uno de sus habituales abrazos:

—Uy, ahora sí que deberías tener cuidado —le pido—.

Cada vez sobresale más y me hace algo de daño al apretar en esa zona.

Entonces se separa con los ojos muy abiertos y se agarra la falda con los puños cerrados: antes de que me dé tiempo a reaccionar, se pega un bofetón en la cara mucho más fuerte del que yo le di a Eva en el bosque aquel día.

Me quedo atónita durante un segundo y ella enseguida me dice:

—Perdone señor, perdone, perdone, perdóneme, no se lo diga a nadie, no volverá a ocurrir.

Nunca la había visto tan afectada por algo.

—Tranquila, María —le digo cogiéndola de las manos para que no se vuelva a lastimar—. No ha pasado nada, yo estoy bien, de verdad.

—Es que yo no quería, se lo juro.

—¿No crees que son demasiadas? —pregunto a Roberto al despertarme de la siesta.

Ha pasado casi una semana desde la fiesta de cumpleaños del alcalde y desde entonces no dejo de notar golpes en la barriga: son las patadas del bebé.

—Bueno, el embarazo está bastante avanzado, supongo que será normal, pero se lo puedes preguntar a Guillermo esta tarde.

¡Ah! Sí, la eco: me hubiese gustado ir antes, pero el amigo de Roberto le dijo que no era necesario a menos que notara síntomas extraños o sangrase.

Me levanto despacio para no marearme y voy de prisa a hacer pis, ¡menos mal que Roberto tiene cuarto de baño en su habitación! Comienzo ya a ir dos o tres veces cada noche y por el día es aún peor.

—Bueno, aceitunita —Roberto me da un beso en la frente mientras hago pis— me vuelvo a la farmacia, luego paso a buscarte.

Me encanta cuando es cariñoso: creo que lo de Carla no es importante porque realmente él me quiere.

—Vale, cariño.

Vuelvo a recostarme con cuidado en la cama, cojo el móvil de la mesita y miro las fotos de Lucas y Esther, ¡están guapos! En la foto de perfil, Lucas sale delante de la peluquería de su padre y Esther está de fiesta con un vestido abierto hasta el ombligo y bebiendo un chupito del mismo color azul que su pelo.

Seguimos sin hablar desde la última visita que me hicieron, más allá de sus mensajes para ver si finalmente iba a León. Les echo de menos.

Busco el teléfono de Lucas y le llamo:

—Hola, Mencía, ¿qué tal vas con el embarazo?

Vuelve a estar distante: no sé si será que está enfadado por no haber ido a León...o...seguro que también ha hablado Esther con él y piensa que me acosté con otro que no es Roberto y que el niño no es suyo. ¡Qué paranoicos!

—Bien, aquí vamos, ¿y tú? No me has contado nada sobre tu sustitución.

—No creas que hay mucho cotilleo que merezca la pena.

—¿Son majos los niños al menos?

—Sí, están los dos o tres más rebecos^[5], como en todas las clases, pero son geniales todos.

—¿Te han dicho algo sobre si vas a poder renovar para el curso que viene?

—De momento, no. Tampoco he preguntado, sé que la persona a la que sustituyo sigue en rehabilitación por un accidente de coche que tuvo, pero no saben darme fechas.

—Entiendo.

Nos quedamos en silencio.

—Pues el bebé me da muchas patadas, parece que está ejecutando una coreografía.

—¡Qué pronto notas las patadas! Si apenas hace...bueno, supongo que es síntoma de que tiene buena salud.

Entiendo que no quiere discutir y evita cuestionarme: se lo agradezco después del mal rato que tuve con ellos durante su última visita.

—Sí, hoy vuelvo al ginecólogo, ya te contaré.

—¿El amigo de Roberto?

—Sí, sí, el que está en Vega, el de la última vez. Ya sabes que es el que me está haciendo el seguimiento.

—Escucha Mencía, yo...no puedo pasar más tiempo viéndote ahí.

—¿Otra vez, Lucas?

La conversación iba demasiado bien hasta ahora.

—No, escúchame —me responde con un tono seco e impositivo que no le conocía hasta ahora —. Encontré a la antigua profesora de allí en redes sociales, a la que tú estás sustituyendo, Raquel se llama, y hablé con ella.

—¿Y qué? ¿Qué le pasa? ¿Ya quiere volver?

—No, se puso muy nerviosa cuando le hablé de Sendero de Luna.

No sé por qué tiene él que buscar a nadie y menos a una loca como esa: rechino los dientes y noto mi cuello agarrotado.

—Seguirá enamorada de Roberto, ¡menuda loca!

—¿Qué dices, Mencía? ¡Escúchame!

—Me amenazó con ir a la policía si volvía a contactar con ella, la noté muy asustada.

—¿Por qué iba a estar asustada? Es que es una tontería...

Ahora lo que me faltaba es que crea antes a una loca que a mí, que vivo con Roberto y sé perfectamente cómo es. ¡Qué voy a tener un bebé con él, por Dios!

—Me dijo que no quería saber nada de la gente de ese pueblo, que son una plaga y que todo el que va allí acaba mal.

—¿Y eso qué significa? ¿Que a ella le fue mal en el amor y por eso todos los que estamos en este pueblo estamos malditos, ¿o qué?

Me rasco las pantorrillas y resoplo tan fuerte que me oye a través del teléfono.

—¿No te das cuenta de que está pasando algo raro?

—Sinceramente, yo no veo que a mí me pase nada, más allá de estar mareada y cansada por el embarazo...y por estas tonterías. ¡Es que estáis todos paranoicos desde que me mudé!

—Iré a buscarte.

—No, no me voy a ir a ningún sitio.

—Pues iré y estaré contigo unos días, me da igual que no quieras verme.

—¡Si sí quiero verte! No voy a ir hasta León embarazada, pero podéis venir si queréis.

Acordamos eso, dejo el móvil de nuevo en la mesita y me quedo un rato con los ojos cerrados descansando un poco más. ¡Qué tranquila me siento en casa de Roberto! La chimenea que conecta con todos los radiadores de la casa hace que todas las estancias estén calentitas, el colchón es mucho más nuevo que el que está en la casa de la maestra que me han cedido y, además, siempre me pone música ambiental para relajarme en la radio que tiene instalada en el baño para escucharla cuando se ducha.

Me levanto a dar un paseo antes de ir a la visita del ginecólogo: aunque son las cinco y pico de la tarde ya parece estar anocheciendo, pero decido ir al bosque un rato a despejarme.

Antes de salir, cojo los guantes y mi abrigo azul: sonrío disfrutando del viento gélido que acaricia mi piel: hace ya una semana que ha dejado de nevar, pero el viento sigue siendo bastante

fresco. Las ramas de los árboles tocan una melodía tribal junto con los pájaros posados en sus copas.

Pierdo de vista la casa y me adentro más hacia la orilla del pantano: aquí está todo muy oscuro y percibo de nuevo esas luces raras en la copa de los árboles. Elevo el mentón pero sigo sin ver nada, ¿se me ha olvidado preguntarle a Roberto qué pueden ser! Aunque seguramente sea una tontería. Reanudo la marcha hasta que una madeja blanca aparece en una de las grandes ramas que se cruzan en el camino: es una telaraña gigante, ¡qué asco! Me separo del camino para esquivarla y voy directa al agua del pantano.

Chillidos y gorjeos se entremezclan en una no tan delicada sinfonía.

Las ramas más pegadas al pantano no se ven: los grajos y otros pájaros las han cubierto por completo: aprovechan para acechar y atrapar con su pico a las decenas de peces que se agolpan y chapotean en la orilla. Me acerco y acaricio las suaves escamas de algunos de ellos. ¡Qué dóciles! Agarro uno con la mano y sorprendentemente se deja. Lo elevo en el aire varios segundos y vuelvo a dejarlo en el agua.

Doy un paseo alrededor y me vuelvo para casa: ya estoy cansada y me molestan los pinchazos que a veces tengo en las rodillas.

A la vuelta, intento divisar algún zorro por si se dejara acariciar, pero ya no hay muchos animales más, así que regreso a casa.

—¡Qué lento conducís en este pueblo! —le digo a Roberto después de quince interminables minutos en el coche camino del ginecólogo.

—¡Pero si la otra vez tardamos veinte en llegar! —se ríe él.

—Bueno, a ver en cuánto tiempo llegamos esta vez...

Siete minutos más tarde, Roberto aparca enfrente de la casa de Guillermo y yo no dejo de pensar en si se pondrá bien los guantes antes de tocarme: no quiero notar sus manos mojadas de saliva de nuevo.

Capítulo 18.

NO ESTÁS A SALVO

—Buenas tardes, ¡pasad! —Guillermo nos abre la puerta.

Me da la mano, pero yo la esquivo y le doy dos besos: casi prefiero eso.

—Pasad directamente a la consulta, ahora estoy con vosotros —dice mostrándonos el camino —. Ya sabes, Mencía, tumbate en la camilla y espérame ya colocada, pero no hace falta que te desvistas como la otra vez: la ecografía será externa.

—Vale.

Me giro antes de entrar mientras el doctor se aleja y veo que se está tocando el pelo, aunque desde mi perspectiva no he podido ver si lo ha hecho con saliva.

Roberto deja mis cosas en una de las sillas y yo me coloco tal y como el doctor me ha pedido.

—Vamos a ver. —Guillermo llega frotándose las manos, pero antes de sentarse delante de mí, se pone un guante en cada mano: empezamos muy bien.

Noto el gel frío en mi vientre, pero me concentro sobre la pantalla, que he girado antes de tumbarme para poder observar a mi bebé desde el principio.

—Muy bien, a ver si se deja ver mejor, ¡no te escondas! —le dice Guillermo al bebé mientras apoya el aparato sobre mi vientre.

—¿Cómo lo ves? —le pregunto.

—El embarazo va viento en popa, ¡mira! ¡No deja de moverse!

—Sí, últimamente he notado muchas patadas, ¿es normal?

—Sí, y ya las notarías hace tiempo, pero igual no las reconocías como tales; a partir de ahora las notarás con frecuencia.

—¿Y es niño o niña? —Roberto se acerca a mí y me coge la mano.

—Ahora sin ninguna duda, os puedo confirmar que...es una niña.

—¡Una niña! —Roberto me comprime la mano, sonrío estirando los labios y le brillan tanto los ojos que parece que está a punto de llorar.

¡Madre mía! No me puedo creer que sea una niña, ¡a mi madre le hubiese hecho tanta ilusión conocerla! Si ella estuviera aquí, podría haberme acompañado también a estas visitas.

Cierro los ojos y me dejo llevar por la sensación de tener a mi pequeña dentro, desplazándose de un lado a otro y con la mano de su padre cogiendo la mía.

El movimiento de Guillermo para peinarse me saca de la bonita burbuja en la que estoy con Roberto al percibir su saliva en los mechones de pelo que tiene en la frente y que intenta poner hacia atrás: se ha quitado uno de los guantes y está recogiendo el material.

—Ahora solo queda esperar al gran día —me dice—, comer sano para mantener constante tu subida de peso, un poco de ejercicio y si no hay síntomas, nos vemos en la semana cuarenta.

Guillermo me da unas imágenes que ha sacado de la bebé donde se la ve apoyada sobre su columna y una última en la que solo le veo los pies y el culo:

—Para guardar como recuerdo, Mencía.

—Muchas gracias.

Me voy vistiendo mientras Roberto sale de dentro de la cortinilla y acompaña al doctor a su mesa.

Al salir de la revisión, nos abrazamos y decidimos mudar todas mis cosas a su casa, a pesar de guardar la casa de la maestra para mí por si me hiciera falta en algún momento, ya que está pegada a la escuela.

En el coche, miro el móvil y abro la conversación de Lucas:

Oye que no puedo ir para allá todavía, no me dan los días que esperaba, pero el viernes por la tarde nos tienes ahí a los dos, ¡prometido!

Después del mal trago de la última vez en el bar con Roberto y con ellos, prefiero no decirle nada y esperar a ver si, de verdad, vienen.

Cuatro días después, no he recibido noticias ni de Lucas ni de Esther y no sé si se presentarán aquí hoy viernes, tal como me escribió Lucas.

Me giro en la cama con las sábanas aún calientes de la siesta para abrazar a Roberto, profiriendo un pequeño *au* al notar cómo se me estira un músculo del vientre.

Entre los mareos, la migraña, y que apenas puedo girarme en la cama sin hacerme daño o despertarme, los días se me están haciendo interminables, aunque el cansancio no me deja aprovechar mucho el tiempo y las clases no las preparo tan bien como antes.

Alargo el brazo hasta la mesita y cojo el móvil, que no he mirado desde que me puse a dormir la siesta: tengo un mensaje de Esther.

*Estamos de camino. Si no te llega el mensaje, te buscaremos.
Te quiero*

—Cariño —murmuro—, me voy a quedar a dormir en mi casa hoy, ¿vale?

—¿Por qué aceitunita?

Roberto posa sus pesados brazos sobre mis hombros y me lleva hacia él.

—Me acaba de escribir Esther, que Lucas y ella van a venir en un rato.

—Vale. —Su tono cambia y se vuelve distante, quitando sus brazos de mi cuerpo—. Vuelve en cuanto puedas.

—Sí, claro.

Paso mi dedo por su frente y lo bajo hacia su mandíbula hasta darle un beso.

—Te quiero, lo sabes, ¿no? —le suelto.

Es la primera vez que le digo que le quiero: quizá ha sido porque Esther me lo acaba de escribir o porque las hormonas del embarazo me tienen algo alterada. La última vez que le dije esas dos palabras a alguien fue a mamá, y hace tanto tiempo de eso, que no pensaba que volvería a repetirlas en voz alta.

—Sí, yo también te quiero mucho —me responde estirándose y dándome varias friegas en la espalda, que agradezco—, pero es que ese tal Lucas es un poco borde, ¿no? No sé, siento que los dos intentan alejarte de mí.

Su mirada perdida dirigida hacia el suelo me deja abatida por dentro.

—No, por favor, no estés triste —le suplico cogiéndole de las manos—, eso no va a pasar nunca.

—Pero ya viste cómo me trataron el otro día en el bar y querían llevarte lejos de mí.

—No se lo permitiré, si vuelve a pasar, les echaré y no volverán: te lo prometo.

Roberto no parece quedar convencido: se levanta, me sonrío y se dirige al piso de abajo.

Al levantarme, me rasco la barriga y la espalda de nuevo, ¡maldito prurito! Noto unas venas moradas en la barriga y mucho me temo que se convertirán en estrías blancas dentro de muy poco.

En menos de cinco minutos, ya me he vestido y estoy saliendo hacia el centro del pueblo. Cuando paso al lado de la casa de la anciana de la verruga, me fijo, y vuelvo a verla en el umbral de la puerta azul, sujeta su bastón, como de costumbre: me gustaría pararme y hablar con ella, pero tengo que encender la calefacción y arreglar un poco la casa antes de que lleguen mis amigos, si es que no están ya esperándome fuera.

A lo lejos distingo a una persona al lado de la cerca de hierro de casa, pero no parece Lucas, además no veo su coche en ningún sitio. Sigo caminando y a medida que me acerco ya lo sé: es Bruno.

¿Qué querrá otra vez?

—¡No seas pesado! Ya te dije que no me interesa hablar contigo.

Me detengo a su lado e intento disuadirle para que no vuelva más por aquí.

—Mencía, hija, por favor, tienes que perdonarme, yo no quería.

No me puedo creer que se esté atreviendo a decirme esto. Una incómoda pesadez se apodera de mi cabeza.

—Es curioso, creo que las cárceles están llenas de gente que “no quería” hacer algo. —Hago el gesto de las comillas con los dedos.

—Soy tu padre, aunque solo sea por eso...

¡A buenas horas quiere este ejercer de padre! El prurito me sale no solo en la barriga, sino en las axilas, debajo del pecho y en las ingles, junto con un calor abrasador que sale de dentro de mi cuerpo.

—¿Sabes lo que yo recuerdo de mi padre? Que mató a mi madre a puñaladas y la dejó llena de sangre, muerta en el salón de casa cuando yo era una niña pequeña.

Trago saliva y me masajeo la sien con la yema de los dedos.

—He cambiado, te lo juro, ahora soy otra persona y no sabes lo que me arrepiento de no haberme controlado.

—¿Controlado? Ahora resulta que hay que controlarse para no matar... —Abro las puertas de la cerca—. ¡Vete y no vuelvas!

—Por favor, hija. —Me agarra del brazo.

—¡Suéltame!

Aparece entonces el coche de Lucas, que aparca y salen tanto él como Esther corriendo en cuanto nos ven. Bruno se aparta inmediatamente al verles.

—¡Mencía! —grita Esther—. ¿Estás bien? ¡Déjala en paz! —le dice a Bruno.

Él, que ya me había soltado antes, levanta ambas manos por encima de la cabeza:

—¡No pasa nada! Tranquila, solo estamos hablando.

—Eso no es lo que parecía, ¡lo mejor será que te vayas ahora mismo! —exclama Lucas detrás de él.

—Dejadle, no pasa nada, ya se iba, ¿verdad? —insisto.

—Sí, pero recuerda, aquí no estás a salvo —advierde mientras se va andando.

¿Adónde irá? ¿Y dónde está viviendo para venir aquí cada dos por tres? ¡Qué pesado!

Lucas y Esther me acarician los brazos, uno a cada lado, pero yo me suelto.

—Vamos dentro: si no pasa nada, lo único que es muy pesado.

—¿Qué ha querido decir con que aquí no estás a salvo? —pregunta Esther—. ¡Te está amenazando!

—No, eso lo dice por Roberto, que según él no es de fiar.

—Ah —responde Lucas—. ¿Seguro?

—No sé por qué dudas ahora, si tú piensas lo mismo.

—¿Y ha venido otra vez hasta aquí para decirte que tu novio no es de fiar? —pregunta Esther—. ¡Vaya morro tiene! Que precisamente sea él quien diga eso... ¡me parece increíble!

Intenta dar un golpe a algo, pero no encuentra nada a su alcance y profiere un gemido de rabia.

—Venga, entrad —abro la puerta con llave.

Lo primero que hago es poner la calefacción y buscar dos cervezas para ellos.

—Está rarísima, ¿tú has visto lo tranquila que estaba hablando con su padre? —oigo decir en voz baja a Esther desde la cocina—. Hay que hacer algo.

Me asomo en silencio para que no me vean y observo los aspavientos que hace Esther con los brazos moviendo las manos en todas las direcciones mientras habla: se nota que está enfadada de verdad.

—Ya oíste al guardia civil, si no hay maltrato no podemos hacer nada, joder.

Vuelvo a resguardarme en la cocina. ¿Maltrato? ¿De qué están hablando? ¿Se refieren a mí?

Respiro hondo y vuelvo al salón con una sonrisa, porque no quiero ponerme a discutir sin antes saber bien de lo que hablan: me siento en medio del tresillo con ellos, algo que nos ayuda a todos a mantener el calor mientras la calefacción hace su trabajo.

—¡Madre mía! Pero, ¡la barriga te está creciendo rapidísimo! —Esther la toca.

—Bueno, es lo que tiene, sí —me río—. El lunes me dijo Guillermo, el ginecólogo, que para estar de seis meses, estoy muy bien, pero yo me noto hinchada.

Los dos se miran, pero permanecen callados durante varios segundos.

—Estás estupenda —me responde Esther.

—Guapísima, ahora incluso más con esa barriguita. —Lucas me roza con la yema de los dedos la parte más alta del vientre.

—¿De qué estabais hablando mientras fui a por las cerves? —pregunto para evitar que me cambien de tema como acaban de hacer.

—Ah nada, poca cosa, la verdad, es que me indigno con algunos clientes del bar, pero lo de siempre —responde Esther —¿Por qué no nos vamos a comprar algo para cenar? ¿No tienes antojos todavía?

De nuevo, esquivo el tema. Están más misteriosos que de costumbre...

¿Por qué irían a la Guardia Civil? ¿Será porque están preocupados por mí? No, no creo, eso sería demasiado.

—Si hubiera fresas no te diría que no. —Elevo los hombros y saco la lengua.

—Venga, pues vamos que luego, si no, nos da más pereza. —Lucas coge su cerveza y se la bebe casi entera de un trago.

—Pues yo me llevo mi cerveza para el camino entonces. Voy a mear y estoy —dice Esther.

—¡Vamos, vaga! Que así te despejas un poco, te vendrá bien cambiar de aires. —Lucas mueve los hombros y me pone morritos, como solía hacer.

Consigue que me ría y le saco la lengua de nuevo recordando lo bien que lo pasábamos antes jugando.

—Bueno, vámonos —dice Esther al volver del baño.

Me levanto de nuevo y al salir me pongo en el asiento de atrás del coche de Lucas.

—Vamos a La Magdalena a comprar, ¿no? —pregunta ella.

Confirmando con la cabeza y me ajusto el cinturón intentando que no me moleste, porque no tengo ningún adaptador para embarazadas que pueda ponerle.

Lucas arranca y tarda casi quince minutos en llegar a Mora de Luna.

—¿De verdad tiene que conducir todo el mundo tan despacio? Madre mía, ¡qué paciencia! — digo en voz baja, aunque Lucas me mira y frunce el ceño.

—Men, había pensado que estaría bien que te vinieras unos días conmigo en Navidad —me suelta Esther sin venir a cuento—. No queda mucho y así podrías....

—Lo que quiere decir —la interrumpe Lucas—, es que le vendría muy bien tu compañía, que se siente un poco sola, ¿a que sí, Esther?

—Sí, eso es.

—Estaría muy bien, pero ya sabes que prefiero no moverme de aquí con el embarazo y luego además ya tendré a la bebé y no estaré para mucho.

—¿La bebé? —Esther se gira bruscamente hacia mí tirando de su asiento con las manos para verme mejor y se queda boquiabierta.

—Sí —me río.

No recordaba que ellos aún no lo sabían.

—¡Enhorabuena eh! —Lucas me mira por el retrovisor y me guiña el ojo.

—¡Es una niña! —Esther sigue boquiabierta y ahora le brilla la mirada—. ¡Qué ilusión! ¿No?

—Sí, sí, claro, ¡y menos mal! —Alargo mi brazo y le doy un suave toque en el mentón.

—Pues sí, que luego mira qué rebecos te salen. —Esther suelta una carcajada y da un pellizco en el brazo a Lucas—. Ya verás cuando la conozca Marrusco, ¡se va a poner contentísimo!

—¿Lo sigue cuidando tu tío cuando tú no puedes? —le pregunto.

—No, últimamente me ayuda Paz.

¿Paz? ¡Madre mía! ¿También quiere robarme al perro? Esto es increíble.

Aprieto fuerte las manos y visualizo a mi pequeño gran oso rodeado de ovejas para calmarme. Esa mujer sí que me saca de quicio.

Al llegar a La Magdalena, nos abrigamos bien antes de salir y hacemos acopio de media tiendina: huevos de gallinas en libertad de un vecino de la zona, naranjas de zumo, chicles, leche, pan, desinfectante para la fruta y la verdura que Esther me ha insistido en utilizar durante el embarazo y, por supuesto, bastante embutido: cecina curada de vaca y de chivo, una corra de chorizo picante y otra igual pero de gamo, salchichón, lomo y jamón.

—Así tienes suficiente en tu casa, por si algún día te quieres quedar ahí a dormir, pero recuerda congelarlo antes por el tema de las bacterias. —Esther me pone dos cuñas de queso curado en la mano.

Cuarenta minutos después, retomamos el camino de vuelta a Sendero con el maletero lleno de bolsas.

Insisto en ir a buscar las especias y el vino blanco que tiene Roberto en su casa para hacer el asado de carne que quieren preparar para cenar y Lucas no me deja ir andando, así que vamos en su coche mientras Esther se queda poniendo la mesa y recogiendo la compra en la cocina.

Capítulo 19.

INVESTIGANDO

—¿Me esperas aquí? —le pregunto a Lucas cuando llegamos a casa de Roberto.

Preferiría que no se encontraran, por la tensión que hay entre ellos, pero Lucas ha insistido en acompañarme en coche hasta su casa.

—No, no, entro contigo mejor...así...veo las especias que hay y elegimos juntos.

Acepto con la esperanza de que Roberto esté en el bosque trabajando y no nos oiga. Entro con la llave que me ha dejado intentando hacer poco ruido.

—Ven, vamos a la cocina —le digo a Lucas guiándole hacia la derecha—. ¿Hola?

Nadie responde, así que imagino que estará fuera. ¡Qué bien!

Lucas frunce el ceño:

—¿Por qué hablas tan bajo?

—No quiero molestar —le digo—. Igual está durmiendo la siesta.

En la cocina, abro un cajón alargado y achatado con más de treinta botes de especias diferentes, entre las que se encuentran las que más usamos para la carne: cardamomo, cúrcuma, pimienta negra y nuez moscada.

—Él prepara la carne con estas cuatro principalmente, pero podemos variar la receta si quieres —las señalo.

—Bien, cojo también cilantro y comino, por si acaso, ¿vale?

—Perfecto. —Cierro con cuidado el cajón.

Entonces oigo un ruido extraño. ¿Serán las ratas otra vez?

—Shhhh. —Le pongo el dedo índice en la boca para que esté en silencio.

Crac crac ohhhh

—¿Has oído eso? —le pregunto.

—Creo que sí, ¿por qué? ¿qué es?

Me acerco a la puerta del sótano, que está a nuestro lado en la cocina, y pego mi oreja para intentar oír mejor.

Aaahhhh....crac.....crac.....crac.....shhhh

—Es aquí, ¡otra vez!

—¿Cómo que otra vez? ¿Qué pasa? ¿Qué hay ahí, Mencía?

—Estoy oyendo cosas muy raras, Lucas, ya me pasó el otro día y me dijo Roberto que eran ratas, ¡pero no me lo creo!

Aprieto mis puños tan fuerte que me tiemblan las manos.

—Tranquila, Mencía.

Lucas me coge las manos, separando las uñas de las palmas y dejando al aire las marcas que me estoy haciendo sin darme cuenta.

—Vámonos —me insiste.

—¡No! ¡No puedo irme así! No son ratas, ¡seguro que está con Carla ahí abajo!

—¿Qué?

—Sí, les he visto tontear varias veces y estoy oyendo voces ahí abajo. Nunca me deja entrar y lo tiene cerrado con llave, está claro, ¿no?

—Bueno, pues si está con ella, peor para él, déjale, ya vendré a buscar tus cosas, ahora deberíamos irnos a León.

—¿¡Qué dices de León!? Si yo vivo aquí, ¡esta es mi vida ahora! ¡Asúmelo ya!

Lucas me agarra fuerte por los hombros y me fulmina con la mirada.

—¡Ya basta, Mencía! ¿No te das cuenta de la influencia que este tío tiene sobre ti? ¿No ves lo alterada que estás?

—Son cosas de pareja, ¡tú qué vas a entender de eso!

Lucas empalidece y se muerde la lengua en un lado abriendo la boca.

—¡Te recuerdo que he tenido más relaciones de pareja que tú! —Se enfada y alza la voz.

Profiero un gruñido y opto por guardar silencio.

Me suelto y cojo un cuchillo, uno más grande que el que cogí la última vez e intento abrirla.

—Aaaarggg, ¡qué necia puedes ser a veces! —Lucas se da la vuelta.

Se aleja de la cocina y oigo la puerta de entrada, ¿se marcha? Sigo entremetiéndolo el cuchillo en la rendija de la puerta y moviéndolo para intentar hacer una grieta...pero no funciona.

Al cabo de un minuto, Lucas vuelve con una piedra grande en la mano.

—¡Apártate! —se remanga—. Pero estás cegada, ¿cómo va a estar ahí Roberto si el candado está puesto por la parte de fuera? Te voy a demostrar que tengo razón.

Pum

Le da tan fuerte al candado que consigue romperlo. ¡Bien!

—¡Sí! —Me acerco a él y le doy un beso en la boca—. ¡Lo has conseguido!

Carraspeo y le pido disculpas; él no dice nada, se ha quedado petrificado.

—Ehh... perdón, voy a bajar. —Paso por el estrecho hueco que hay entre él y la puerta.

Al abrirla, un olor nauseabundo nos envuelve y nos miramos tapándonos la nariz y la boca a la vez.

—Espera Mencía, déjame bajar a mí primero. —Lucas insiste—. Podría haber algo tóxico y en tu estado es peligroso.

—Esto es cosa mía, sígueme si quieres.

Si Carla está ahí abajo con Roberto, necesito verlo: me cuesta respirar pero no inhalo demasiado fuerte para no vomitar del terrible olor que nos llega desde abajo.

Lucas me sujeta de la ropa por detrás y nos ponemos a bajar despacio escalón a escalón. Las escaleras chillan al pisarlas, pero se ve bien porque hay focos de luz que provienen de abajo del todo.

—Pero ¿qué...?

No soy capaz de terminar la frase, lo que veo me desconcierta: esperaba encontrarme a Carla y a Roberto juntos, imaginaba que cogía la piedra de Lucas y se la tiraba a Roberto en la cabeza, que él me pedía perdón y que yo le profería gritos sin sentido para liberar mi rabia contenida.

Pero no, en vez de eso, me encuentro con un laboratorio cochambroso, nada propio de Roberto: hay telarañas por todas las esquinas, botes desorganizados con líquidos de todos los colores, papeles tirados por el suelo y una mesa repleta de enseres que no sé para qué sirven, pero todo pide a gritos una limpieza.

—Mencía, esto es muy raro, ¿no? —Lucas evita tocar nada.

—Es farmacéutico, tendrá aquí su propio material, ¡pero qué desordenado!

Una risa incontrolada sale a borbotones de mi garganta al saber que no me está engañando, ¡al menos no en el dichoso sótano! Lucas se acerca cada vez más a los telares^[6] que tenemos a nuestro alrededor: coge una especie de cuaderno de hojas color ocre unidas por una cuerda amarilla entrelazada por cinco agujeros.

Yo me relajo y mi risa cesa. Me acerco a una de las esquinas del sótano y detrás de unas enormes estanterías de metal veo jaulas con animales: en una de ellas tiene una rata, que en cuanto me ve se pone a chillar, ¡qué asco! Me imagino que es para sus experimentos farmacéuticos pero no soporto las ratas; otra de las jaulas contiene caracoles y veo a un gato dormido en la de más abajo. Debí oír a la rata desde arriba; al final, era verdad lo que me dijo Roberto. Me he obsesionado con las ratas sin motivo porque solo hay una y está encerrada.

—Bueno, ¿nos vamos? Esther nos estará esperando hambrienta. —Me vuelvo hacia Lucas.

—Mencía, deberías ver esto —dice sin girarse hacia mí.

Me acerco y sujeto con ambas manos el cuaderno que Lucas me muestra: hay un mapa dibujado del pueblo con zonas delimitadas que no soy capaz de interpretar y dos puntos rojos, uno de ellos parece estar situado donde está la casa de la anciana de la verruga. ¿Qué querrá decir?

—Pero pasa la página. —Lucas mueve las hojas.

—Tampoco te pongas así, solo es el mapa del pueblo.

—Hazme caso y lee.

Empieza un retahíla de fórmulas que no entiendo. Sigo pasando las páginas y veo dibujos de animales: un zorro, una avispa, un caracol, un jabalí, un lobo, una rata, ...

Estoy a punto de devolverle el cuaderno a Lucas y marcharme de allí, cuando veo lo que pone debajo:

La mutación del parásito ha sido un éxito y ya se ha implantado en el 99% de los lugareños a través de la vacuna de la gripe. Asimismo, la anciana de la calle Esla marcada en el mapa no ha podido ser contagiada, pero no supone un riesgo real para el experimento, dado su aislamiento voluntario.

Se confirma que las visitas al bosque y, concretamente, a la zona de la laguna, refuerzan dicha implantación debido al contacto humano con los animales portadores.

Las investigaciones sobre el transmisor cero confirman que los gatos son unos excelentes transmisores en el caso del parásito original y sus resultados están muy por encima del resto de especies testadas. No obstante, la mutación debe implantarse por vía intravenosa en todos los casos.

La modificación del comportamiento se ha comprobado en el 100% de los casos analizados...

Rrrrrrr

Lucas y yo nos miramos con el corazón acelerado cuando oímos un coche llegar: salimos corriendo por las escaleras hasta que llegamos a la entrada de la casa.

Antes de que Roberto abra la puerta, salimos nosotros y la cerramos de nuevo.

—Aceitu... —Se calla un momento cuando ve que Lucas también está—. ¿Qué hacéis aquí?

—Han venido Esther y él de repente y me han insistido en cocinar, así que estábamos cogiendo alguna especia. —Me toco el bolsillo vacío.

¡Con las prisas se me ha olvidado coger las especias de la encimera de la cocina!

—Ah, ¿y te vuelves a ir?

—Es que casi no han comido, así que querían preparar la carne asada para una merienda cena. —Comienza a picarme todo el cuerpo del sudor que me inflama las mejillas y casi cada recoveco del cuerpo—. ¿Quieres venir?

—No, gracias, ya nos vemos después.

—Bueno, creo que deberíamos irnos, Mencía, que Esther nos estará esperando como me comentabas.

Lucas se toca la frente unas cuantas veces y tiene una mano detrás de la espalda.

—Sí, no la hagáis esperar, pobre —dice Roberto con los brazos en cruz e imposibilitando físicamente nuestro paso hacia el coche de Lucas.

—Luego nos vemos, cariño. —Le tiro un beso con una mueca y apenas sonrío.

Pasamos rozándole la cazadora y metiéndonos rápido en el coche.

—Dios, Dios, Dios, ¿pero qué está haciendo este tío con la gente del pueblo?! ¡Contigo! — Lucas grita y mueve la cabeza de lado a lado compulsivamente.

—¡No lo sé, Lucas! ¡No me grites! —yo también alzo la voz sin darme cuenta—. ¡Qué manía con sospechar de Roberto! Te estás empezando a comportar como un novio celoso. ¿Y si...no sé, está investigando para hallar la cura de una enfermedad?

Tiene que haber una explicación lógica: me he asustado al principio, también por la reacción de Lucas, pero Roberto sería incapaz de matar a una mosca.

—¡No me jodas que ahora también vas a defenderlo! Después de lo que has visto...

—Solo digo que podría haber una explicación a todo esto, ¡además a ti nunca te gustó Roberto!

Atravesamos la frontera de puertas metálicas al final del camino del bosque que delimitan su finca: me quito el abrigo y me reclino en el asiento.

—¡Pero si lo has leído en el cuaderno ese! ¡Tú también estás infectada!

—No, ponía que lo estaba el 99% de las personas y...

—¿Y...? Y también ponía que la que no estaba contagiada era la anciana: sí, esa de la verruga en la barbilla, la misma que nos advirtió aquel día cuando la vimos y tú no estabas. Lo mismo que me dijo la antigua profesora.

—¡Ahhhhhhhhh! —grito tan fuerte que Lucas pega un volantazo y frena de repente.

—¿Qué te pasa, Mencía?

Tiene los ojos llorosos y una vena en su cara que me era desconocida aparece en la frente mientras aprieta fuertes los dientes.

—¡Creo que ha sido una contracción!

Lo que me faltaba ahora, ¡qué dolor! ¿Y ahora qué hago con Roberto? ¡Tengo que hablar con él!

—Tranquila, ahora mismo te llevo a León.

—¡No! no voy a aguantar tanto trayecto, por favor, vamos a buscar a Esther y que ella llame a la ginecóloga amiga de su madre.

Sé que quiere rechistar, porque hace un amago de hablar abriendo la boca, pero me ve tan mal, que me lleva directamente a casa.

Capítulo 20.

DUDAS

—¡Mencía! —Mi padre aparece cuando Lucas y yo aparcamos en la puerta de mi casa.

Camino agachada por el dolor que me provocan las contracciones y me cuesta tener la espalda recta cuando cesan.

—Ya me ocupo yo, gracias. —Lucas le echa porque sabe que yo no tengo fuerzas.

Bruno ni siquiera le mira.

—Déjame ayudarte, por fa...

No dejo terminar la frase a mi padre: le aprieto fuerte la mano que ha acercado a mí a la vez que una nueva contracción invade mi cuerpo. Los dos me acompañan dentro. ¿Es posible que mi padre haya cambiado de verdad y quiera apoyarme?

—Oye —dice Esther—, he tenido que abrir una de las cuñas de queso porque me estaba muriendo de hambre... —Ella aún no ha visto el panorama y en cuanto eleva la vista, se le cae al suelo el queso medio mordisqueado y el cuchillo que lleva en las manos—. ¿Qué ha pasado?

Se abalanza sobre mí y desplaza a mi padre de un empujón para ayudarme.

—Creo que son contracciones —le digo con la respiración entrecortada.

—¿¡Cómo van a ser contracciones!?! —Reacciona ella agitando las manos en el aire.

—Yo ya me lo creo todo... —Lucas se cruza de brazos y me gira la cara cuando le miro.

—¡Tenemos que llevarte a León! —grita ella moviendo de nuevo las manos sin coordinación—. ¡Esto no es normal! ¡Tienen que verte!

—¡No! Llama a la ginecóloga amiga de tu madre, ella nos ayudará. —Tengo que frenarla porque no pienso irme a ningún sitio sin Roberto.

¡Menuda paranoia tiene Esther! Paro un instante y me libero de todo el mundo para relajarme en el tresillo mientras espero la siguiente contracción que anuncia mi vientre. Tengo que avisar a Roberto como sea de que su hija va a nacer, necesito tenerle a mi lado.

—¡No tengo cobertura, joder! —Esther no consigue calmarse—. ¡Mierda de pueblo! ¡Tenemos que irnos!

Le niego con la cabeza, seria y agarrándome fuerte del tresillo.

—Ven conmigo. —Tiro de su jersey y me la llevo a mi habitación—. ¡Aquí tienes cobertura!

Aprovecho y saco el móvil para llamar a Roberto cuando me tumbo en la cama de espaldas a ella, que intenta atinar con las teclas del suyo a mi lado.

—Ro...escucha...me he puesto de parto y...

Lucas me arranca el móvil de las manos y cuelga la conversación.

—¿Se puede saber qué demonios haces, Mencía?

—¡Le necesito aquí conmigo! ¡Tú no lo entiendes! —Otra contracción nace de mi interior y me abofetea todo el cuerpo—. ¡Ahhhhhhhhh!

—Pero ¿qué pasa, Lucas? ¿No ves que está de parto? —Esther cuelga el teléfono, se levanta de la cama y le empuja separándole de mí.

—¡Estaba llamando a Roberto, joder! —Se excusa Lucas—. ¡Tú no has visto lo que yo he visto en esa casa!

Se le rompe la voz.

—¿¡Qué dices!?! —responde Esther.

—Es el padre de mi hija, Lucas. —Intento calmarme con las respiraciones para controlar el dolor.

—Tranquila Men, ya he hablado con la secretaria de Marta Delgado, la ginecóloga, no te asustes —dice Esther acercándose y apartándome el pelo de la cara—. No puede venir porque está asistiendo otro parto, pero me ha dicho que te mida el cuello del útero para saber cuánto tiempo tenemos por delante, ¿vale? Tus contracciones parecen ser demasiado seguidas ya.

No entiendo muy bien lo que me está diciendo y tampoco parece muy segura de sí misma, pero asiento con la cabeza.

—¿Todo bien? —Bruno entra en la habitación y el reflejo del sol que se cuele por la ventana impacta en las cicatrices de su cráneo.

Ni Lucas ni Esther le responden, ni siquiera le miran.

—Vas a tener que desnudarte —dice Esther—. Tenemos que prepararnos.

Intenta mantener la calma, pero la conozco demasiado bien, y sé que le está costando mucho: sus respiraciones son rápidas y gotas de sudor le caen por la frente cuando ella ni en el gimnasio moja la camiseta.

Sigo sin decir nada. Ella me ayuda a erguirme y me voy desvistiendo hasta que me quedo en pantalón y camiseta de manga corta.

—Espera, sí, voy al baño a por una toalla grande. —Lucas deja de andar de un lado a otro de la habitación y se va.

Cuando vuelve, trae algo envuelto en la toalla.

—¿Qué llevas ahí, Lucas? —pregunta Esther.

Cuando ella tira de la toalla, descubro el cuaderno de Roberto en sus manos.

—Mira lo que tenía ese Roberto en su sótano —le dice dándole el cuaderno—. ¡Le ha metido a Mencía un parásito de no sé qué! Bueno, a ella y al resto del pueblo.

—¡No exageres, Lucas! —respondo—. Aún no sabemos lo que eso significa y ya le estás crucificando.

Sigue sin comprender que es el padre de la bebé... ¡y mi novio!

Esther pasa las hojas y, por su cara, parece incapaz de procesar la información: ¿qué está leyendo exactamente? Desde la cama no llego a verlo.

—Ahhhhh. —Aprieto fuerte los dientes: mi padre se acerca, me ayuda a tumbarme de nuevo y me sujeta la mano.

—No te preocupes por nada, hija, ahora lo importante eres tú.

No me aparto de mi padre: no dejo de pensar en si habrá cambiado de verdad, porque está aquí, intentando ayudarme y su calma me ayuda mucho, sobre todo con el jaleo que está montando Lucas con el cuaderno.

—¿Es que no vas a decir nada, Esther? —Lucas le quita el cuaderno y se pone a leer en voz alta:

Fase VIII

Procedo a inseminar a Mencía tras la inoculación del parásito mutado.

—¿Cómo? —Yo tampoco había leído eso cuando estuvimos en el sótano—. ¿Eso qué significa?

—Entiendo que estás aturdida, Mencía —dice Lucas—, pero debes saber lo que realmente es Roberto, ¡un monstruo!

Lucas lee:

El embarazo parece avanzar a razón de un mes por semana, el feto no muestra signos de sufrimiento, pero sí de alteración nerviosa: ni los vecinos ni la propia Mencía parecen haber notado el ritmo acelerado con el que evoluciona el embarazo, probablemente es un efecto del parásito.

— ¡Ya basta! —Esther grita tirándose del pelo—. Lucas, ¡esto es una locura! Dios mío...

Me mira, se frota la frente y habla con Lucas en voz tan baja que no puedo oírles.

—¡Eh! ¡Estoy aquí! —grito—. Estoy de parto, pero no estoy ciega.

Mi padre se acerca aún más y me da un beso en la frente antes de poder apartarme:

—No te preocupes, todo irá bien, no hagas caso.

Este hombre está irreconocible.

—Perdona, Men. —Esther se acerca, me destapa y me pone la toalla encima—. Déjame que te desvista más, tengo que saber de cuántos centímetros estás dilatada como me dijeron por teléfono, ¿vale?

Lucas cierra el cuaderno, lo posa y se queda asomado a la ventana para darme intimidad.

—Pero ¿qué estabais diciendo? —le pregunto a Esther.

—Nada, Men, tú tranquila. Lo primero es saber cómo de dilatada estás, y luego vemos qué hacer.

—¡Me dijiste que te iba a responder a la llamada la ginecóloga!

—Sí, y lo hará, pero no sé cuándo y si tuviéramos tiempo de llevarte a León estarías mejor...

—¡No! ¡Ya basta! —grito agarrando con fuerza la toalla por otra contracción—. ¡He dicho que no me muevo!

—¡Eh! ¡Eh! —Lucas susurra sin darse la vuelta y agarra del brazo a la primera persona que encuentra, mi padre, sin saber que es él—. Creo que Roberto ha alertado a todos los vecinos porque están viniendo para aquí.

Toc Toc

Llaman a la puerta y todos se miran.

—Serán los vecinos que querrán venir a ayudar, estamos en un pueblo, aquí nos conocemos todos.

Desearía levantarme para poder verles y decirles que estoy bien, pero me cuesta demasiado por el dolor. Seguro que uno de ellos es María, ¡es tan adorable!

Toc Toc

Vuelven a llamar y nadie sale a atenderles.

—¿Quiere alguien ir a abrir? ¡No seáis maleducados!

Toc Toc Toc Toc Toc Toc Toc Toc Toc

Genial, se están enfadando, ¡no me extraña! Pero ninguno de los tres se mueve, siguen en silencio y se asoman por la ventana.

—¡Ha sido Roberto! —susurra Lucas—. ¡Es el único que sabe que se ha puesto de parto!

Y ahora se ponen a cuchichear de nuevo, esta vez los tres juntos.

—Lo sabía —contesta Bruno.

—¡Esther! —la llamo para que me ayude a levantarme, quiero ver qué pasa.

Por la ventana veo que los vecinos se acercan a la puerta de casa para verme y esperan poder entrar. María, Eva y los demás niños pasan por debajo de las piernas de sus padres para adelantar posiciones y acercarse a la puerta. Cómo no, las cotorras, Asun y Carmen, no podían faltar. ¡Ah! También está el alcalde y los habituales del bar. Debe de haber unas cuarenta o cincuenta personas: está todo el mundo aquí. ¡También Carla! ¿La habrá avisado Roberto o se enteraría de oídas? O tal vez quiera ver a Lucas también.

Oigo golpes secos que provienen de la zona del salón.

—¿Eso qué son, patadas? —pregunto.

—¡Tus vecinos están locos! —grita Lucas.

—¡Vamos! —responde Bruno.

Lucas y él salen corriendo hacia allí y Esther me ayuda a volver a tumbarme.

—Dios mío... —Esther se acerca a la ventana y corre la cortina despacio—. Es mejor que no te vean.

Los ruidos se intensifican y se tornan ensordecedores por momentos.

—¡Mira, mira! —oigo decir a Bruno—. ¡Por ahí!

—¡Están intentando entrar! —grita Lucas—. ¡Cierra esa ventana!

Sus voces suenan exaltadas en medio de crujidos y golpes martilleantes que sigo sin descifrar.

—Pero ¿qué es ese ruido? —le pregunto.

—No será nada, venga. —Esther me quita la ropa interior para explorarme.

Entrecierra la puerta y se acerca secándose el sudor de la frente con el antebrazo izquierdo. Se agacha frotándose las manos para calentarlas y yo abro bien las piernas para ayudarla a que vea mejor: me roza el muslo y noto cómo ella tiembla.

—¿Cuánto he dilatado? —Espero que me diga que mucho.

Cada vez se oyen más ruidos: como si un oso estuviera arañando las paredes de la casa. Nadie habla salvo Lucas y Bruno, que se les oye desde aquí.

—¡Hay que llamar a la policía! —Bruno consigue comunicarse con Lucas a pesar de que el ruido invade toda la casa.

—¡Ayúdame a mover esto! —vocea Lucas.

—¡Están intentando entrar! —Bruno hace gallos con la voz y gime por el esfuerzo: debe de estar moviendo algo muy pesado—. ¡En este pueblo están todos muy locos!

—Men, no tengo ni idea, pero palpando diría que estás de unos... ¿ocho centímetros? —La pobre Esther me mira con miedo. Soy consciente de que no tiene ni idea de lo que está haciendo.

—Mejor, Esther, esto se acabará pronto.

Ella se levanta y va a por el cuaderno:

—Quizá aquí haya algo que pueda ayudarnos para el parto. —Le tiritita la mandíbula y los ojos van en todas las direcciones todo el tiempo.

La modificación del comportamiento se ha comprobado en el 100% de los casos analizados, generando mayor predisposición a asumir riesgos, a aceptar mis decisiones y a proteger a la prole.

Deja de leer y sale corriendo.

—¿Adónde vas?

No me contesta. Sigo oyendo cómo arrastran muebles y gritan entre ellos, cada vez oigo sus voces más lejanas por la burbuja de ruido que entre todos están generando.

—¡Mencia! —oigo a Roberto.

—¿Roberto? —grito—. ¿Dónde estás?

Entonces una piedra pequeña toca el cristal de mi ventana y le veo intentando acercarse más, pero con tanta gente es imposible: todos mis alumnos se agolpan junto a sus padres, Carmen y Asun también están, el alcalde, los habituales del bar y muchos más que no reconozco a simple vista. No hablan ni parecen alterados, pero se empujan violentamente entre sí cuerpo contra cuerpo al acercarse a mi casa.

—Por favor, perdóname.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Es verdad lo del cuaderno?

Carmen se pierde entre la multitud cuando cae al suelo por los empujones que todos se

propinan entre sí, los niños saltan por encima de los adultos, pisando sus cabezas y los más habilidosos como María se acercan a la puerta mientras que otros acaban aplastados por la marabunta cuando caen al suelo.

—Por favor, perdóname, os voy a salvar, a las dos, ¡te lo juro! ¡Dile que lo hice por ella!

Habla de mí y de nuestra hija. Noto cómo mi corazón se congela y se desprenden todos los pedazos que lo componen: no puedo respirar.

Roberto empuja a todos los que están a su lado y consigue salir del tumulto para irse corriendo en dirección a su casa. ¿Qué está pasando? Me invade tal desconcierto mental que me pitan los oídos y dejo de oír los rasponazos de oso de antes, los golpes secos y la masa de ruido envolvente: la habitación me da vueltas y veo dos camas, cuatro mesitas, ...todo está doble. ¿Por qué se ha ido en vez de estar conmigo ahora qué tanto le necesito? ¿Y por qué me pide perdón? ¿Qué ha hecho? ¿Tendrá razón Lucas?

Capítulo 21.

OSOS ARAÑANDO LAS PAREDES

—¿Han venido más? —pregunta Bruno.

—Sí, siguen viniendo, ¡mira! —Lucas se está quedando afónico y habla con voz ronca—. ¡Están consiguiendo romper la puerta!

—¡No voy a poder contenerlos durante mucho más tiempo!

A Bruno también se le quebranta la voz aunque consigo escucharle, a él y a Lucas, a pesar de volver a sentirme envuelta por los sonidos opacos y estruendosos de antes.

He conseguido tumbarme de nuevo yo sola en la cama, porque ni mi padre ni Esther ni Lucas vienen a ayudarme con las contracciones.

Sigo con retortijones y siento que la bebé va a salir pronto. Estoy sola y empujo un poco cuando noto dolor, pero no sé si lo estoy haciendo bien.

Oigo de nuevo muchos golpes como si fueran a tirar las paredes de la casa de un momento al otro: todo me retumba y el cristo de la mesita no para de vibrar.

—¡Socorro!

¿Esther está en apuros?

—¡Que alguien llame a la policía de una vez! —dice Bruno—. ¡No vamos a poder aguantar mucho más!

Al cabo de varios segundos, oigo a Esther hablar:

—Hola, ¡ayuda! ¡nos están atacando!

Parece que está llamando ella a la policía aunque no sé si debería: los vecinos están nerviosos y no deberían intentar entrar si no les abrimos, pero seguro que viene Roberto ahora y lo soluciona todo.

—Deja de hacerme preguntas y diles que vengan de una vez, ¡no vamos a aguantar mucho más! ... ¡Yo qué sé! ...Estamos en la plaza de Sendero de Luna...son unos cincuenta y tengo a mi mejor amiga de parto aquí dentro... ¡Son como zombis! ¡Nos van a matar! —Esther habla a gritos por teléfono.

Me levanto como puedo de la cama otra vez y salgo hasta la puerta donde están los tres: intentan contener a los vecinos, que tratan de entrar en casa a la fuerza. Los arañazos que oía no eran de ningún oso sino de ellos que se están dejando las uñas y la piel intentando atravesar las paredes. No me lo puedo creer, ¡¿qué les pasa?! No creía que la situación se hubiese descontrolado de esta manera: aprieto mis puños temblando y marcándome la palma de ambas manos.

—¡Fuera! —grito liberando parte del dolor que me consume de nuevo cuando me viene una contracción.

—¡Ahhh! —Bruno grita cuando uno de los vecinos le muerde el brazo y le arranca un trozo de piel.

¿Qué está pasando? ¡Se han vuelto todos locos!

—¡Señor! Pero ¿qué está haciendo? —Mi padre intenta razonar con ellos a pesar de la violencia con la que están actuando, pero nadie le responde.

Dios mío: es el padre de uno de mis alumnos y, a su lado, está el alcalde, con la boca

semiabierta, mostrando sus dientes amarillos, en silencio y esforzándose por entrar.

—¡Noooooooooooo! —Esther se acerca con un cuchillo de la cocina y se lo clava al padre de mi alumno en el cuerpo para que suelte a Bruno.

—¡Vamos a morir! —Emito un grito ahogado en el fondo de mis pulmones y nadie me oye.

Muchos están literalmente sin uñas y su piel no deja de sangrar pero sus rostros son invariables. Los más delgados tratan de trepar encima del resto para subir por la pared, pero cuando caen, no vuelvo a verles: la marabunta los absorbe.

La puerta está trancada, pero pronto la derribarán.

—¿Guillermo? —Acabo de ver al ginecólogo en la ventana, es uno de los que más empuja entre la multitud: comienza a dar golpes al cristal con los puños—. ¿Qué haces?

Empiezo a asustarme: una sensación de asfixia me aprieta el estómago y los pulmones. Bruno, Lucas y Esther siguen empujando la puerta desde dentro, aunque hace rato que los lugareños han arrancado sus bisagras y que se sostiene en el aire.

—Mencía, ¡vuelve a tu habitación y cierra la puerta, por favor! —Lucas me grita y se le resquebraja la voz. Escupe en el suelo y sale una muela llena de sangre.

—Lucas...yo... —Intento ayudar pero estoy bloqueada—. Lo siento, yo...

—¡Vete! ¡No es seguro para ti estar aquí! —insiste sin dejar de empujar la tabla de madera que antes tenía como puerta principal—. ¡Ahhhhh!

Entonces Guillermo rompe la ventana: sus manos están ensangrentadas, y cuando intenta entrar junto con más vecinos, todos se caen y los puntiagudos cristales que han quedado en los bordes se clavan en sus cuerpos.

¿Qué está pasando? ¡Parece que están poseídos! ¿Acaso no sienten dolor?

—¿Qué queréis? —No puedo moverme mientras agarro con todas las fuerzas que me quedan mi vientre. Una sensación fría y paralizante recorre mi cerebro: tengo que poner a salvo a mi bebé—. ¡Dejadnos en paz! ¡Por favor! Por favor —vuelvo a decir con un hilo de voz roto sale de mi interior y se mezcla con las agrídulces lágrimas que cubren mi rostro.

—¡Men, tienes que ir a tu habitación! —dice Esther—. ¡No podemos contenerles más!

También está ensangrentada, aunque no sé si tendrá alguna herida grave: sigue acuchillando a todos los que intentan pasar: hay niños entre ellos y... ¡María! ¿¡Qué hace aquí en primera línea!?! ¡No! ¡Ella no!

—¡María! ¡Vuelve a casa! ¡Ahora! —le suplico.

Sigue intentando hacerse un hueco muy cerca de la puerta, donde Esther está con el cuchillo lanzando su filo al viento indiscriminadamente a una decena de personas que está intentando entrar: la niña no me hace caso, ni siquiera me mira, ¿me habrá oído?

Quiero ir adonde está, pero veo que Guillermo se ha quedado encima del borde de la ventana junto con otras dos personas, todos clavados por los cristales: el resto pasa por encima de ellos para entrar. Uno de ellos es Carmen, la cotorra, ¿qué hace aquí también? ¿Y dónde está Carla? Lucas la vio antes por la ventana. Madre mía, ¡no sé qué va a pasar con todos ellos!

Unos brazos me agarran entonces por detrás y me sacan de allí en volandas mientras observo que otros adultos y niños tienen los brazos colgando sin fuerza, rotos de intentar entrar y muchos de ellos ya están en el suelo, probablemente asfixiados entre el tumulto que pasa sobre ellos pisoteándoles.

¡Carla! Carla es una de ellos: está en el suelo y decenas de personas le pasan por encima sin que ella se inmude.

Lucas y Esther están defendiéndose de los golpes, mordiscos y arañazos que los vecinos les lanzan en cuanto pueden alcanzar alguna parte de sus cuerpos.

Aterrizo en mi cama: es Bruno el que me ha cogido en brazos. Me ha salvado y ahora intenta que Lucas y Esther entren también en la habitación para cerrar la puerta, porque la principal es imposible de contener ya.

—¡Corred! —les grita.

Vaya, jamás me hubiera imaginado a mi padre haciendo un gesto tan heroico: parece otra persona, quizá él tenía razón con lo de que había cambiado.

Y... ¿dónde está Roberto? Sigo sin entender por qué se ha ido. Le necesito a mi lado, Dios mío, ¡todo el mundo se ha vuelto loco! Me quedo tumbada de lado para ayudar a mi bebé a salir, que no parece querer hacerlo en medio de tanto horror.

Esther es la primera en entrar en la habitación al conseguir soltarse de una patada de un hombre que la tenía agarrada por la otra pierna. Lucas lleva una especie de estaca de madera en la mano, creo que la ha sacado del palo de la azada que tenía en la entrada para arreglar el jardín, y se defiende con ella: los vecinos que siguen intentando llegar hasta mí se llevan la peor parte y van dejando un reguero de sangre y cuerpos a lo largo del pasillo hasta donde estamos.

—Mencía —mi padre me coge la mano— ahora tienes que empujar, ¿vale?

—¡Ahhhhh! —Empujo todo lo que puedo al ver a Lucas y a Esther con la ropa medio rota, moviendo las mesitas, el armario, mis maletas, ... todo lo que ven para intentar que la marabunta no pase. También tapan como pueden la ventana con las dos puertas del armario. Estoy sudando y mi cuerpo se rasga notando como si mi bebé atravesase un aro de fuego.

—¡No voy a poder aguantar mucho más! —Esther pide refuerzos. Las embestidas de los vecinos que aún están empujando la mueven y parece que vaya a romperse en dos.

—¡Voy! —Mi padre sale disparado y yo me toco notando ya los pelos de la cabeza de mi pequeña asomando.

¡Wow! ¡Es increíble! Mi pequeña ya está aquí. Me evado por un segundo y disfruto de la sensación de poder acariciarla por primera vez a pesar de la intensa sensación de fuego que noto en mi piel. Ya no queda nada, ¡puedo hacerlo sola!

—Puedo hacerlo sola —me repito, poniéndome de lado y agarrándome las rodillas con los brazos para ayudar a la pequeña a que salga.

—Mamá está aquí, no tengas miedo —le digo.

Oigo sirenas cuando estoy dando mi último empujón para sacarla.

—¡Es la policía! —grita Esther—. ¡Han venido!

Sonríe sin dejar de empujar los telares que han puesto delante de la puerta para que los vecinos no pasen.

Los ruidos comienzan a oírse cada vez más lejanos hasta que desaparecen mientras yo saco a mi niña con su piel arrugada pero suave y me la pongo en mi pecho izquierdo, tapándola con la toalla.

Lucas, Esther y Bruno se caen de bruces contra el suelo cuando, de repente, ya nadie empuja los muebles y las maletas contra ellos desde el otro lado de la puerta. Me tumbo boca arriba: no puedo ni quiero moverme. Ahora la cama es cálida, un lugar seguro desde el que contemplar las estrellas formadas por múltiples manchas en el techo de la habitación: me siento más en paz que nunca y rezo para que este momento dure por siempre.

—¡Estamos aquí! —Esther grita a los policías que debe de haber al otro lado—. ¿Podemos salir?

—¡Hemos reducido a los atacantes! ¡No se preocupe, les ayudaremos enseguida! —grita una

voz de mujer al otro lado.

Lucas se levanta y se abalanza sobre mí para fundirnos en un abrazo: está sudado y ensangrentado, pero noto su calor de siempre invadiendo los poros de mi piel. Se separa lentamente y me besa. Me dejo llevar durante unos segundos y cuando nos separamos, saboreo mis labios.

Sonríó hasta que veo la cara de Esther, que no es precisamente de alegría.

—Bueno —dice carraspeando y señalando fuera—, parece que efectivamente los han reducido a todos, ¡menos mal! ¡pensaba que íbamos a morir!

Comienza a llorar y Lucas le sigue.

—¡No me puedo creer que esta pesadilla haya acabado! —Lucas me da un beso, esta vez en la palma de la mano—. Me alegro de poder tenerte de vuelta.

Esther se limpia los mocos con el brazo desnudo y mojado por la sangre e intenta dejar de llorar.

Se oye un crujido y parece que la policía ha arrancado la puerta para llegar hasta nosotros. Esther ayuda arrastrando el mueble que habían puesto hace un rato ahí para poder desbloquear el hueco.

Bruno se asoma a la ventana y a la puerta:

—Ahora parecen tan inofensivos...

Frunce el ceño y se acerca a mí, separando a Lucas. Me echa el pelo hacia atrás y roza sus dedos contra mi mejilla.

—Mi pequeña luchadora. —Le doy un beso a mi bebé, es en lo único en lo que quiero pensar ahora mismo.

—Claro que sí, Mencía —dice mi padre—. Y tú también lo eres.

—Gracias...

Estoy a punto de llamarle papá.

—Yo... —continúa él—. No sé si es un buen momento pero... necesito que me dejes dinero.

—¿Qué? —Ahora sí que me he perdido—. Es una broma, ¿no?

—No tengo un duro desde que salí de la cárcel.

No me puedo creer que todo este tiempo lo único que quisiera fuera hacer méritos para sacarme el dinero. ¡No ha esperado ni cinco minutos! ¡Qué poca vergüenza! Le niego con la cara intentando asimilar un nuevo golpe bajo de mi padre: ahora que parecía estar cambiando...

Me repugna: aprieto fuerte los puños haciéndome daño con las uñas. Al notarlo, me suelto porque no merece la pena. Noto de nuevo unas contracciones y expulso la placenta: por fin, el parto ha terminado.

—Eres mi hija, Mencía, por favor, ayúdame y no volveré a molestarte.

Precisamente porque ahora soy madre, entiendo menos su comportamiento: es un monstruo y no quiero que esté cerca de nosotras. Me siento avergonzada por haberle creído: un dolor punzante en el corazón irradia a mis pulmones.

—¡Fuera de aquí y no vuelvas jamás! —grito, lloro y tiemblo: todo a la vez.

Por suerte, la bebe no llora. No me puedo creer que pensara que había cambiado.

La policía consigue entrar con la ayuda de Lucas y Esther que han estado moviendo también los otros telares que habían juntado y Bruno sale acompañado de un agente.

—¿Están ustedes bien? —nos pregunta una policía con el flequillo sudado y pegado a la frente y con el uniforme rasgado y manchado de sangre.

—Sí —decimos los tres al unísono: nos miramos y nos sonreímos.

—Ten cuidado —Lucas sale de casa indicándome el camino, aunque me lo sé mejor que él.

Tres horas después de haber dado a luz a mi bebé, los vecinos ya no están donde estaban: solo quedan las manchas de sangre, las paredes arañadas, los cristales y los restos de muebles rotos desperdigados por todas partes. Me da miedo preguntar por Roberto.

—¿Qué ha pasado con Guillermo? ¿Y María? ¿Y Eva? ¿Dónde están todos? —le pregunto intentando que me diga qué ha pasado con ellos, pero también con Roberto.

Acaricio la cabeza de Nina con la yema de mis dedos e intento respirar con calma frotándome un brazo con la otra mano.

—Están todos fuera.

La plaza y mi casa están llenas de policía y ambulancias y tienen los cuerpos tapados en el suelo, en fila india al lado de las casas de enfrente. Tienen una zona muy amplia acordonada y están interrogando a todos los que han sobrevivido. Uno de ellos es la anciana de la verruga: está en la otra punta, sentada en una silla de plástico que han debido de proporcionarle y Lucas se acerca a pasos agigantados hasta que la consigue abrazar. Los dos lloran: Lucas le da un beso en la mano, oigo cómo le da las gracias y ella le sonríe, jamás la había visto sonreír.

Yo me acerco despacio a los cuerpos y voy descubriendo una parte de cada lona para ver quiénes son: después de varios intentos, identifico a Carla. ¡Dios mío! La última vez que la vi estaba en el suelo, había sido absorbida por la marabunta y ahora su cara está bastante desfigurada. Una sensación punzante atraviesa mi corazón y me siento fatal por haber pensado que quería quitarme a Roberto.

Elevo la mirada al cielo, cierro los ojos y veo a mi precioso oso rodeado de ovejas: a los pocos segundos me calmo y después beso la frente de mi hija, Nina: nadie nos separará, yo te protegeré.

Continúo y cuando he visto otros cuatro cadáveres, me topo con Guillermo Manero, mi ginecólogo: las heridas provocadas por los cristales puntiagudos de la ventana aún están frescas, aunque su cara ha permanecido intacta.

Me mareo, así que me levanto y me apoyo contra la pared de la casa que está justo al lado.

—Señora Torres, ¿verdad? —La policía que primero nos rescató se acerca apuntando datos ininteligibles en un cuaderno.

—Por favor, me gustaría saber dónde está Roberto, es el padre de mi hija —le pregunto en voz baja intentando que ni Esther ni Lucas que aún están hablando con la anciana a unos metros de mí me oigan.

—Hemos ido a la dirección que nos habéis indicado, pero no hay nadie en la casa ni tampoco hay rastro de ningún coche.

—¿Cómo?

Me quedo en silencio, aprieto fuerte mi mandíbula y mis ojos se inundan de lágrimas que trato de retener para que no salgan disparadas: es mi novio, el padre de mi hija y le necesito.

—Deducimos que ha huido, señora, pero hemos desplegado un fuerte operativo para encontrarle, no se preocupe.

—Tengo que ir a buscarle, yo...

¿Qué voy a hacer yo sola con Nina? Esto no era lo que tenía que pasar. Además necesito hablar con él, que me explique por qué nos han atacado todos y qué tiene él que ver: no puede ser que sea el responsable. Me pica todo el cuerpo y un cosquilleo desagradable por el sudor recorre mi cuero cabelludo.

—Lo siento, señora, todo el pueblo de Sendero de Luna está ahora acordonado y nadie puede ni salir ni entrar.

—¿¡Qué!? Tengo que ir, ¿y si necesita mi ayuda? ¡Quizá esté herido!

Mis palabras salen a gritos sintiendo náuseas y las lágrimas caen sin cesar: Lucas y Esther se acercan corriendo, pero yo lo que necesito es tener aquí a Roberto, ¿por qué nadie lo entiende?

—¡Mencía! —Esther me envuelve con sus brazos—. ¿Estás bien?

Cierro los ojos: no puedo más y no quiero ponerme más nerviosa teniendo cogida a Nina.

—Ahora mismo la verá un médico, tienen que estar todos aislados hasta que podamos contener la enfermedad con la que supuestamente han sido inoculados —responde la agente.

—Ven conmigo. —Lucas hace un gesto a la agente para que no se preocupe, me guía para que Esther me suelte y nos sentamos los tres en la escalera de la iglesia, donde no hay nadie más.

—Entregué el cuaderno de Roberto a la policía cuando llegaron. —Lucas me frota con suavidad el muslo con la mano—. Nos han dicho que encontraron en casa de Roberto cajas y cajas de Pirimetamina y Sulfadiazina en la basura, al parecer son antibióticos que utilizaba él para no contagiarse.

—No, no puede ser.

Aprieto la mandíbula mareándome de nuevo.

—Tranquila, le hice algunas fotos —contesta Lucas.

—Lo siento, amor. —Esther me da un beso en la cabeza.

—Aún tienen que hacernos pruebas a todos y quienes estén contagiados se quedarán en cuarentena —continúa diciendo Lucas.

—No puede ser, Lucas. —Mi cerebro no procesa la información que me está dando: ¿cuarentena? Cada minuto que pasa parece que todo se torna demasiado real.

—Sí, por eso están viniendo cada vez más médicos, tienen que investigar aún qué pasa, hacernos análisis y darnos medicación.

—¿Cómo que medicación? ¿De qué tipo? ¿Para qué? ¿Y qué le ha pasado a Roberto? ¡Me dijo que volvería!

Deseo estar ahora mismo en una pesadilla para poder despertar lo antes posible: entrecierro

los ojos del mareo y me hierva la frente.

—Creo que les oí decir que son antibióticos de amplio espectro, pero supongo que hasta que no sepan exactamente cómo reacciona la gente con el antibiótico, no sabrán cuánto tiempo necesitan aislarnos.

—¡Ay, Lucas! —salta Esther—. ¡Qué agorero eres, hijo mío!

—¡Seño! —oigo de lejos a María al otro lado de la plaza.

Se la llevan retenida junto a otro grupo enorme de vecinos.

—¡María! —Intento levantarme pero Lucas y Esther me retienen.

¡Estoy tan feliz de ver que está bien! Pero... ¿qué está pasando? ¿Por qué los tienen retenidos? Eva y los demás niños están en ese grupo, ¡y el alcalde! Todos están sanos y salvos, ¿adónde se los llevan?

—Shhhh, tranquila, solo van a hacerles pruebas. —Esther me sigue reteniendo.

—Pero ¿por qué les tienen que retener?

—La mutación del virus hace que reaccionen así de violentos —dice Lucas—. La policía no se puede arriesgar a soltarlos y que os hagan daño a Nina o a ti.

—María —vuelvo a decir en voz baja.

Ahora mismo me vendría muy bien uno de sus abrazos: echo de menos su cariño incondicional, su sonrisa y esa espontaneidad que derrite el corazón a cualquiera.

Dejo de hacer esfuerzos por levantarme y beso la frente de Nina: ahora es lo más importante.

Esther me acaricia el pelo y Lucas me hace cosquillas suaves en el brazo. Yo me relajo y miro al cielo: al fin vuelvo a estar en familia.

EPÍLOGO

Noto un delicado cosquilleo que me recorre la espalda: compruebo que Nina está durmiendo en su cuna adosada, me giro y abrazo a Lucas, que me observa con una sonrisa que le cubre toda la cara mientras me acaricia.

—¿Ya son las ocho? —pregunto aún bastante dormida.

—Sí. —Su beso con los labios húmedos hace que el cosquilleo de la espalda pase al cerebro. Aún me cuesta acostumbrarme a su horario de profe.

—¿Quieres un zumín? —pregunta mientras se levanta—. Voy a prepararme y antes de marchar te lo puedo traer a la cama si quieres.

—Si te da tiempo, sí, gracias.

Sonrí y vuelvo a cerrar los ojos disfrutando de mi cama de siempre en nuestro piso de León y de la tranquilidad que Nina me otorga de vez en cuando: el primer mes fue peor que este, pero aún le cuesta dormir toda la noche de un tirón.

Lucas sale de mi habitación de puntillas y yo abro de nuevo los ojos para contemplar la estatua de Guzmán, que ahora en vez de recordarme que si no estoy bien debería irme de León, lo que hace es afirmar mi deseo de quedarme aquí, con mi verdadera familia: Nina, Lucas y Esther.

—Mencía, toma. —Lucas entra de nuevo al cabo de un rato y me deja el zumo en la mesita de al lado de la cama—. Me voy a trabajar, nos vemos esta tarde.

—Gracias, querido. —Me encanta que me cuide, ¡no sé qué habría hecho sin él todo este tiempo!

Me río al ver a Esther entrar en el salón, aún bostezando y con un pijama de verano dos horas después: su piel morena brilla con los rayos de sol que atraviesan el ventanal del salón.

—¿No tienes frío? —Me acerco a ella por detrás y le doy un beso en el cuello abrazándola.

—Ya sabes que las de León somos de armas tomar. —Me guiña el ojo y yo asiento con la cabeza.

¡Y tanto!

Dejo en la encimera de la cocina el vaso de zumo vacío y me acerco a ella de nuevo.

—Oye, Men, lo del beso que me diste en Sendero de Luna... ¿fue solo por el parásito?

—No lo sé, la verdad, ...es difícil ahora saber lo que fue real o lo que fue forzado por así decirlo.

Esther se acerca aún más y pega sus labios contra los míos tan fuerte que casi chocamos también con los dientes.

—¡Vaya! Esto sí que no me lo esperaba —le confieso.

—¿Qué te ha parecido?

Me quedo unos segundos pensativa.

—Creo que no fue solo por el parásito: me dio el valor de hacerlo porque el sentimiento sigue estando ahí.

—Tengo que irme, Men, ¿lo hablamos esta tarde?

—Sí, claro.

Caigo en la cuenta de que también he quedado en hablar con Lucas después de que hayamos dormido juntos por primera vez desde que volvimos de Sendero de Luna.

Entonces oigo llorar a Nina y, sin despedirme, voy a buscarla a la habitación: me recuesto con

ella y le doy el pecho.

No dejo de pensar en Lucas: de Esther me encantan sus ganas de vivir y que siempre me empuja a hacer cosas nuevas, ... pero también adoro a Lucas por cuidar de mí y la conexión que tenemos. ¡Estoy hecha un lío!

—¿Qué haces con eso, Esther? ¡Por Dios! —le digo al salir de la ducha por la tarde y verles de vuelta en casa. Esther revisa las imágenes del interior del cuaderno de Roberto que hizo Lucas antes de entregárselo a la policía.

—Pensaba que después de dos meses podríamos pasar página, la verdad.

—¡Shhhhh! —Lucas nos manda callar—. Vais a despertar a la peque.

Esther balancea entonces a Nina: está en su cuna adosada que he movido al salón para pasar la tarde aquí.

Acaricio a Marrusco, que se pega a mí en el sofá mientras Esther no quita el ojo de encima a las dichosas fotos.

—¿De verdad no quieres volver a echarles un vistazo? —insiste Esther—. ¡Es tu historia!

—Roberto me ha dado lo mejor que tengo ahora que es mi pequeña Nina, pero prefiero no volver a saber nada más de él.

—La policía lo sigue buscando —susurra Lucas—, pero si en estos meses no lo han encontrado, ya será difícil que lo hagan.

—Creo que interrogaron a la antigua profesora: Lucas les dio detalles de quién era —dice Esther—. Fue la única que consiguió escapar a tiempo... —señala el móvil—. Y porque se negó a que la vacunase. ¡Es muy fuerte!

—Lo que es fuerte es que consiguiese mutar el parásito ese... ¿cómo era? ¿Godi? ¿Modi? ¿Toby? —pregunta Lucas rascándose el abdomen.

—¡Gondii! —dice Esther—. Parece mentira que aún no sepas cómo se llama cuando nos han hecho mil pruebas a todos y Mencía ha estado un mes con medicación, la pobre.

—¡Ese es! —responde Lucas sacando la lengua a Esther—. ¡Y encima lo controlaba!

Saca un trozo de cecina del congelador: desde que nos enteramos de que el parásito que Roberto controlaba era el responsable de la toxoplasmosis, congela absolutamente todo por precaución.

—No, si no se puede negar que un genio era... —les digo entornando los ojos—. Pero Mario, el niño al que le atacaron las avispas, Carmen, una de las tres cotorras, Carla y Guillermo, ¡han muerto por su culpa!

Mis ojos se hunden en una gruesa capa de lágrimas. No quiero mencionar que mi corazón está roto en pedazos, porque esta experiencia ha hecho que pierda el miedo a mi padre, que supere el pasado y quiera mirar al futuro: por mí, por Nina y por Lucas y Esther, que son mi familia de verdad.

Lucas se acerca y se hace un hueco a mi lado en el sofá, quitando a Marrusco.

—Bueno, no queremos forzarte —dice Esther—después de todo lo que ha pasado, pero...

Miro a Lucas y me observa cabizbajo.

—¿Qué pasa, chicos?

Pregunto aunque sé perfectamente a lo que se refiere y no sé si estoy preparada para esta conversación: me sudan las manos y cierro los puños.

—Sabes que eres muy importante para nosotros, ¿no? —dice Lucas.

—Claro, lo sois todo y sin vosotros no sé qué habría sido de mí en Sendero de Luna.

—Nos hemos acercado mucho a ti, de otra forma, estos meses que has estado allí...

—Sí —sé adónde quieren llegar y sigo estando confusa—, pero...

—Sabemos que debes elegir, y no queremos presionarte —dice Lucas.

—Pero los dos te queremos, y necesitaríamos una respuesta cuando estés preparada —termina de decir Esther.

Siguen cada uno a mi lado, posando su mirada en mí y no sé qué decir. ¿Cómo elegir?

—Os quiero a los dos.

Les aprieto las manos y nos damos un beso: primero a Esther, que se acerca y me acaricia el pelo y justo después a Lucas, que me toca con delicadeza la mejilla y el cuello.

AGRADECIMIENTOS

De nuevo, gracias a ti y solo a ti por haber llegado al final del libro. Espero que hayas disfrutado leyéndolo tanto como yo escribiéndolo.

En cualquier caso, tanto si te ha gustado como si no, me encantaría que pudieras escribirme para conocerte un poco mejor, saber lo que te ha gustado y también lo que debería mejorar para que puedas disfrutar cada vez más con mis libros:

patriciaesescritora@gmail.com

También me puedes encontrar en Instagram, donde podemos ponernos cara y compartir un trocín de nuestras vidas:

<https://www.instagram.com/patriciadiezdiez>

Me harías muy feliz con una reseña tuya en Amazon, es algo que como autora independiente me ayuda mucho a continuar publicando.

Sin ti, no estaría aquí ahora...

¡Nos vemos en la próxima aventura!

ACERCA DE LA AUTORA

Algunas de vosotras, después de leeros *No me quieras tanto*, el compendio de relatos cortos de autoayuda sobre violencia de género que publiqué hace un año, me habéis preguntado mucho por quién era yo. Así que voy a hacer aquí el ejercicio de describirme lo mejor que pueda.

¿Quién soy yo?

Nací hace treinta y tres años en León, de donde también son originarios mis padres, mis abuelos, mis bisabuelos y creo que un largo etcétera: por eso esta novela está basada en un pueblo imaginario de esa provincia.

Con once años, me mudé al extranjero y ya no pude parar de viajar hasta que volví a España para el primer año de carrera.

Desde pequeña me ha gustado escribir y tengo varios borradores en el cajón, incluso uno que terminé mucho antes de mudarme por primera vez, así que ya os hacéis una idea de a qué edad fue.

¿Por qué empecé a publicar?

Como superviviente de violencia de género, cuando escribía, al final (y sin querer) todo giraba en torno a ese tema, así que decidí que necesitaba sacarlo todo fuera de una vez por todas y quería hacerlo de tal forma que pudiera servir de ayuda a más mujeres en mi situación: de ahí nació *No me quieras tanto*.

El proceso de escritura de ese libro fue complicado, si lo has leído, sabrás de lo que hablo. Pero también fue sanador y empoderador. Además, durante el proceso me di cuenta de mi verdadera vocación: ser escritora.

¿Por qué escribí *Sendero de Luna*?

Cuando decidí seguir con la escritura y tomármelo en serio, pasaron por mi mente muchas, demasiadas ideas. Sabía que no quería escribir una historia únicamente para entretenerme sino que mi meta era tener un impacto en tu vida. Empecé a escribir y a medida que pasaba el tiempo, me iba dando cuenta de que no estaba cumpliendo con ese objetivo. Pero seguí, día tras día hasta terminarla, me negaba a que fuera un proyecto más en el cajón.

Semanas después de escribir la última palabra de mi borrador, volví a leerlo y ahí estaba, escondido entre líneas, un fuerte mensaje:

Abre tu mente y permite analizar tu vida desde nuevas perspectivas para saber si realmente la estás viviendo como te gustaría. Si la respuesta no te convence, te lanzo el desafío de dar el primer paso hoy mismo para cambiar lo que no te termina de gustar.

Me encantaría que me escribieras para contarme cuál ha sido ese paso y cuál será tu próxima meta.

De nuevo, **gracias por estar ahí.**

[1] Expresión leonesa que significa “ir a tomar un vino”.

[2] El Carea leonés es una raza de perro pastor, autóctono de la provincia de León.

[3] Expresión leonesa que significa chimenea encendida.

[4] Palabra leonesa que significa “cervezas”.

[5] Palabra leonesa que significa “rebeldes”.

[6] Palabra leonesa que significa “trastos”.